AMALIA - TOMO 5
JOSE MARMOL



LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

I. Septiembre

El primer día de septiembre de 1840 se extendió sobre el cielo de Buenos Aires, oscuro, triste, cargado de vapores, como si en su aparición ese fatal mes quisiera ofrecerse a los ojos de los mortales tal como se ofrecería en la posteridad al estudio del historiador: triste, sombrío, cargado de error y preñado de la tormenta de sangre que debía estrellarse, romperse y diluviar sobre la frente argentina.

Todo era fatídico.

El ejército libertador había pasado cerca de un mes en pequeñas operaciones, marchando lentamente, tratando de conquistar con buenas proclamas y acciones de indulgencia unas simpatías que no era posible hallar en la campaña, en el número en que las buscaba el general Lavalle para vencer a Rosas.

El general López, de Santa Fe, empezaba a obrar a retaguardia del ejército.

Don Vicente González y otros jefes de Rosas, por el flanco derecho.

Y a su frente el dictador se atrincheraba en su campamento de Santos Lugares. Y, débil en los primeros días de la invasión, se hacía fuerte, moral y materialmente por la lentitud de su enemigo.

La vista se dilataba en todos los horizontes tormentosos de la República. Pero el rayo que debía herir la cabeza de la libertad o de la tiranía no fermentaba en círculos tan lejanos, sino entre las nubes que se cernían sobre el espacio de Luján a Buenos Aires.

El general Paz contaba ya en Corrientes con un ejército de dos mil hombres, que disciplinaba con su pericia y habilidad exclusivas.

El gobernador Ferré juraba "sepultarse en las ruinas de su provincia antes que consentirla esclava".

Las provincias de Córdoba, de San Luis y San Juan se inclinaban a entrar en la gran liga, y se negaban ya a dar al fraile Aldao los auxilios que solicitaba.

El general Lamadrid pisaba ya en el territorio de Córdoba.

Aldao escribía a Rosas, con fecha 8 de agosto, desconfiando de todo el mundo, "hasta de su sombra".

Pero ¿qué importaba todo esto?

El gran problema estaba en Buenos Aires.

El triunfo o la derrota general estaban pendientes del resultado de la expedición libertadora en la provincia de Buenos Aires.

Ante ese reto a muerte de los dos principios, de las dos espadas, en el estrecho palenque de Buenos Aires, la actitud de las provincias, cualquiera que fuese, y hasta la misma cuestión francesa, eran ya cosas secundarias e indiferentes para el resultado del duelo.

Lavalle y Rosas representaban los dos principios opuestos de la revolución.

Ya estaban frente a frente.

Su voz se oía.

Sus armas se tocaban. Y el que cayese debía arrastrar en su caída toda su causa, con todas sus ramificaciones, más o menos extensas que éstas fuesen.

Y ante esta verdad, que los sucesos debían justificar más tarde desgraciadamente, el genio de la política y de la guerra se manifestó rebelde, y se negó a inspirar en la cabeza del cruzado la idea de que el mundo no tenía más límites para la libertad argentina que los que marca el plano de la ciudad de Buenos Aires. Spartacus mató su caballo antes de entrar a la batalla. Cortés quemó sus naves. Lavalle debió deshacerse de naves y de caballo.

Pero no fue así.

Rozándose con Rosas, todavía se pensaba en las provincias, todavía se pensaba en la Francia; sin calcular que si Lavalle retrocedía, Rosas se levantaba más alto que la cuestión francesa y que la liga provinciana; sin calcular que si Buenos Aires era tomado, ya no había

punto de apoyo al edificio de la tiranía en la República, ni vacilaciones en la cuestión internacional.

Entretanto, la pluma del romancista se resiste, dejando al historiador esta tristísima tarea, a describir la situación de Buenos Aires al comenzar los primeros días de septiembre.

A medida que pasaban las horas, se iba enervando la impresión del miedo que causó a los rosistas la súbita aparición de las armas libertadoras en la provincia. Y por un exceso brutal de cobardía, y de cuanto puede haber de infame en la historia de un partido político, o de los instrumentos de un jefe de partido, la mujer comenzó a ser el blanco del encarnizamiento de bandas de forajidos, bautizados con el nombre de federales.

Sin disputa, sin duda histórica, la mujer porteña había desplegado, durante esos fatales tiempos del terror, un valor moral, una firmeza y dignidad de carácter y, puede decirse, una altanería y una audacia tales, que los hombres estaban muy lejos de ostentar, y que servía de punzante reproche a las damas exaltadas de la Federación, y a los hombres corrompidos sobre los que se apoyaba la santa causa.

La linda cabeza de las gaditanas de la América paseaba alta, erguida; les parecía tan bien colocada sobre sus hombros, que creían ofenderla doblándola un poco al pasar por medio de los magnates de la época.

Y el vestido modesto de la patriota parecía plegarse y contraerse por sí mismo al ir a rozarse con la crujiente y deslumbrante seda de la opulenta federal.

Sus cabellos, trono en otro tiempo de la flor del aire, se rebelaban contra el repugnante moño de la Federación; y apenas la punta de una pequeña cinta rosa se descubría entre sus rizos, o bajo las flores de su sombrero.

Todo esto era un crimen. Y la misma moral que así lo clasificaba debía inventar un castigo propio de ésta, propio de sus jueces, propio de los verdugos.

Bandas de ellos, de distintas jerarquías y condiciones, empezaron a apostarse en las puertas de los templos, llevando cántaros con brea derretida y moños de coco punzó.

Estos trapos eran untados de brea, y a cuantas jóvenes salían del templo sin la gran mancha de la federación en la cabeza, tomábanlas brutalmente de la cintura, las arrastraban en medio de ellos, y sobre la cabeza linda y casta pegaban el parche embreado y la empujaban luego, entre algazara y risas federales; pues tenemos en todo que valernos de esta expresión que no se caía de los labios en la época que describimos.

A las puertas del colegio tiene lugar una de esas escenas a las once del día.

Una niña salía con su madre, y es arrebatada por algunos de los que allí esperaban a las señoras.

La joven comprende lo que se quiere hacer de ella, y en el acto se quita el chal que cubría su cabeza y la presenta a las manos de sus profanadores.

La madre, que estaba contenida por otros, grita desesperada.

-Ya no hay un hombre en Buenos Aires para proteger a las señoras.

-No, mamá -dice la joven, con la palidez de la muerte en su semblante, pero con una sonrisa del más profundísimo desprecio-, no, mamá, los hombres están en la guardia de Luján, donde está mi hermano. Aquí no hemos quedado sino las mujeres y los tigres.

La comunidad de la Mazorca, la gente del mercado, y sobre todo las negras y las mulatas que se habían dado ya carta de independencia absoluta para defender mejor su madre causa, comenzaban a pasear en grandes bandadas la ciudad, y la clausura de las familias empezó a hacerse un hecho.

Empezó a temerse el salir a la vecindad.

Los barrios céntricos de la ciudad eran los más atravesados en todas direcciones por aquellas bandadas, y las confiterías, especialmente, eran el punto tácito de reunión.

Allí se bebía y no se pagaba, porque los brindis que oía el confitero eran demasiado honor y demasiado precio por su vino.

Los cafés eran invadidos desde las cuatro de la tarde. Y ¡ay de aquel que se presentase en ellos con su barba cerrada o su cabello partido! Un nuevo modo de afeitar, que no conoció Fígaro, se empleaba con él en menos de un minuto.

El cuchillo de la Mazorca, que más tarde debía servir de sierra en la garganta humana, hizo su aprendizaje como navaja de barba y tijeras de peluquería.

El último crespúsculo de la tarde no se había apagado en los bordes del horizonte, cuando la ciudad era un desierto; todo el mundo en su casa; la atención pendiente del menor ruido; las miradas cambiándose; el corazón latiendo.

Lavalle.

Rosas.

La Mazorca.

Eran ideas que cruzaban, como relámpago súbito del miedo o la esperanza, en la imaginación de todos.

¡Ay de la madre que tenía un hijo fuera de su casa! ¡Ay de la amada que esperaba a su amante!

Un golpe en la puerta de calle, y todos se precipitaban a las habitaciones interiores.

El corazón quería adivinar.

La imaginación lo extraviaba.

La realidad arrancaba un suspiro y una sonrisa.

Era un momento de calma, de transición a otro momento de inquietud, de zozobra, de miedo, que debía durar toda la noche, todo el siguiente día, y días y semanas todavía.

¿Qué ha sido de las familias de Buenos Aires? ¿Cómo se ha podido vivir de esta agonía latente, sin que esos espasmos de la sangre, sin que esas contracciones del alma y las arterias no consumieran la vida, y no arrastrasen a la demencia o al suicidio?

El sueño. Pero ni el sueño era permitido siquiera. Los serenos debían venir cada media hora a despertar a las gentes con un grito de muerte.

No. Ni Roma bajo los emperadores militares, ni antes en los excesos de sus más brutales tiranos; ni en la historia moderna la Inglaterra durante sus despotismos religiosos, la Francia durante sus reinados criminales, la España durante la hoguera, ofrecen el cuadro de una sociedad entera en la horrible situación de Buenos Aires, en los meses que describimos, en 1840.

Los tiranos en todas partes han perseguido un partido, una idea. Pero en ninguna han perseguido a la sociedad con una pequeñísima parte de la sociedad misma.

Las proscripciones pegadas en la puerta del senado romano hacían saber siquiera quiénes eran los que estaban bajo el anatema del odio o de la venganza.

Pero en Buenos Aires ninguno era señalado, y todos estaban bajo el anatema.

La hoguera inglesa no hizo menos estragos que la española. Pero cada hombre sabía, en las creencias religiosas que profesaba, cuál era el destino que le cabía.

En Buenos Aires no había más medio de poder conocer ese destino, no había otro camino que condujese a la seguridad personal que convertirse en asesino, para libertarse de ser víctima. Y no se crea que la palabra asesino es empleada como un concepto hiperbólico, sino que materialmente era preciso asociarse a lo más corrompido de la Mazorca, y tener el cuchillo en la mano, matando o pronto para matar.

En todas partes, la adhesión moral a la causa del poder, por más brutal y tiránico que fuese, ha sido, naturalmente, una salvaguardia.

En Buenos Aires, no.

El antiguo federalista de principios, siempre que fuese honrado y moderado; el extranjero mismo, que no era ni unitario, ni federal; el hombre pacífico y laborioso que no había sentido jamás una opinión política; la mujer, el joven, el adolescente, puede decirse, todos, todos, todos estaban envueltos, estaban comprendidos en la misma sentencia universal: o ser facinerosos o ser víctimas.

II. Santos Lugares

Las primeras luces del alba se dibujaban sobre el Oriente, y la vista se fatigaba por definir los objetos informes que, aquí y allá, se le ofrecían en grandes grupos, en el campamento de Santos Lugares.

Eran centenares de carretas.

Montes de tierra a orillas de las zanjas que se habían abierto.

Cañones de batería.

Cerros de balas.

Cientos de carpas formadas de cueros, y esparramadas en el mayor desorden.

Caballadas, armas, soldados, mujeres, galeras, todo confundido y en el más completo desarreglo.

Y el toque de diana en los batallones, la corneta de la caballería, la algazara del cuerpo de Indios, la gritería de las negras, el movimiento de los caballos, el grito del gaucho enlazándolos, todo a la vez venía a formar un ruido indefinible, para que el oído, como la vista, se intrigase también.

El cuartel general estaba hacia el extremo derecho del campamento, en un gran rancho que, sin embargo, no hospedaba de noche al general en jefe.

¿Dónde dormía Rosas? En el cuartel general tenía su cama, pero allí no dormía.

En la alta noche se le veía llegar al campamento, y el héroe popular hacía tender su recado cerca de sus leales defensores.

Allí se lo veía echarse; pero media hora después ya no estaba allí.

¿Dónde estaba? Con el poncho y la gorra de su asistente tendido en cualquiera otra parte, donde nadie lo hallase ni lo conociese.

En el momento en que estamos se desmontaba en el cuartel general, a cuya puerta tomaban mate multitud de jefes, oficiales y paisanos confundidos.

Aquel hombre, de una naturaleza de bronce, que acababa de pasar la noche con las mismas comodidades que su caballo, o más bien, con menos comodidades que el animal, llegaba, sin embargo, fresco, lozano y fuerte como si saliese de un colchón de plumas y de un baño de leche.

La expresión de su semblante era adusta y siniestra como las pasiones que agitaban su alma.

De poncho, con una gorra de oficial, y sin espada ni insignia alguna, pasó por medio a su corte, o su estado mayor o lo que fuese, sin dignarse echarle una mirada.

Una gran mesa de pino estaba colocada en medio del rancho y cubierta casi toda ella de papeles manuscritos e impresos.

Veíanse allí tres oficiales de secretaría, pálidos, ojerosos, en un profundísimo silencio y sin hacer nada; y al general Corvalán, con un grueso paquete de pliegos cerrados en la mano, entreteniéndose en leer y releer los sobres de ellos.

Levantáronse todos a la entrada de Rosas. Este quitóse su gorra y su poncho, tirólos sobre el catre, y comenzó a pasearse a lo largo de la habitación; mientras los escribientes y el edecán, a quienes no había saludado, permanecían de pie junto a las sillas que un momento antes ocupaban.

Inmediatamente apareció un soldado, y paróse en la puerta, con un mate en la mano. Ahí quedó clavado.

Rosas continuaba sus paseos.

Al volver de uno de ellos, estiró el brazo, cogió el mate, tomó dos o tres tragos, sin moverse, volviólo al soldado, y siguió sus paseos.

El soldado quedó en su mismo lugar con el mate en la mano.

Al cabo de dos o tres minutos volvióse a repetir la misma escena, hasta que, habiendo sonado el aire entre la bombilla, el autómata salió a renovar el agua.

Y los secretarios y el edecán permanecían de pie.

Y Rosas continuaba sus paseos.

Y el cebador del mate iba y venía.

Y esta pantomima duró por tres largos cuartos de hora, cuando menos.

En uno de esos paseos, paróse de repente junto a la mesa y dijo, con una cara muy alegre, a los escribientes y como si recién reparase en ellos:

-Siéntense, no más.

Los escribientes se sentaron.

Luego, volviéndose a Corvalán, preguntóle como admirado:

-¡Que! ¿Había estado ahí?

-Sí, Excelentísimo señor.

-¿Cuándo vino?

-Hará como una hora.

-¿Qué ha ocurrido en la ciudad?

-Nada absolutamente, Excelentísimo señor.

-¿Están alegres?

-Sí, señor.

-¿Y Victorica cómo está?

-Anoche lo he visto, está muy bueno, Excelentísimo señor.

-Cuando lo vea, déle memorias. Como ayer no ha venido en todo el día, creía que se había muerto el gallego. ¿Y a don Felipe, lo ha visto?

-Sí, Excelentísimo señor.

Y Rosas soltó una estrepitosa carcajada.

-¡Qué miedo tendrá el gobernador delegado! Conque ¿no hay nada?

-Hace dos horas que han llegado por agua estas comunicaciones.

-A ver, traiga.

Rosas tomó los pliegos, los abrió, y luego de leer las firmas se los tiró a uno de los escribientes.

-Lea -le dijo, y volvió a pasearse.

El escribiente leyó:

"Señor Don Juan Manuel de Rosas.

"Campamento general, abril, llanos de La Rioja.

Agosto 8 de 1840.

"Mi apreciado Gobernador y General:

"El 5 del corriente, a las 4 de la tarde, arribó a este destino don Lucas Llanos con su apreciable correspondencia del 2 y 18 del pasado; por ellas quedó impuesto que usted se ha dignado acceder a las indicaciones de mi carta del 30 de junio sobre el vestuario, sables, etc., cuya remisión se activará, desde Córdoba, por el general Alemán que, con motivo de ir por unos días a repararse de una enfermedad que le molesta..."

-Bueno; que se muera, y que se muera el fraile también. ¿No es ésa la del fraile Aldao?

-Sí, Excelentísimo señor.

-Extráctela luego. A ver; lea otra. ¿Cuál es ésa?

-Del comandante don Vicente González. Da cuenta de las marchas de...

-No le pregunto de qué da cuenta. Lea.

-Da cuenta de las marchas que ha hecho el cabecilla Lavalle en los días 30 y 31 de agosto y 1 y 2 de septiembre.

-A ver; lea las marchas.

-"Día 30".

-¿De qué?

-De agosto, dice antes -contestó el escribiente tartamudeando.

-Pero ahí también debía decirlo. A ver; póngale una nota a este viejo bruto -dijo Rosas a otro de los escribientes-, diciéndole que otra vez ponga con más claridad las marchas del ejército de los salvajes unitarios.

-¿Le digo que escriba las fechas de las marchas?

-¡Váyase a un cuerno! Escriba lo que le digo. Siga usted.

El primer escribiente continuó:

"Día 30: como a las ocho y media de la mañana, carneó el ejército de los inmundos salvajes unitarios, y luego marchó hacia la villa de Luján y acampó cerca del pueblo, a las cinco y media de la tarde, en la quinta de Marcó.

"Día 31: el cabecilla Lavalle ha dejado en la villa de Luján varias carretas y parte de la artillería, y lleva sólo dos obuses y dos piezas ligeras. En este día el cabecilla ha tenido junta de jefes y oficiales. No se sabe para qué.

"Día 1º: el cabecilla permanece en el mismo lugar. Han salido dos escuadrones, el uno hacia la Capilla del Señor, y el otro con dirección a Zárate.

"Día 2: a las nueve de la mañana se puso en marcha el ejército de los salvajes unitarios.

"A una legua hicieron alto.

"A las doce volvieron a marchar los asquerosos unitarios.

"A la una y media hicieron alto.

"A las dos de la tarde volvieron a marchar.

"A las tres hizo alto todo el ejército.

"A las cuatro continuaron la marcha, y a las cinco y media pasaron el arroyo de la Choza.

"A las seis acamparon en los dos puestos de Ramírez, con cuyos ranchos hicieron fuego los salvajes unitarios."

-No hay más -dijo el escribiente.

-Pasado mañana pueden estar en Merlo, mañana también -dijo Rosas, y empezó a pasearse más precipitadamente por el cuarto.

-¿Qué dice esa comunicación de López? -preguntó, detiniéndose de pronto, y después de un largo rato de silencio.

-Que marcha sobre San Pedro.

El cebador de mate volvió a aparecer en la puerta del rancho.

-¿No hay una carta sin firma ahí?

-Sí, Excelentísimo señor.

-A ver, léala toda.

El escribiente leyó:

"Montevideo, 1º de septiembre de 1840.

Excelentísimo señor:

"Después de mi carta de anteayer no hay más novedad sino la que ha traído ayer un buque de guerra inglés que ha llegado del Janeiro, sobre la venida de un nuevo almirante francés, mandando la expedición que debe venir en auxilio de los traidores y desnaturalizados unitarios, que venderían su patria al extranjero, si no fuera el brazo poderoso de Vuestra Excelencia, que la está defendiendo solo contra tantos.

Aquí los salvajes unitarios siguen en la más completa anarquía.

Unos hablan pestes de Lavalle porque no avanza tan pronto corno quisieran. Otros..."

-Vea qué bulla es ésa, Corvalán. No; espérese. Anda a ver -dijo Rosas al soldado del mate; porque en efecto se sentía cierta algazara en el campo.

El soldado salió y los escribientes y Corvalán quedaron perplejos.

-Siga no más -dijo Rosas al escribiente.

Este prosiguió:

"Unos hablan pestes de Lavalle..."

-Ya leyó eso; no sea bruto.

El lector se puso pálido como la cera y prosiguió:

"Otros gritan que no debe seguir adelante hasta que..."

-¿Qué hay? -preguntó Rosas al soldado que entraba, mientras el escribiente rayaba con la uña la dicción en que había quedado, pendiente la lectura.

-Nada, señor.

-¿Cómo nada?

-Es uno que vende dulces, y los compañeros dicen que es espía de Lavalle.

-Ha de ser, pues. ¿De dónde viene?

-No sé, señor; pero ha de ser de por ahí no más.

-Bueno; a los compañeros que hagan lo que quieran.

El soldado salió. Y Rosas hizo señas al escribiente para que continuase su lectura.

Prosiguió:

"...haya sublevado en su favor todas las simpatías del país. Y el cabecilla Lavalle debe estar sin saber qué hacer porque cada uno le aconseja de distinto modo. Por lo que hace a Rivera..."

El lector se paró de súbito a los horribles gritos, a los ayes que transían el alma y que eran exhalaban a pocos pasos de allí, de Rosas: era que estaban degollando al vendedor de dulces, entre la gritería y alegría salvajes de los soldados y la chusma, al ver la sangre y las agonías de la víctima.

Este infeliz se llamaba Antonio Fragueiro Calviño. Era viejo de sesenta y tantos años, y de profesión vendedor de pastas, y que había ido ese día a Santos Lugares a hacer comercio con su cajón de dulces, arrastrado fatalmente por su destino.

-Siga, pues -dijo Rosas con la mayor flema.

"Por lo que hace a Rivera, no les ha de dar el mínimo auxilio, pues está deseando que se pierdan todos, no porque el pardejón no sea tan unitario como ellos, sino porque todos viven así en la más completa anarquía.

"Todos los días llegan fugados de ésa. Me consta que la mayor parte se embarca por la costa de San Isidro en balleneras francesas que van a buscarlos; y me parece que ese punto es el que debe ser más vigilado.

"Mañana volveré a escribir a Vuecelencia como lo hago en todas las ocasiones que me es posible.

"La letra de cien onzas me fue pagada a la vista.

"Quedo haciendo votos por el triunfo de Vuecelencia."

-No hay más.

-Mire -dijo Rosas, dirigiéndose a Corvalán-, usted se va a la ciudad ¿no?

-Como Vuecelencia lo ordene.

-Tiene que hacer. Busque a Cuitiño y dígale que me han escrito de Montevideo que está dejando escapar por plata a los unitarios que se embarcan por la costa de San Isidro; que yo no lo creo, pero que no deje que los salvajes unitarios le estén sacando el cuero de ese modo; y que yo he de ir una noche de éstas a pasear por la costa.

-Muy bien, Excelentísimo señor.

-Y cuente a los amigos, y a él también, todo lo que ha visto y oído por aquí... ¿Me entiende?

-Sí, Excelentísimo señor.

-¿No está Maza ahí en la puerta? -preguntó Rosas al soldado que estaba con el mate, en el que, de cuando en cuando, tomaba Rosas algunos tragos.

-Ahí está -respondió aquél.

-Que venga.

Un instante después apareció Mariano Maza, jefe de un cuerpo llamado de la Marina: hombre que más tarde debía jugar un sangriento y repugnante papel en las guerras de Rosas.

Era entonces como de treinta y cinco años, de estatura regular, rubio y de una fisonomía gatuna y siniestra, donde estaban dibujados francamente los instintos del mal y del vicio.

Presentóse con su gorra militar en la mano, delante del que tenía en su frente, tibias y en relieve, las manchas de sangre de su tío y de su primo hermano.

Rosas lo miró sin dignarse saludarlo, y le preguntó:
-¿No están en su cuartel unos que trajeron ayer?
-Sí, Excelentísimo señor.
-¿Cuántos son?
-Son cuatro, Excelentísimo señor.
-¿Cómo se llaman?
Maza sacó un papel de su bolsillo y leyó:
-José Yera, español.
-Gallego, diga.
-José Yera, gallego, y su hijo.
-Estos los mandaron de Lobos ¿no?
-Sí, Excelentísimo señor.
-¿Y los otros?
-Un tal Vélez, cordobés, y Mariano Alvarez, porteño.
-¿Esos son todos?
-No han traído más, Excelentísimo señor.
-Bueno; fusílelos.
Maza hizo una profunda reverencia y salió, mientras que Rosas volvió a sus paseos.
Al cabo de cinco minutos se paró y dijo:
-Vaya no más, Corvalán.
El edecán se disponía a salir.
-¡Ah! Lléguese a lo de María Josefa y dígale que haga lo que quiera. Que sin son unitarios no le importe de nada.
-Muy bien, Excelentísimo señor.
-Mire, véase a Mariño y dígale...
La voz de Rosas y la atención de todos fue suspendida por la detonación de dos descargas sucesivas.
Yera y su hijo, Alvarez y Vélez, acababan de caer asesinados por el plomo de Rosas; como diez minutos antes había caído Calviño bajo el bárbaro cuchillo federal.
-Dígale, pues, a Mariño -continuó Rosas con la mas inaudita tranquilidad- todo lo que hay por aquí; dígale también que parece unitario, porque están muy flojos sus artículos.
Esto decía Rosas en los momentos en que la Gaceta Mercantil chorreaba sangre, azuzando a lo lebreles de la Federación al exterminio de todos los unitarios.
Y Corvalán, así cargado de comisiones, cada una envolviendo una muerte o una desgracia, montó a caballo con menos seguridad que la con que su nombre tenía de pasar tristísimamente a la posteridad, sino como un actor de crímenes, porque, en efecto, no lo fue el general Corvalán, a lo menos como un modelo de sumisión y de obediencia pasiva al tirano a quien sirvió por tantos años.
Pero no bien su caballo había dado algunos pasos, cuando el cebador de mate lo alcanzó y llamó al edecán de parte de Rosas.
El viejecito se desmontó con trabajo, y tropezando con su espadín y las charreteras bailándole, volvió a la presencia de Rosas, mientras que el soldado iba a buscar un vaso de agua que había pedido el dictador.

III. Un vaso de sangre

-¿Ya se iba?

-Ya, Excelentísimo señor.

-No; espérese. Siéntese.

Corvalán se sentó.

-A ver -continuó Rosas, dirigiéndose a uno de los secretarios- ¿cuál es el legajo que trajeron ayer?

-Aquél, Excelentísimo señor -contestó el secretario, señalando uno inmenso que estaba sobre una silla.

-Desátelo.

-Ya está, Excelentísimo señor.

-Bueno, saque una clasificación.

-¿Cuál de ellas, Excelentísimo señor?

-Empiece por la primera. Búsquela.

El escribiente se puso a recorrer los papeles.

-Aquí está, Excelentísimo señor.

-Lea.

Y Rosas volvió a sus paseos en la habitación, mientras que el ordenanza permanecía parado en la puerta con el vaso de agua en la mano.

El secretario leyó lo siguiente:

Clasificaciones de 1835

Número 1

General don Juan José Viamont, enemigo de los restauradores.

General don Nicolás de Vedia, sostuvo al gobierno de Balcarce, y proclamó al pueblo con entusiasmo en contra del ejército.

General don Tomás Iriarte, éste nunca fue federal; sostuvo con encarnizamiento a Balcarce.

General don Gervasio Espinosa, éste fue federal, y se convirtió enemigo por sostener al gobierno de Balcarce, de quien recibió especiales consideraciones.

Coronel don Francisco Linch, desertó del partido federal, y fue agente del ministro de la Guerra Martínez, en buscar prosélitos que sostuvieron su causa inicua.

Coronel don Juan Pedro Luna, desde que regresó del ejército del Sur era un furioso en hablar con publicidad del General, y de todo individuo que sostenía el partido federal; sólo una administración tan corrompida como la de aquella época pudo permitir tanta audacia sin contenerlo; en consecuencia tomó las armas; últimamente fue comprendido en la reforma, pasándole al estado mayor inactivo, pero en el momento pidió su licencia absoluta y se le concedió.

Coronel don Paulino Rojas, unitario y lomo negro, está en el estado mayor inactivo.

Teniente coronel don Prudencio Torres, fue unitario empecinado y después federal y últimamente lomo negro.

Teniente coronel don Juan José Olleros, lomo negro empecinado, está reformado.

Sargento Mayor don Manuel Torres, se singularizó en las elecciones de abril, y ha estado en contra de los federales; es oriental y pariente de Martínez.

Teniente coronel de milicias don Epitacio del Campo, fue federal y después lomo negro empecinado, se singularizó en las elecciones de abril; esto le valió llega a jefe de policía, en cuyo destino hostilizaba a todos los federales que no eran de su facción.

Don Juan Manuel Canabery, lomo negro empecinado; tenía una protección decidida, y en consorcio de don Epitacio del Campo, hacían todos los remates del Gobierno, en lo que ganaron gruesas cantidades.

Don Juan José Bosch, fue federal y se convirtió en lomo negro, entusiasmado.

Teniente coronel don Manuel Gregorio Mons, español, lomo negro, y ciego agente del general Espinosa.

Coronel don Bernardo Castañón, lomo negro, y espía del Gobierno de Balcarce.

Coronel don José María Echauri, en todo como el anterior.

Mayor don Lorenzo Melgar, lomo negro empecinado, seducía a los paisanos y salía en todas las guerrillas, hasta que fue inutilizado por un lanzazo.

Mayor don Casiano Aparicio, lomo negro empecinado.

Don Federico Obenr, éste, siendo particular y extranjero, andaba con una partida hostilizando a los paisanos en los días de la revolución; fue comisionado por Balcarce para persuadir al general Izquierdo viniese con su fuerza a la ciudad, quien lo arrestó, y puesto a disposición del General del ejército, fue remitido preso a la Guardia del Monte.

Don Matías Aberastegui, era oficial de abastecedores; tomó las armas contra sus compañeros y sirvió de ayudante del general Olazábal.

Mayor don Martín Olazábal, lomo negro, tomó las armas.

Mayor don Jerónimo Olazábal, unitario y lomo negro.

Don Diego Vivar, éste trabajó con empeño en seducir los milicianos del comandante Navarrete, por lo que fue arrestado y remitido a la Guardia del Monte.

Don Marcelio Carranza, unitario y lomo negro.

Teniente coronel don Benito Nazar, unitario y lomo negro.

Capitán don Mariano Bermúdez, está con el concepto de unitario, lomo negro, no ha servido en el ejército de la Federación; actualmente está causado por haber muerto a un músico de patricios.

Mayor don José Gueselaga, lo fue del batallón de Defensores, partidario del general Martínez, y lomo negro.

Mayor don Rufino Guati, unitario y lomo negro.

Teniente coronel don Francisco Seguí, unitario y lomo negro.

Teniente coronel don Antonio Toll, en todo como el anterior.

Capitán de milicias don Pablo López, era federal, se volvió lomo negro y tomó las armas.

Capitán de milicias don Martín Amarilla, en todo como el anterior.

Capitán de milicias don Luis Casar, ídem, ídem.

Teniente coronel don Mariano Moreno, lomo negro; sostuvo con ardor el gobierno de Balcarce.

Coronel don Juan José Martínez Fontes, en todo como el anterior.

Coronel don Nicolás Martínez Fontes, mandó el batallón "Río de la Plata"; estaba tan entusiasmado que el día de las elecciones de abril formó la tropa en el cuartel y la proclamó diciendo que muriesen los absolutistas.

Don José María Zelaya, éste era federal, lo trastornó el ministro de Guerra Martínez (se dice que por intereses), pero él era su agente y panegirista.

Don Demetrio Villarino, era juez de paz de San Fernando y lo sedujo el comandante don Manuel Feliciano Fernández, por cuyo motivo lo depuso del cargo el General del ejército.

Don Juan José Maciel, era juez de paz de San Isidro, en todo como el anterior.

Coronel graduado don José María Escobar, lomo negro, no es bueno ni para amigo ni para enemigo.

Don Diego Piñero, fue juez de paz de las Conchas; partidario entusiasta de Balcarce.

Don Plácido Viera, éste, de particular fue hecho en los días de la revolución de octubre sargento mayor de caballería de línea y anduvo con partida; se le recogieron los despachos por comprenderlo la resolución de la Honorable Sala.

Don José María Grimau, era corredor de número, y uno de los más exaltados en la revolución contra los federales.

Coronel don Rafael Hortiguera, lomo negro, pero moderado.

Don Pedro Echenagusia, siendo paisano se ofertó al gobierno para formar una compañía para pelear contra los federales, no llenó su compromiso, pero recibió ocho mil pesos, con cuyo dinero se quedó.

Capitán don Emilio Góngora, lomo negro, y estuvo hasta lo último con las armas en la mano.

Don Mariano Artayeta, era mayor de Lavalle, unitario empecinado y se presentó en los días de la revolución a tomar las armas contra nosotros.

Don Mariano Aquilino, era alcalde del cuartel 17; hizo primores en las elecciones a favor de la lista negra, y últimamente tomó las armas.

Coronel don Juan Coé, yerno de Balcarce, en los momentos de la revolución le dieron el mando del puerto.

Don Pedro Echagüe, lomo negro y espía del ministro Martínez, tomó las armas.

Sargento mayor don Julián Martínez, hijo político del ministro Martínez, tomó las armas.

Coronel don Manuel Rojas, unitario y lomo negro.

Coronel don Ramón R. Fernández, lomo negro, trabajó con calor en las elecciones en contra de los federales.

Capitán don Mariano Quintas, unitario y tomó las armas.

Don Antonio Martínez Fontes, escribió contra los federales, actualmente está empleado en la aduana.

Don Dámaso del Campo, lomo negro y trabajó en las elecciones en contra nuestra.

Teniente coronel don Juan Santiago Wascalde, unitario acérrimo, actualmente está empleado en el parque.

Capitán don Bartolo Herrera, peleó contra los federales, está en el estado mayor activo.

Teniente coronel don Ramón Listas, unitario y lomo negro.

Mayor don Bartolo Fernández, lomo negro completo; se hizo notar por su encarnizamiento en las elecciones, y con las armas en los días del movimiento.

Teniente coronel don Amadeo Ibarrola, cuando estalló el movimiento del 11 de octubre se hallaba de comandante en Quilmes, donde lo había mandado días antes el Gobierno. Los patriotas lo sorprendieron esa misma noche, y después de arrestado lo pusieron en libertad, juramentándolo de que no tomaría las armas. Correspondió a esta generosidad con bajeza, y lo que se vio libre, las tomó de nuevo.

Sargento mayor don Félix Iriarte , unitario y lomo negro.

Sargento mayor don Ciriaco Otero, tomó las armas contra los federales.

Teniente coronel don Victorio Llorenti, estaba empleado en la inspección, y en los días del movimiento de octubre, como se había dado a conocer por su exaltación, lo colocó el general Olazábal de su segundo en el cuerpo de Patricios.

Mayor don Pedro Calderón, unitario y lomo negro.

Don Gregorio Silva, era juez de paz de la Concepción, lomo negro empecinado y el agente del general Olazábal.

Don Eduardo Espinosa, era oficial de abastecedores, estuvo adentro con las armas en la mano; por eso fue arrojado del cuerpo.

Presbítero don Mateo Vidal, enemigo acérrimo de los federales, era el que sostenía en la Sala de Representantes todas las disposiciones del Gobierno en aquella época, y dirigía al ministro de la Guerra Martínez.

Coronel don Ángel Salvadores, lomo negro, estuvo con las armas en la mano al mando de un cantón.

Mayor don Ramón Carbajal, unitario y lomo negro.

Batallón de artillería

Clasificación de los jefes y oficiales.

Comandante don Juan Ceballos, obtuvo este empleo por el gobernador Balcarce después del 11 de octubre; lo ratificó Viamont; estuvo con las armas en la mano. No ha hecho más servicios a la Federación que la expedición a Córdoba.

Capitán don Martiniano Aparicio, unitario y lomo negro.

Capitán don Luis Arguero, lomo negro.

Teniente don Manuel Visetrez, unitario.

Ayudante don José Revol, lomo negro.

Teniente don Norberto Abrego, lomo negro.

Subteniente don Manuel Castañón, lomo negro.

Batallón Guardia Argentina. - Los jefes y oficiales, sin excepción, son federales y de toda confianza.

Regimiento número 1 de Campaña. - Los jefes y oficiales, sean de línea o de milicias que actualmente tiene, son federales y de confianza.

Relaciones de los lomos negros enemigos de los federales, y que se hallan ausentes fuera de la provincia.

Brigadier don Juan Ramón Balcarce, brigadier don Enrique Martínez, general don Félix Olazábal, coronel don Manuel Olazábal, teniente coronel don Manuel Feliciano Fernández, teniente coronel don Ignacio Ibarra, teniente coronel don Adriano Cardozo, mayor don Benito Olazábal, mayor don Marcelino Aguilar, capitán don Casimiro Garmendia, capitán don Marcelino Salinas, teniente de milicias don José Estanislao Bejarano, paisano; paisano Juan José Cano; guarda José Villoldo; guarda Pedro José Molina.

-No hay más, Excelentísimo señor.

-Bueno; lea la segunda -dijo Rosas, continuando su paseo, y el escribiente leyó:

Clasificación
Número 2

Empleados civiles de todas clases que son muy marcados por sus opiniones.

Departamento de policía

Comisarios. - Don Matías Robles, federal; don Angel Herrero, ídem firme; don Pedro Romero, ídem, ídem; don Lorenzo Laguna, ídem, ídem; don Pedro Chanteiro, ídem, ídem; don Isidoro López, ídem, ídem; don Hilario Abalos, ídem, ídem; don Juan José Castro, ídem, ídem; don Diego Ruiz, federal; don Manuel García, ídem; don Manuel Insúa, ídem; don Juan Manuel Serrano, ídem; don Pedro C. Chavarría, ídem firme; don Ciriaco Cuitiño, federal firme y sobresaliente; don Andrés Parra, ídem, ídem, ídem.

Comisario en comisión. - Don Marcelo Aspitía, federal firme.

Oficial 2º. - Don Pedro Romero, federal.

Oficiales de mesa. - Don Juan Moreno, federal; don Ramón Torres, ídem; don José María Zamorano, federal firme; don Francisco Plot, ídem, ídem; don Baltasar Agüero, insignificante e inasistente al servicio.

Oficiales escribientes. - Don Francisco A. Maciel, nuevo en el partido, con buena conducta; don Esteban Ojeda, ídem, ídem; don Francisco Cámara, ídem, ídem, fue unitario; don Juan Victorica, demostró ser buen federal en la época de los renegados y continúa; don Manuel Ovella, español unitario; don Angel M. Gómez, se ignora su actual opinión y fue unitario.

Administradores de los carros fúnebres y de policía. - 1º Don Luciano Isla, federal; 2º don Pedro Obrego, federal firme y neto.

Librodot

Alcaldes del depósito de policía. - 1º Gregorio Guzmán, federal; 2º Santiago Olivero, ídem.

Tesorero de policía. - Don Francisco Eyzaga, buen federal.

Nota: Entre los vigilantes hay muchos buenos federales; pero otros son enteramente desconocidos respecto de su opinión, y será preciso clasificarlos despacio, previos los informes convenientes.

Actuales jueces de paz en la ciudad. - Catedral al Norte, don Inocencio Escalada, federal; San Nicolás, don Julián González Salomón, federal firme y sobresaliente; Piedad, don Antonio Viera, federal; Monserrat, don Manuel Maestre, ídem; Concepción, don José María Pintos, ídem; Socorro, don Gabriel Ferreyra, ídem; San Telmo, Francisco Buzaco, ídem; Pilar, don Juan Ovalle, ídem; San Miguel, don José Moreno, ídem; Balbanera, don Mariano Lorea, renegado.

Nota: Hay un alcalde en esta última parroquia llamado don Eustaquio Giménez, que tiene aptitudes, es hombre de bien y federal conocido.

Empleados del fuerte. - Don Pedro Salvadores, unitario y renegado; don Benedicto Maciel, pasa por federal, pero lo pasaba bien con los renegados y con el Gobierno subsiguiente; don Severo Belvis, renegado; don Mariano Balcarce, ídem; don Demetrio Peña, ídem y unitario; don José María Sagasta, ídem; don Gregorio Alagón, ídem, ídem; don Prudencio Gramajo, ídem, ídem; don Avelino Balcarce, renegado.

Ministerio de Guerra. - Oficial mayor don Mariano Moreno, renegado; don Juan J. Martínez Fontes, ídem; don José M. Agrelo, ídem; don Marcos Agrelo, ídem; don Luis Méndez, ídem; don Esteban Badlan, renegado; doctor don Mariano Herrera, unitario; don Pedro Díaz de Vivar, renegado; don Justo Balcarce, ídem.

Contaduría general. - Don Tomás Usúa, unitario y renegado; don Antonio Marcó, ídem, ídem; don Mariano Javelera, ídem, ídem.

Archiveros. - Don Jerónimo Lasala, vive con todos; don Mariano Vega, renegado exaltado.

Colecturía. - Don Santiago Calzadilla, unitario; don Marcos Sauvidet, unitario; don Juan Araujo, renegado malo; don Antonio Martínez Fontes, renegado.

En el resguardo. - Don José M. Somalo, renegado; don José A. Echevarría, ídem; don José Guerrero, renegado exaltado y fue agente del gobierno de Balcarce; unos Peña, renegados; don N. Perelló, unitario y renegado.

Debe haber en el resguardo otros muchos renegados, según la opinión general.

Correos. - Don Manuel J. Albarracín, unitario; don Bonifacio Salvadores, ídem y renegado; F. Olayo Pico, unitario.

Institución de serenos. - Presidente don José Olaguer, renegado, vive con todos.

Tesorero. - Don Felipe Botet, unitario muy renegado.

Ayudantes. - Don Juan Bautista Perichón, unitario; don Pedro Botet, renegado; don Antonio José Larrosa, vive con todos; don José Alvarez, federal; don Ambrosio Correa, ídem; don José León Gutiérrez, ídem muy comprometido.

Serenos pertenecientes al partido de los renegados. - Pedro Espejo, Fermín Urain, José Pillao, Manuel Roxas, Juan Navea, Cosme Méndez, Vicente Gómez, Nicolás Martínez, y José Alcolea, y unitario, Rufino Blanco, Manuel Sosa, Manuel Rubio, Gregorio Díaz, y muy malo en la época pasada, Domingo Lara, y unitario malo, Nicolás Blanco; Lorenzo Vose, José M. Cabot, Juan Ramón Díaz; José Ramos, Pedro Melo, Atanasio Romero, Luis Peredo, Francisco Rodríguez, Alberto Buráñez, José Isla Vicente Montillo, Francisco Tixera, José M. Ordóñez, Julián Muñoz.

Individuos de todas clases

Don Luis Vega, ex juez de paz el año 33, renegado exaltado.

Don José M. Zelaya, empleado en el parque, renegado.

Un empleado del mismo destino apellidado Velázquez, renegado.

Don Matías Aberasteguy, ex alcalde del cuartel número 9, renegado.

Librodot

Don Martín Troncoso, ídem del número 13, renegado exaltado.
Don José Picó, ídem, del 52, ídem, ídem.
Don Demetrio Villarino, ex juez de paz de San Fernando, renegado.
Don Juan José Maciel, ex juez de paz de San Pedro, renegado.
Don Juan Barrenechea, Rte, renegado.
Don Vicente Arraga, ídem, ídem.
Don Irineo Portela, ídem, unitario.
Don Ignacio Martínez, ídem, renegado.
Don Pedro Trápani, ídem, ídem.
Don Baldomero García, vividor con todos los partidos y muy relacionado con los unitarios.
Doctor don Mateo Vidal, eclesiástico, renegado.
Don Francisco Silveira, canónigo, ídem.
Don Ramón Olabarrieta, cura, ídem.
Don Manuel Nazar, teniente cura, renegado y unitario.
Don José Albarracín, cura renegado.
Don Mariano Brizuela, presbítero, unitario.
Don Bernardo José Campos, cura, ídem.
Abogados. - Doctor don Pedro José Agrelo, renegado; doctor Don Valentín Alsina, unitario; doctor don Marcelo Gamboa, moderado; doctor don Pedro del Valle, renegado; doctor don Manuel Belgrano, unitario; doctor don Juan José Cernadas, renegado; doctor don Bernardo Vélez, unitario malo; doctor don Florentino Castellano, unitario renegado; doctor don Paulino Ibarbás, unitario; doctor don Rafael Macedo Ferreira, renegado; doctor don José Tomás Aguiar, ídem.
Escribanos. - Don Francisco Castellote, "unitario él, su mujer, hijos e hijas"; "Agregado auxiliar" Antonio Fausto Gómez; don Manuel Covia, unitario "del consulado"; don Marcos José Agrelo, unitario, escribano de número; don Teodoro Montaño, renegado; don Luis Castañaga, unitario incorregible; don Luis López, federal, "buen sujeto"; don Laureano Silva, ídem; don Miguel Mogrovejo, renegado; don José María Jordán, unitario; don Juan José Canaberis, procurador, renegado, "malo, incapaz"; José Joaquín Rubí, federal firme.
Médicos y cirujanos. - Los dos Almeidas, unitarios moderados; don Cosme Argerich, renegado; don Pedro Carrasco, unitario; don José Fuentes, federal; don Fernando María Cordero, ídem, firme; don Andrés Dik, extranjero federal; don Juan Antonio Fernández, unitario; don James Leppar, extranjero, no es unitario; don Pedro Martínez, renegado; don Pedro Rojas, unitario; don Manuel Salvadores, ídem, renegado; don Benjamín Vieites, ídem, ídem.

Particulares

Unitarios y federales renegados. - Don Mariano Fragueiro, unitario; don José Pérez, comandante, ídem; don Manuel Arroyo y Pinedo, muy unitario; don José Arroyo y Pinedo, ídem; don Juan Fernández Molina, unitario; don Ventura Arzac, ídem, malo; don José María Arzac, impresor, renegado, malo; don Pablo García, vago, ídem; don Francisco Lavalle, unitario; don Francisco Seguí, ídem; don Joaquín Belgrano, ídem; don Pedro Berro, ídem; don Fidel Casati, ídem; don Miguel Fernández, hermano de Manuel Feliciano, renegado; don Carlos Lamarca, unitario; don José María Maldonado, ídem; don Molino Torres, Angel, ídem; don Sebastián Ocampo, unitario exaltado; don Carlos Reyes, ídem; don Miguel Sánchez, ídem, muy exaltado; don Manuel Terri, empleado en el Banco, ídem; don Marcelino Carranza, renegado; don Manuel Carranza, unitario y renegado; un joven Máximo Lara, muy renegado; don Juan Manuel Canaveris, ídem, ídem; don Benito Díaz, corredor, unitario renegado; don Juan de Dios Padrón, ídem; don Matías Aberastegui, ex alcalde del cuartel

Librodot

número 9, renegado; don Pedro Echenagusia, renegado malo, espía pagado por el gobierno de Balcarce contra los federales; don Manuel Vega, renegado malo y atropelló a algunos ciudadanos en la época malhadada de los renegados; don José María Laines, unitario malo y renegado; don Gervasio Armero, renegado y no hace honor al empleo de oficial de justicia que ejerce.

Federales de varias clases que pertenecen a la Sociedad Popular Restauradora y son comprometidos.

Don Martín Santa Coloma, "sobresaliente"; don Pablo Hernández, "representante, fortuna"; don Sebastián Sárate; don José M. Boneo, "b."; don José Aldao, "b."; don Ramón Bustos, "edecán"; don Rafael Barrios, "bueno", "abastecedor"; don Hilario Rodríguez, capitán de pardos, "empleado"; don Miguel Planes, "b."; don Manuel Alarcón, "b.", "capitán"; don Laureano Almada, "b.", "puesto verdura"; don José Tomás Robledo, "b.", "capitán del 6 o de la partida de Cuitiño"; don Andrés Robledo, "b.", ídem "capitán"; don Bernardo Fuentes, "b.", "mercado"; don Pedro Nolasco Contín; don Andrés Cabo, "b.", "casa propia, en el puente, fortuna"; don Juan Merlo, "b.", "capitán"; don Manuel Barbarín; don Manuel Núñez; don Julián de León; don José Antonio Reynoso; don Bernardino Orellana; don Máximo Sosa, negro; don Silvestre San Martín, negro; don Francisco Molina; don José María Yedros, capitán pardo, "b."; don José Rodríguez, pardo, "b."; don Daniel Capdevila, negro, "b."; don Mariano Castillo, "b.", "capitán de milicia"; don Antonio Bonifas, marina, "b.", "en el servicio de la marina"; don Evaristo Idalga; don Antonio Reyes; don Trifón Cárdenas, oficial; don Francisco Isar; don Antonio Reynoso; don José Pintos, "b."; don Vicente Funes; don José A. Jiménez, "hacendado del N."; don José Domingo Montaño; don Juan Baleyja, "b.", cap. M.; don Lorenzo García; don Martín Farías, del resguardo; don Mateo Castañón; don Manuel Burgos; don Angel Octán; don Francisco Esquibando; don José M. Pita; don Manuel Aráoz de Parra; don Ciriaco Gari (oficial de milicia); don Felvo Briones, oficial militar; don Mariano Soria; don Diego Obirson; don Antonio Miranda; don Juan Molina; don Pedro Santellán; don Laureano Silva, escribano; don Cayetano Laprida; don Juan José Olivera; don José Serapio Gaona; don Máximo Taybo; don José Tiburcio Sánchez; don José D. Farías; don José Carrasco; don Francisco Farías, "b.", "capitán"; don Manuel Altolaguirre, pardo; don Juan Balanzártegui, negro; don Manuel Abrego; don José Gabriel Romero; don Pedro Aberastegui; don Juan Fuentes; don Félix Padín, pardo "b.", "verdulero"; don Roque Narbona, negro; don Juan José Pérez de la Rosa, "bueno, oficial rebajado"; don Gregorio Sufrategui.

Otros federales, aunque no son de la Sociedad.

Don Bonifacio Huergo; don Manuel Rábago; don Miguel Oñederra; don Anselmo Farías, sobresaliente; Don domingo Eyzaga, "b."; don Miguel Casal, ex comisario; don Evaristo Pineda, corredor; don Simón Pereira; don José Vari, y otros muchos.

Respecto a los negros de la última clase, pueden considerarse federales prontos a sostener la causa más de las nueve décimas partes de ellos, y la otra se compone de algunos oficiales del cuerpo de Defensores, que pueden ser clasificados a su tiempo, y de otros pobres ignorantes, alucinados por ellos."

-Se ha concluido, Excelentísimo señor.

-Entonces, deje ahí no más; vaya separando las otras para leerlas luego; pero mire, cuando vea unitarios en esos papeles, léame "salvajes unitarios". Tome, Corvalán. Llévelas a María Josefa, y dígale que vaya entresacando; que mañana le mandaré otras.

-¿Nada más, Excelentísimo señor?

-Nada más.

Corvalán salió.

En este momento tomó Rosas el vaso de agua de manos del ordenanza.

La puerta vidriera del rancho daba al Oriente, y los vidrios estaban cubiertos por cortinas de coco punzó. El sol estaba levantándose entre su radiante pabellón de grana; y sus rayos

quebrándose en los vidrios de la puerta, y su luz, tomando el color de las cortinas, venía a reflejar con él en el agua del vaso un color de sangre y fuego.

Este fenómeno de óptica llevó el terror a la imaginación de los secretarios, que, herida por la idea que acababan de comprender en Rosas, al mandar las clasificaciones a su hermana política, les hizo creer que el agua se había convertido en sangre, y súbitamente se pararon pálidos como la muerte.

La óptica y su imaginación, sin embargo, se habían combinado para representar, bajo el prisma de una ilusión, la verdad terrible de ese momento. Sí; porque en ese momento bebía sangre, sudaba sangre y respiraba sangre; concertaba en su mente, y disponía los primeros pasos de las degollaciones que debían bien pronto bañar en sangre a la infeliz Buenos Aires.

IV. Donde aparece como siempre nuestro don Cándido Rodríguez

Si los capítulos anteriores han podido dar una ligerísima idea de la ferocidad de Rosas, también habrán hecho reflexionar, es probable, sobre el modo como se ocupaba de la defensa de su causa, frente al enemigo que invadía y amenazaba.

Hay resistencia en el espíritu para creer que en todo pensase Rosas, en los primeros días de septiembre de 1840, menos en una formal organización de defensa, en un plan de campaña tan serio siquiera, como la situación que lo rodeaba. Y nada hay más cierto, sin embargo.

Rosas jamás fue militar. Y en aquel conflicto no hizo otra cosa que amontonar hombres y cañones, carretas y caballos, en los estrechos reductos de Santos Lugares; esperándolo todo de la casualidad, del terror de sus enemigos, y del miedo en sus servidores, que parece haber sido la única táctica de ese hijo predilecto de una fortuna, la más siniestra para la humanidad, tanto en las guerras de 1840 a 1842, como en la que sostiene en la época en que estos cuadros se delinean.

Alistados a sus banderas no faltaban algunos oficiales, generales del tiempo de la Independencia, y como tales, viejos veteranos que se habían criado entre los grandes planes militares y la disciplina severa, sirviendo a las órdenes de los primeros capitanes de aquella guerra gigantesca. Y las medidas de Rosas, como general en jefe del ejército, en aquellos momentos en que todos jugaban su porvenir, si no su vida, era la pesadilla diaria de aquellos soldados de la Independencia que no veían sino el absurdo y la ignorancia, o la más completa apatía en las disposiciones del dictador, que revelaban una completa ausencia de las nociones más simples del arte de la guerra. Para ellos era incomprensible que sólo con rondas, para ver si hallaban algún unitario con armas; con visitas a los cuarteles, para no encontrar sino montones de hombres sin disciplina ni espíritu de soldado; y con hacinar enjambres de hombres y de animales en un estrecho campamento se pudiese asegurar el triunfo o siquiera una resistencia regularizada, llegado el caso de un ataque serio sobre aquel punto, o de una sorpresa a la ciudad. Y ante semejantes planes militares, renegaban de la suerte que los había puesto bajo el mando de aquel "bruto", como lo llamaban Mansilla, Soler y otros que habían ceñido la espada desde los primeros días de la Revolución de América.

Pero parece increíble: este mismo trastorno de lo natural, esta misma vulgaridad e ignorancia de Rosas servían para que la fanática plebe de su partido, y muchos también que no eran plebe, dijesen y creyesen que todo aquello que veían y los sorprendía era efecto del genio del Restaurador, que se escapaba a la penetración de los demás.

-El sabe lo que hace -decían.

Y, sin embargo, la verdad es que el genio no sabía una palabra de lo que estaba haciendo, o de lo que debía hacer, en orden a la defensa militar; y se lo llevaba un trabajo asiduo y laborioso, dentro sí mismo, pensando y combinando los medios de satisfacer sus bárbaras venganzas en el caso de triunfar, que ya empezaba a ver como muy probable, sin más ciencia que sus instintos y su sagacidad, puramente orgánicos, puramente animales; ora combinando nombres para encontrar víctimas,ora combinando en su idea el medio de arrojar a la mendicidad la mitad de la población; nuevo y el más espantoso de sus delitos, que debía convertirse en ley dentro de pocos días.

Entretanto, y a medida que los sucesos se precipitan, el lector tendrá que acompañarnos, con la misma prisa que esos sucesos, a todas partes y con toda clase de personas. Y al llegar más pronto que Corvalán de Santos Lugares a la ciudad, y al correr sus calles, ora en largas longitudes, tristes, solitarias, lúgubres; ora teniendo que empujar y codear para abrirnos camino por medio de una oleada de negras viejas, jóvenes, sucias unas y andrajosas, vestidas otras con muy luciente seda, hablando, gritando y abrazándose con los negros, soldados de Rolón o de Ravelo, mientras otras se despedían a gritos, marchando a Santos Lugares; ya

teniendo que ampararnos en el umbral de una puerta, para que los caballos a galope, azuzados por el rebenque de la Mazorca, que pasa en tropel haciendo que hace en el gran plan de defensa de su genio, no invada la acera y nos atropelle; o ya, en fin, andando más de prisa para evitar las miradas curiosas que atisban por la rendija de un postigo entreabierto, donde se asoma una pupila inquieta y buscadora, queriendo interrogar hasta las piedras para saber lo que pasa, qué fortuna se cierne en ese instante sobre la cabeza de todos, sobre el lecho del viejo, sobre la cuna del niño; para saber si el corazón ha de latir de miedo o de esperanza todavía; si el sol ha de ponerse el último para ésta o el postrero para la terrible ansiedad que devora el espíritu y el cuerpo. Y corriendo, deslizándonos con el lector sobre esa ciudad cuyo piso tiembla, cuyo aire tiene olor a sangre, donde sobre las nubes no parece haber Dios, donde sobre el suelo no parece haber hombres, falta todo, menos la agonía del alma, las creaciones asustadoras de la imaginación, y la lucha terrible de la esperanza, que se escapa o se postra en el pecho, con la realidad, con la verdad, que subyuga y aniquila y mata esa esperanza misma; corriendo aquí y allí, de repente nos hallaremos con un personaje serio y tieso, que con su inseparable bastón va pasando por la puerta de la Sala de Representantes, con un aplomo de piernas sorprendente, mientras que la vaguedad de sus miradas y su semblante, como bañado en agua de azafrán, nos hará creer por un momento que aquel hombre lleva una cabeza postiza, viendo en el rostro el antítesis de la seguridad que ostenta el cuerpo.

Era don Cándido Rodríguez.

Frente a la Sala de Representantes había en 1840 una pequeña fonda, que era el Palais Royal de toda la corte del genio, desde las ocho hasta las once de la mañana, desde las nueve hasta la una de la noche, en cuya puerta, un año antes, habían aprehendido al joven Alagón para convertirlo en una de las más tristes y lamentables víctimas de Rosas.

Eran las diez de la mañana.

Don Cándido llegaba ya a la puerta de la Sala de Representantes, cuando salía de la fonda una docena de personajes de la Federación, haciendo un ruido infernal con sus inmensas espuelas.

Don Cándido no los miró con los ojos. Los miró y conoció con el oído. Y, sin dar vuelta su cabeza, ni precipitar sus pasos, se entró muy serio a la Sala de Representantes, y empezó a subir por la escalera que conduce al archivo.

El no iba a semejante casa ni a tal archivo. Era el ruido de las espuelas federales lo que había dado a sus piernas una nueva dirección, sin dar tiempo a su cabeza a la combinación de ninguna idea. Así es que, cuando se halló frente a frente con un oficial de esa oficina, no sabiendo qué decirle, y no creyendo que debía pararse todavía, pasó por delante de él, y siguió andando.

-Señor ¿quería usted algo? -le dijo aquél.

-¿Yo?

-Sí, pues que usted se entra, así no más.

-Mire usted, joven, esto es efecto de causas muy remotas y recónditas, que cuando el tiempo, ese amigo de la vejez e instructor de los jóvenes... el tiempo ¡si usted supiera lo que es el tiempo!

-Señor, yo lo que deseo saber es qué busca usted -dijo el oficial, que empezó a creer que don Cándido era un loco, y no las tenía todas consigo al encontrarse solo, en tan peligrosa compañía.

-Mire usted; yo, francamente, no quiero nada. ¿De qué familia es usted, mi distinguido señor?

-Señor, yo tengo que cerrar la puerta; hágame el favor de retirarse -dijo el joven, retrocediendo algunos pasos y dando la espalda a la puerta de salida.

-Tiene usted en su fisonomía la expresión del talento, de la asiduidad, de la labor, ¿en qué forma de letra escribe usted?

-Señor, hágame usted el favor de irse.

Librodot

-De todos mis discípulos; porque ha de saber usted que yo he sido maestro de primeras letras en todo Buenos Aires. ¡Oh, y qué hombres he sacado! Unos son hoy diputados, comerciantes de primer orden, activos, hacendosos, infatigables; ¿conoce usted la casa de comercio que hay...?

Don Cándido alzó su caña de la India, como para apuntar en el aire la dirección a que iba a referirse, cuando el joven, creyendo que la alzaba para darle un palo, corrió a la puerta y dio un grito al portero, que felizmente no se hallaba en su puesto.

-¿Qué hacéis, joven imprudente, inconsiderado, ligero como todos los jóvenes?

-Señor, si usted no se va yo empiezo a gritar.

-Bien, ya me voy, joven inexperto y alucinado.

Pero en lugar de dirigirse a la puerta, don Cándido se dirigió a uno de los balcones, que daba frente a frente con la misma fonda, y el alma se le volvió al cuerpo al ver que nadie había en la puerta de ésta.

Volvióse entonces y extendió su mano para despedirse del oficial del archivo, quien, no teniendo la mínima duda de que don Cándido acababa de escaparse de la Residencia, se guardó muy bien de poner su mano entre las suyas.

-Adiós, joven bisoño y nuevo en la escuela del mundo. Ojalá pueda pagar a usted y a su respetabilísima familia el eminente e inolvidable servicio que acabo de recibir.

Y don Cándido bajó con toda su estudiada gravedad las escaleras, mientras el joven quedóse mirándolo y riéndose.

Pero no bien el maestro de primeras letras había llegado a la esquina de esa cuadra, andando siempre en dirección al Retiro, cuando otra comitiva federal doblaba del colegio hacia la fonda, y se encontró de manos a boca con don Cándido.

Este no bajó, saltó de la acera, y, con el sombrero en la mano, empezó a hacer profundas reverencias.

Los otros, que tenían más ganas de almorzar que de saludar, y muy habituados que estaban a esa clase de cumplimientos, siguieron su camino, mientras don Cándido se quedó saludándolos hasta por la espalda.

Vertiginoso, latiéndole las sienes terriblemente, y sudando a ríos, dobló al fin por la calle de la Victoria en dirección al campo, y fue a entrar por aquella puerta donde lo conocieron nuestros lectores por primera vez, y que no era otra que la de Daniel, como es probable que lo recuerden.

Un momento después, nuestro desgraciado secretario entraba a la sala de su antiguo discípulo, a quien halló sentado en una cómoda silla de balanza, leyendo muy tranquilamente la elocuente Gaceta Mercantil.

-¡Daniel!

-¿Señor?

-¡Daniel, Daniel!

-¡Señor, señor!

-Nos perdemos.

-Ya lo sé.

-¿Lo sabes y no nos salvas?

-De eso se trata.

-No, Daniel, no; no tendremos tiempo.

-Tanto mejor.

-¿Cómo? -interrogó don Cándido, abriendo tamaños ojos, y sentándose en un sofá al lado de Daniel.

-Digo, señor, que en las situaciones difíciles lo mejor es acabar pronto.

-Pero acabar bien, querrás decir.

-O acabar mal.

-¿Mal?

-Sí, pues, mal o bien, siempre es mejor que vivir dando un brazo al bien y el otro al mal.

-¿Y ese mal será?...

-Que nos corten la cabeza, por ejemplo.

-Que te la corten a ti y a todos los conspiradores. Pero no a mí, hombre tranquilo, inocente, manso, incapaz de hacer el mal con intención, con premeditación, con...

-Siéntese usted, mi querido maestro -dijo Daniel cortando el discurso de aquél, que a medida que hablaba había ido deteniéndose.

-¿Qué he hecho yo, ni qué he pensado hacer para encontrarme, como me hallo, semejante a un débil barquichuelo en medio de las ondas y las tempestades del océano?

-¿Qué ha hecho usted?

-Sí, yo.

-¡Toma! Pues no es nada lo que usted ha hecho.

-Yo no he hecho nada, señor don Daniel, y ya es tiempo de que nuestra "sociabilidad" se separe, se rasgue, se rompa para siempre. Yo soy un acérrimo defensor del más ilustre de los restauradores de este mundo. Quiero hasta el último de la respetabilísima familia de Su Excelencia, como quiero y soy defensor del otro señor gobernador doctor Felipe, de sus antepasados y de todos sus hijos. Yo he querido...

-Usted ha querido emigrar, señor don Cándido.

-¿Yo?

-Usted; y éste es delito de lesa Federación que se paga con la cabeza.

-Las pruebas.

-Señor don Cándido, usted está empeñado en que alguien lo ahorque.

-¿Yo?

-Y sólo espero que me diga usted si quiere serlo por la mano de Rosas o por la mano de Lavalle. Si lo primero, lo complaceré a usted en el momento, haciendo una visita al coronel Salomón. Si lo segundo, esperaré tres o cuatro días a que entre el general Lavalle, y en la primera oportunidad le hablaré del secretario del señor don Felipe.

-¿Conque entonces yo soy hombre al agua?

-No, señor, hombre al aire será usted si persiste en hablar tanta tontería como lo ha estado haciendo.

-Pero, Daniel, hijo mío ¿no ves mi cara?

-Sí, señor.

-¿Y qué notas en ella?

-Miedo.

-No, miedo no, desconfianza, efecto de las terríficas impresiones que me acaban de dominar.

-¿Y qué hay?

-De casa del señor gobernador hasta aquí, me he encontrado dos veces con esos hombres que parecen... que parecen...

-¿Qué?

-Que parecen diablos vestidos de hombre.

-Unos hombres vestidos de diablo ¿no es eso?

-¡Qué caras, Daniel, qué caras! Y sobre todo esos cuchillos que llevan. ¿Crees que uno de esos hombres sería capaz de matarme, Daniel?

-No me parece. ¿Qué les ha hecho usted?

-Nada, nada. Pero imagínate que me confunden con otro, y...

-Bah, dejemos eso, mi querido amigo. Usted me ha dicho que salió de lo de Arana para venir aquí ¿no es eso?

-Sí, sí, Daniel.

-Luego usted traía un objeto en su visita.

-Sí.

-¿Y cuál era, mi amigo?

-No sé; no quiero decirlo ya. No quiero más política ni más confidencias.

-Ah ¿Luego era una confidencia política lo que venía usted a hacerme?

-No he dicho tal.

-Y apostaría a que trae usted en el bolsillo de su levitón algún papel importante.

-No traigo nada.

-Y apostaría a que si algún hermano federal se le antoja registrarlo a usted al salir de acá, por ver si lleva armas, y le encuentra el tal papel, se lo despacha a usted en un abrir y cerrar de ojos.

-¡Daniel!...

-Señor ¿me da usted los documentos que me trae o no?

-Bajo de una condición.

-Veamos.

-Que no me exigirás que continúe faltando a mis deberes.

-Tanto peor para usted, porque Lavalle, no pasan cuatro días sin que esté en Buenos Aires.

-¡Y qué! ¿Tú no responderías de los inmensos servicios que he prestado a la libertad?

-No, si usted se para en la mitad del camino.

-¿Y crees que entre Lavalle?

-Para eso ha venido.

-Mira; aquí entre los dos, yo también lo creo; y es por eso que venía a verte. Ha habido un contraste.

-¿En quién? -preguntó Daniel, con viveza, sonrojándosele un poco el semblante, donde en pocos días habían hecho un notable estrago las diferentes impresiones que invadían su alma. Pálido, ojeroso, desencajado, se parecía más ese día a un joven libertino que echa la vida y la salud por la puerta de los sentidos, que a un joven que vive la vida, el corazón y la inteligencia.

-Toma, lee.

Daniel desdobló un papel que le daba Don Cándido y leyó:

"San Pedro, 1º de septiembre.

"Hace dos días que se presentó Mascarilla con mil hombres, a tomarnos el pueblo, que mostró una decisión extraordinaria, rechazándolo vigorosamente. "Traía una pieza de cañón, ciento cincuenta infantes y como seiscientos jinetes. Atacó por dos puntos. Penetraron un momento hasta la plaza; pero fueron repelidos por nuestro vivísimo fuego. Las pérdidas pasa de cien hombres.

"Adjunto a usted copia de la comunicación que he recibido del General.

Mañana le escribiré detalladamente. - Juan Camelino.

Señor D..."

-A ver el documento a que se refiere -dijo Daniel, después de un silencio de más de diez minutos, fijos sus ojos en el papel que tenía en la mano, mientras pasaban por su expresiva fisonomía visibles nubes de tristeza y desconsuelo.

-Toma -dijo don Cándido-, son los dos documentos de importancia, y que se han encontrado en una ballenera tomada anoche. Volando he sacado una copia para traértela.

Daniel tomó el papel sin oír a don Cándido, y leyó:

"Ejército Libertador, Cuartel general

"en marcha, agosto 29 de 1840.

"Al Señor don Juan Camelino,

"comandante militar de San Pedro

"El General en jefe tiene la satisfacción de comunicar a usted, para que lo haga saber en el partido de su mando, que, por comunicaciones que se han interceptado, de don Félix Aldao

al tirano Rosas, se sabe que el estado de la opinión de los pueblos del interior es el más favorable a la causa de la libertad.

Las provincias de Córdoba, San Luis y San Juan se han negado a dar a Aldao los auxilios que había solicitado. La provincia de La Rioja se ha alzado en masa contra la tiranía de Rosas, y ha armado una gruesa columna de caballería y ochocientos infantes. El general Lamadrid, que pisó el territorio de Córdoba al frente de un ejército de bravos amigos de la libertad, vendrá pronto a apoyar las operaciones del ejército libertador.

"La división Vega dispersó completamente, en Navarro, las fuerzas de milicias que había reunido Chirino. El ejército cuenta con un escuadrón de aquellas milicias.

"El general en jefe ha sabido que las milicias de la Magdalena se han sublevado, abandonando a sus jefes en el momento que les dieron la orden de incorporarse al ejército de Rosas. La causa de la libertad hace rápidos progresos, y el general en jefe espera que bien pronto serán premiados los esfuerzos de los soldados de la patria, entre los que ocuparán un lugar distinguido los bravos defensores de San Pedro.

"Hará usted saber las noticias que le comunico en el partido de su mando, con la seguridad de que el ejército libertador no imita el sistema de mentir con que el tirano intenta ocultar su crítica situación.

"Enviará usted una copia de esta nota al juez de paz del Baradero.

Dios guarde a usted. - Juan Lavalle."

-¿Qué te parece? -preguntó don Cándido, luego que Daniel hubo concluido la lectura del documento.

El joven no contestó.

-Se vienen, Daniel; se vienen.

-No, señor, se van -repuso éste, y estrujando el papel entre sus manos se levantó y empezó a pasearse en el salón, marcando en su rostro la impaciencia y el disgusto.

-¿Te has enloquecido, Daniel?

-Son otros los que se han enloquecido, no yo.

-¡Pero si han derrotado a López, mi estimado y querido Daniel!

-No vale nada.

-Si ya están en la guardia de Luján.

-No vale nada.

-¿No ves el entusiasmo ardiente, fogoso, tremebundo de que están animados?

-No vale nada.

-¿Estás en ti, Daniel?

-Sí, señor; los que no están en sí son los que están pensando en las provincias, revelando con eso que no confían en sus propios medios ni ven la fortuna que se les presenta a dos pasos. ¡Fatalidad, raro destino el que persigue a este partido, y con él a la patria! -exclamó el joven, paseándose siempre precipitadamente por el salón mientras don Cándido lo miraba estupefacto.

-Bien decimos entonces los federales...

-Que los unitarios no sirven para un diablo; tiene usted razón, señor don Cándido.

En ese momento, dos fuertes aldabazos se sintieron en la puerta de calle.

V. Pílades enojado

Don Cándido se estremeció. Daniel cambió de fisonomía como si le hubiesen quitado una cara y puesto otra: antes visiblemente alterada y descompuesta, ahora tranquila y casi risueña.

Un criado apareció, y anunció a una señora.

Daniel dio orden de que entrase.

-¿Me iré, hijo mío?

-No hay necesidad, señor.

-Es verdad que yo no quisiera irme, sino esperar a que tú salieras para acompañarte.

Daniel sonrióse. Y en ese momento, una mujer que sonaba como si estuviese vestida de papel picado, con un moño federal de media vara y unos rulos negros, duros y lustrosos, sobre una cara redonda, morena y gorda, tal como si el médico Rivera, marido de la rubia Merceditas, se hubiese vestido de mujer, apareció en la puerta de la sala.

-¡Oh! -exclamó Don Cándido.

-Adelante, misia Marcelina -dijo Daniel.

-¡Ah! ¿Sois vosotros?

-Los mismos.

-Pílades y Orestes.

-Exactamente.

-Aqueste es Pílades -dijo doña Marcelina, extendiendo la mano a don Cándido.

-Señora, usted es una mujer fatídica -contestó, retirándose de doña Marcelina.

-No cabe en tus entrañas
Ni el amor ni la amistad, pecho de bronce.

-¡Ojalá fuese yo de bronce todo entero! -repuso don Cándido suspirando.

-Especialmente el cuello, ¿no es verdad, amigo mío? -observó Daniel.

-¡Qué! ¿Está sentenciada al sacrificio la cabeza de Pílades?

-No, señora; ni usted se meta a repetir semejantes barbaridades; yo no soy unitario, ni nunca lo he sido, ¿entiende usted?

-¿Y qué importa la cabeza?

-No importa la cabeza de usted, que es...; pero la mía...

-Y la vuestra, ¿qué importa ante las hecatombes que ha presenciado el mundo? ¿La cabeza de Antonio y la de Cicerón no fueron tiradas en el Capitolio, como me leía el inmortal Juan Cruz? ¿No os llevaría la posteridad en sus alas?

-El diablo debía llevársela a usted en sus cuernos.

-¡Veinte y tres puñaladas no acabaron con César!

-Daniel; si esta mujer no es mensajera de Satanás, poco le falta. Es una mujer fatídica, es bruja, o hija de bruja. Cada vez que nos hemos acercado a ella, o a su casa, nos ha sucedido una desgracia. Como tu antiguo maestro, como tu viejo amigo, que tiene por ti estimación, cariño, simpatías, te pido, te mando que despaches a esta mujer, que parece que anda con el diablo prendido del vestido.

-Calla esa lengua con que en rudo alarde
Al sexo bello difamáis, cobarde.

-¿Bello? ¿Usted bella? -y don Cándido apuntaba con el dedo a doña Marcelina.

-Señor don Daniel, ¿qué es esto?

-Echala, Daniel.

-¿En qué horrible celada caen mis pasos?

-Todo esto no es más sino que el señor es un poco excéntrico -dijo Daniel mirando a doña Marcelina, sin poder ya disimular la risa que le saltaba en el alma y en la cara.

-¡Ah! Debe haber hecho sus estudios en la literatura inglesa! -exclamó aquélla, paseando una mirada despreciativa por toda la figura de don Cándido, que permanecía parado a una buena distancia de su antagonista-. Si hubiera, como yo, educádose en la literatura griega y latina, otra cosa sería. Lo perdono.

-¿Usted sabe el latín y el griego, usted?

-No, pero conozco el fondo de esas lenguas muertas.

-¿Usted?

-Yo, hombre prosaico.

-Daniel, échala, hijo mío, mira que un loco hace ciento.

-¿Cómo, señor don Daniel? ¡Un hombre de la altura literaria de usted, en relación con seres tan vulgares, cuya muerte es, como su vida, oscura y silenciosa!... Pero no, vivamos en constante y lírica armonía. Los tres hemos pasado por terribles peripecias dramáticas. Vivamos juntos y muramos juntos. He aquí mi mano -y doña Marcelina se adelantó hacia Don Cándido.

-No quiero, déjeme usted -repuso don Cándido retrocediendo.

-Venid y ante las aras de la patria
juremos en unión salvar a Roma.

-No quiero.

-Doña Marcelina -dijo Daniel, que ya no podía tenerse de risa, y que sentía profanar con ella el tristísimo estado de su espíritu-; doña Marcelina, usted tiene algo que decirme; pasaremos a mi escritorio.

-Sí, entremos.

Misterios son de otro mundo,
cosas secretas de Dios.

-¡Cruz, diablo! -exclamó don Cándido, haciéndole la señal de la cruz, cuando doña Marcelina pasó con Daniel al escritorio.

-Ha llegado Douglas -dijo aquélla, después de haber cerrado la puerta del escritorio.

-¿Cuándo?

-Esta madrugada.

-¿Y salió?

-Anteayer. He aquí la carta.

Daniel leyó la que le entregaba doña Marcelina, uno de sus correos secretos, como se sabe, y quedó pensativo en su silla por más de diez minutos; tiempo que empleó aquélla en reconocer los títulos de las obras que había en los estantes, sonriendo y meneando la cabeza, como si saludase a antiguas conocidas.

-¿Podría usted dar con Douglas, antes de las tres de la tarde?

-Sí.

-¿Con seguridad?

-En este momento está durmiendo el intrépido marino.

-Bien, pues, necesito que usted le hable.

-Ahora mismo.

-Y le diga que tengo necesidad de él antes de la noche.

-¿Aquí?

-Sí, aquí.

-Así lo haré.

-Fijemos hora: lo espero de las cuatro a las cinco de la tarde.

-Bien.

-No pierda usted el tiempo, doña Marcelina.

-Iré volando en alas del destino.

-No, vaya usted caminando, nada más; no es bueno en esta época hacerse notable, ni por andar muy de prisa, ni por andar muy despacio.

-Seguiré el vuelo de sus ideas.

-Adiós, pues, doña Marcelina.

-Los dioses sean con vos, señor.

-¡Ah! ¿Cómo se halla Gaete?

-El hado lo ha salvado.

-¿Se levanta?

-Todavía yace en su lecho.

-Tanto mejor para mi amigo don Cándido. Adiós pues, doña Marcelina.

Y mientras ésta salía del escritorio por la puerta que conducía a la sala, Daniel pasaba por otra en el extremo opuesto, que conducía a su aposento, llevando en su mano la carta que había recibido.

Don Cándido se paseaba en la sala, cuando volvió doña Marcelina; y súbitamente le dio la espalda, y se puso a mirar un retrato del padre de Daniel.

Doña Marcelina acercóse hasta él, y le dijo, poniéndole la mano en el hombro al mismo tiempo.

-¿Sabes tú padecer?

-No, señora, ni quiero saberlo.

-¡Gaete vive! -continuó doña Marcelina ahuecando la voz.

La trompeta del juicio no hubiera hecho la impresión que esas dos palabras en el tímpano donde se estrellaron.

-Y me ha dado memorias para vos -prosiguió aquélla, siempre con la mano sobre el hombro de su Pílades.

-Señora, usted ha hecho pacto con el diablo para perder mi alma. Déjeme usted, déjeme usted por amor de Dios.

-Os busca.

-Pues yo no lo busco a él, ni a usted.

-Está celoso como un tigre.

-Que reviente.

-Vos le habéis arrebatado el corazón de Gertrudis.

-¿Yo?

-Vos.

-Señora, usted está loca de atar; déjeme usted.

-Y moriréis bajo el puñal de Bruto.

-Si usted no se va, doy voces para que vengan y la echen.

-Y chorreará del fierro la sangre de vuestro protervo corazón.

-¡Santa Bárbara! ¡Daniel!

-Silencio.

-Usted es un espía de ese malvado fraile. ¡Ahora lo comprendo! ¡Daniel!

-¡Silencio! ¡no llaméis a Daniel!

-Y voy a hacer que la aten a usted con la soga del pozo. ¡Daniel!

-¡Silencio!

-No quiero callarme, no quiero; usted ha venido de espía.

Daniel entró a la sala, atraído por los descompasados gritos de don Cándido, y comprendiendo, poco más o menos, lo que estaba pasando, preguntó con una cara muy seria:

-¿Qué víctima se inmola en sacrificio?

-Viene de espía, Daniel, viene de espía -dijo don Cándido, señalando a doña Marcelina.

-¡Delira con las sombras de su crimen! -exclamó aquélla sonriendo, saludando con la mano a Daniel, y saliendo de la sala; mientras, su Pílades se esforzaba en persuadir a Daniel que aquélla era una mujer espía de Gaete.

-Trataremos de eso, amigo mío, pero por ahora no vuelva usted a gritar tan descompasadamente, a lo menos por un cuarto de hora.

Y el joven volvió a las habitaciones interiores.

-No es nada; era una escena entre dos personajes, los más originales que he visto en mi vida, y que en otra circunstancia me harían gozar mucho -dijo Daniel, al volver a su alcoba, y dirigiéndose al doctor Alcorta y a Eduardo, que estaban allí hacía largo tiempo.

Daniel, al separarse de doña Marcelina la primera vez, era a ellos a quienes había venido a buscar en su dormitorio, con la carta que había conducido míster Douglas, el contrabandista de unitarios, como se sabe ya.

Al entrar la primera vez, Daniel se había dirigido al doctor Alcorta, diciéndole:

-He aquí lo que acabo de recibir por Montevideo. El doctor Alcorta tomó el papel y leyó:

"París, 11 de julio de 1840.

"El vicealmirante Mackau ha sido nombrado para mandar la expedición del Río de la Plata, en lugar del vicealmirante Baudin. Partirá inmediatamente. El señor Mackau, perteneciente a una familia distinguida de Francia, tiene la gloria de haber terminado las cuestiones que tuvo Francia con Santo Domingo y Cartagena.

"Es notable por su intrepidez, y los que hayan leído la historia marítima de Francia, recordarán su bella acción de armas con la Critie, un buque de guerra inglés. En la guerra que desgraciadamente existió últimamente entre la Francia y la Inglaterra, el señor Mackau, que apenas tenía diecisiete años, se hallaba a bordo de un bergantín de guerra francés en clase de guardia marina. La peste diezmó la tripulación del buque francés, y no sobrevivió a sus estragos otro oficial que el guardiamarina Mackau. Lleno de una noble satisfacción por hallarse mandando un buque de guerra francés, determinó confirmar la elección de la suerte por un ilustre hecho de armas. Pronto se encontró con un buque de guerra inglés: era la Critie. Después de un combate prodigioso, Mackau rindió al buque enemigo, que estaba mandado por un antiguo teniente de marina. Este pundonoroso marino fue a la presencia de su vencedor, y al considerar que éste no era sino un joven guardia marina de diecisiete años al mando de una tripulación diezmada por la peste, fue tan grande su pesar, que rindió la vida a la fuerza de su tormento.

"Su afectísimo, etc."

-Todo se combina para que los sucesos marchen a su fin, amigos míos -dijo el doctor Alcorta, después de leer.

-Sí; a su fin, ¿pero cuál?

-¿No oyes que viene una expedición, Daniel?

-Que llegará tarde, y que entretanto inspira las cartas que escriben al general desde Montevideo para que no exponga su ejército y espere esa expedición que, o no vendrá, o si viene, hará que Rosas transe con los franceses, antes de llegar las fuerzas al Janeiro.

-¡Pero sería una infamia de parte de la Francia! -repuso Eduardo.

-En política no se miden las acciones por la moral individual de los hombres, Eduardo.

-¿Y es positivo que le den esos consejos al general Lavalle? -preguntó el doctor Alcorta.

-Sí, señor; se los dan los más de la comisión argentina, que no quieren esperar nada sino de un gran ejército.

-¡Ah, si yo fuera Lavalle! -exclamó Eduardo.

-Si tú fueras Lavalle estarías ya loco. El general está contrariado por todos y por todo. La resistencia del comandante Penau a desembarcar el ejército en el Baradero, en vez de llevarlo

a San Pedro, ha hecho que el general pierda tiempo, y caballos que lo esperaban en el primer punto. La hostilidad de Rivera le traba todas sus medidas desde hace un año. El alucinamiento de los doctores unitarios le hace concebir un mundo de esperanzas risueñas, de facilidades deslumbrantes sobre las simpatías que hallará en la provincia, y el general viene y toca la realidad, y no halla tales simpatías. Un centenar de cartas contradictorias le llegan todos los días de Montevideo, a él, a sus jefes, a sus oficiales, que avance, que no avance, que espere, que no espere. Diez hombres no piensan del mismo modo. Y el general duda, vacila, teme marchar contra opiniones, respetables por el nombre que llevan, y marcha con lentitud, hoy distrayendo sus fuerzas en perseguir a un caudillejo, mañana a otro, y estamos ya a 3 de septiembre y no ha llegado a una legua de Luján, y entre tanto Rosas se repone moralmente, sus hombres van volviendo en sí del primer momento, y se acercará a la ciudad, quizá para verla y volverse o quizá para que corra mucha sangre, que hace quince días, ocho días se hubiera podido evitar -dijo Daniel, con un acento desconsolador y triste que impresionó visiblemente a sus amigos.

-Todo eso es la verdad, y este pueblo sufrirá toda la ira de Rosas, como la ha empezado a sufrir ya -repuso el doctor Alcorta.

-Sí, el pueblo, señor, el pueblo, cómplice hasta cierto punto de la bárbara tiranía que lo oprime, ha de pagar con su sangre, con su libertad y con su nombre las vacilaciones de los enemigos armados del tirano y el egoísmo de los ciudadanos, indolentes a la suerte de su patria y a la suya propia. Correrá sangre, mucha sangre, si Lavalle se retira, y no habrá por muchos años que pensar en la caída de Rosas.

-Pero estamos hablando sobre conjeturas -repuso Eduardo-. Hasta ahora, el ejército sigue sus marchas. Ya veremos mañana, pasado mañana, cuando más. Entre tanto, nuestro buen amigo cree, como tú y como yo, que nuestro plan particular es excelente. ¿No es cierto?

-Sí; lo creo muy prudente, a lo menos -contestó el doctor Alcorta, a quien Eduardo había dirigido su pregunta.

-Eran dos ideas que debías comunicarle -observó Daniel.

-Lo sé todo ya. De lo primero, dudo.

-No, señor, no dude usted; verdad es que somos pocos, apenas he podido reunir quince hombres bien resueltos. La azotea que debemos ocupar, al mismo tiempo que servirá de punto de reunión, servirá eficazmente para despejar toda la calle del Colegio, si el general, como se lo ruego, invade por Barracas, y suben sus fuerzas por la Barranca de Marcó, que es el punto más señalado. La posición que he elegido es la mejor de toda esa larga y recta calle, y con veinticinco hombres más que me deje el general, yo le respondo de la retirada, si llega a haber necesidad.

-¿Armas?

-Tengo cuarenta y seis fusiles, y tres mil cartuchos que he hecho comprar en Montevideo y están ya bien seguros en Buenos Aires.

-¿La señal?

-La que me avisen del ejército, si se deciden a atacar.

-¿Las comunicaciones son seguras?

-Muy seguras.

-Bien, entonces apruebo con más razón la segunda idea, porque es preciso que estén ustedes desembarazados de asuntos domésticos, para toda eventualidad. Sólo temo el momento del embarco.

-Eso es lo de menos, doctor; no habrá riesgo. Acabo de mandar llamar un agente mío para remitir por él una carta al comandante de un buque bloqueador, previniéndole y pidiéndole una ballenera armada, porque el único peligro sería encontrar alguna de las embarcaciones de la capitanía que suelen correr la costa.

-Bien pensado.

-Le diré también que él mismo determine la noche, y la hora y la señal con que me avisará desde a bordo.

-¿El embarco será por San Isidro?

-Sí, señor. Eduardo le habrá dicho a usted todo a ese respecto.

-Sí, ya.

-¿Y cree usted que madama Dupasquier resista al viaje?

-Lo que creo es que no resistirá quince días más de Buenos Aires. Es una de esas enfermedades que no residen en ningún órgano, que están esparramadas en la misma vida, y que la secan y la extinguen por horas. Es tan profunda la afección moral de esa señora, que ha enfermado ya el corazón y los pulmones, y la consunción la mata. Pero el aire libre la va a volver a la vida, con la misma rapidez que la falta de él la está asesinando en Buenos Aires.

-¿Y ella está bien decidida? -preguntó Eduardo.

-Anoche se convino a todo -contestó Daniel.

-Y hoy lo desea con ansiedad -agregó el doctor Alcorta-, y está conforme en que Daniel se quede. Lo ama a usted ya, amigo mío, como si fuera su hijo.

-Lo seré, señor, y no lo soy mañana, ahora mismo, porque ella se resiste. Es supersticiosa como toda mujer de corazón, y teme de un enlace contraído en estos tristísimos momentos.

-Sí, sí, es mejor que así sea. ¡Quién sabe cuál es la suerte que vamos a correr! Que se salven siquiera las mujeres -dijo el doctor Alcorta.

-Menos mi prima, señor. No hay medio de hacerla decidirse.

-¿Ni Belgrano?

-Nadie señor -contestó éste, sobre cuyo corazón había ido a fondo la interrogación del doctor Alcorta.

-Son las dos de la tarde, amigos míos. ¿Van ustedes hoy a San Isidro?

-Sí, señor, a la noche, y regresaremos antes del día.

-¡Cuidado, mucho cuidado, por Dios!

-Son ya nuestros últimos viajes, señor -dijo Eduardo-; tan pronto como se embarque madama Dupasquier, quedará vacía la casa de los Olivos.

-Hasta mañana, pues.

-Hasta mañana, señor.

-Hasta mañana, mi querido amigo.

Y los jóvenes abrazaron a su antiguo catedrático de filosofía, a quien Daniel acompañó hasta la puerta de calle.

VI. El contrabandista de hombres

Apenas se había retirado el doctor Alcorta, cuando se sintieron dos palmadas en el escritorio de Daniel, contiguo al aposento, como se sabe.

-Espera -dijo Daniel a Eduardo, y pasó al escritorio, algo sorprendido de aquella llamada en una pieza donde nadie entraba sin su orden.

-¿Ah, es usted, mi querido maestro? -dijo el joven, encontrándose con don Cándido.

-Yo, Daniel, soy yo. Perdóname; pero es que viendo que tardabas, entré a sospechar que te habrías salido por alguna puerta secreta, excusada, que me fuese desconocida; y como de algún tiempo a esta parte huyo de la soledad... Porque has de saber, mi estimado Daniel, que la soledad afecta a la imaginación, facultad que, según dicen los filósofos, sirve para el bien y sirve para el mal, razón por la cual yo prefiero la facultad de recordar que según la opinión de Quintiliano...

-¡Eduardo!

-¿Qué hay? -contestó éste entrando.

-¡Cómo! ¿Belgrano aquí?

-Sí, señor, y a él lo llamo para que me ayude a oír la disertación de usted.

-¿De manera que esta casa es un horno de peligros para mí?

-¿Cómo así, mi respetable maestro? -le preguntó Eduardo, sentándose a su lado.

-¿Qué es esto, Daniel? Quiero una explicación franca, terminante, clara -prosiguió don Cándido, dirigiéndose a Daniel, y separando su silla de la de Eduardo-. Quiero saber una cosa que fije y determine y establezca mi posición; quiero saber qué casa es ésta.

-¿Qué casa es ésta?

-Sí.

-¡Toma! Una casa como cualquiera otra, mi querido maestro.

-Eso no es contestarme. Esta casa no es como cualquiera otra. Porque aquí conspiran los unitarios y conspiran los federales.

-¿Cómo así, señor?

-Hace un cuarto de hora que has recibido en tu casa a una mujer espía de ese cura endemoniado que ha jurado mi ruina y mi exterminio, y ahora se me aparece en tus habitaciones interiores y recónditas este joven misterioso que huye de su hogar y anda de casa en casa con toda la apariencia de un conspirador emboscado y sigiloso.

-¿Acabó usted, mi querido maestro?

-No, ni quiero acabar sin decirte una, dos y tres veces que desde mi posición oficial tan encumbrada y delicada, yo no puedo conservar relaciones con una casa a que no se le halla una perfecta definición gramatical. Y desde que no sé qué casa es ésta, quiero abstenerme de su mancomunidad y trato.

-Señor, usted ha almorzado con el diputado García -dijo Eduardo.

-No, señor, no he tenido el honor de almorzar con el señor don Baldomero.

-Entonces, con Garrigós.

-Tampoco, ni esto me parece del caso.

-Entonces la inspiración de ese estupendo discurso es puramente suya.

-Cortemos toda sociabilidad, señor Belgrano.

-Pero es, señor don Cándido -repuso Daniel-, que usted ha llamado conspirador a mi amigo, y esto me parece poco cortés entre colegas.

-¡Colegas! Yo he sido maestro del señor cuando era niño, inocente, tierno. Pero, después...

-Después le ha tenido usted oculto en su casa, mi querido maestro.

-Fue acción sin voluntad.

-Como quiera.

-Pero nunca he sido colega de usted para nada.

-Pero lo es usted ahora, señor don Cándido -replicó Daniel-. ¿No es usted secretario del señor Arana?

-Lo soy.

-Pues bien, el señor es secretario en comisión del general Lavalle.

-¡Secretario en comisión del general Lavalle! -exclamó don Cándido, parándose gradualmente y mirando a Eduardo con ojos que querían salírsele de las órbitas.

-¡Pues! -prosiguió Daniel-, y como usted es secretario de Arana y el señor es secretario de Lavalle, resulta que son ustedes colegas.

-¡Secretario de Lavalle! ¡Y conversando conmigo!

-Y huésped de usted hace pocos días.

-¡Y huésped mío!

-Y agradecidísimo, por otra parte. Y tanto, que mi primera visita será para usted dentro de dos o tres días, mi querido colega.

-¿Usted en mi casa? No, señor, ni estoy ni puedo estar en mi casa para usted.

-¡Ah! Esto es otra cosa. Yo esperaba ir a visitar a mi antiguo maestro con algunos discípulos suyos que vienen en el ejército libertador, y que podrían servirle de garantía en las muy justas represalias que pensamos tomar con todos los servidores de Rosas y Arana. Pero si usted no quiere, cada uno es dueño de dejarse ahorcar.

-Pero, señor secretario -repuso don Cándido, que verdaderamente se hallaba en una perplejidad lastimosa-, si yo no hablo en el caso de que estén aquí los bravos e impertérritos defensores de Su Excelencia el señor general Lavalle, sino... Daniel... habla por mí, hijo mío... Yo tengo mi cabeza como un horno.

-No hay nada que hablar, señor -repuso aquél-, todo lo ha comprendido su colega de usted. Todos nos entendemos, o más bien, todos nos hemos de entender.

-Menos yo, mi querido Daniel, que bajaré al sepulcro sin entender, sin comprender, sin saber lo que he hecho ni lo que he sido en esta época calamitosa y nefanda.

-Usted es de los nuestros, señor don Cándido -repuso Eduardo.

-Yo soy de todos, sí, señor, de todos. Anoche mismo se me caían las lágrimas de los ojos cuando el señor don Felipe me dictaba ese tremendo preámbulo que va a dejar a todo el mundo en la miseria.

-¡Ah, sí, el preámbulo! -dijo Daniel, picada su curiosidad, pero sin querer que don Cándido lo conociese.

-¡Pues! Ya tú has de saber de lo que se trata.

-¿Cómo no? Desde ayer a la tarde. ¿Y no ha acabado todavía el preámbulo el señor don Felipe?

-No, hijo mío. Deben ser muchos los "Considerandos" según me dijo; pero no me dictó sino el primero y ése quedó en limpio después del décimo o undécimo borrador que me dictó Su Excelencia.

-¡Santa Bárbara! Casi se podría apostar a que lo sabe usted de memoria con tanto escribirlo.

-Poco más o menos. Pero, en sustancia, se trata de quitarles a todos los unitarios sus bienes después que se haya triunfado de Su Excelencia el señor general Lavalle, de quien es digno secretario mi ilustre discípulo. Y por orden de Su Excelencia el Señor Restaurador, se ha puesto a trabajar el preámbulo de la ley el Excelentísimo señor gobernador don Felipe Arana, para cuando llegue aquel caso, que no llegará según las convicciones profundas que acabo de oír en mi honorable colega.

Daniel y Eduardo se miraban, se hablaban con las miradas, y la expresión del horror quedó en relieve sobre sus expresivos semblantes.

-Así es -prosiguió don Cándido- que las lágrimas me corrían de hilo en hilo al considerar tanta familia que va a quedar en la miseria, si por una casualidad, por un evento, por un azar, las armas refulgentes de la libertad no dan en tierra con estas cosas, en que nadie mejor que tú, Daniel, sabe, y puede decir que yo no tengo ninguna parte activa, hija de mi voluntad, de...

Dos golpes a la puerta de la calle cortaron la palabra en los labios de don Cándido, y mientras los dos secretarios quedaban en el escritorio, Daniel pasó a la sala y abrió él mismo la puerta que daba al patio, para ver quién era, sin poder todavía dominar en su espíritu ni en su semblante la terrible impresión que acababan de hacerle las palabras de don Cándido. Pues que, a través de sus mal expresadas ideas, ambos jóvenes habían penetrado hasta el pensamiento de Rosas, y comprendido con horror el fin que se proponía el tirano, elaborando en secreto la medida con que pensaba arrojar a la última desgracia, al hambre, a todos sus enemigos, si triunfaba.

-¡Ah!, ¿es usted, míster Douglas? -dijo el joven a un individuo que ya estaba en el patio.

-Sí, señor -contestó aquél-. Me acaba de hablar doña Marcelina, y...

-¿Y le ha dicho a usted que yo lo necesito?

-Sí, señor.

-Es cierto. Entre usted, Douglas. ¿Salió usted de Montevideo anteayer?

-Sí, señor. Antenoche.

-Mucho alboroto ¿eh?

-Todo el mundo se está alistando para venirse, y de aquí todos quieren irse -contestó el inglés, haciendo un movimiento con los hombros.

-¿De manera que se gana plata?

-No mucha. En el mes pasado he hecho siete viajes y he llevado sesenta y dos personas, a diez onzas cada una.

-¡Ah! No es poco.

-¡Bah! Más vale mi cabeza, señor don Daniel.

-Sí, cierto. Pero es más fácil "agarrar" al diablo que "agarrarlo" a usted.

El inglés soltó una carcajada.

-Mire usted, señor -dijo-, tengo muchas ganas de que me maten por ver si me asusto. Porque para mí todo esto es una diversión. En España, hacía el contrabando de tabaco, y aquí hago el contrabando de hombres.

Y el inglés se reía como un muchacho.

-Pero no pagan mucho -continuó-. Más me ha dado usted por los cajones que traje de Montevideo, que otros por salvarles la vida.

-Bien, pues, míster Douglas -dijo Daniel-, necesito nuevamente sus servicios.

-A la orden, señor don Daniel: mi ballenera, cuatro hombres que saben hacer fuego y remar, y yo que valgo por los cuatro.

-Si hay que embarcar a alguno, he descubierto otro lugar que ni el diablo da con los que allí se escondan.

-No, no hay que llevar a personas. Primeramente ¿cuándo piensa usted volver a Montevideo?

-Pasado mañana, si completo el número.

-Bien. No se irá usted hasta que yo le avise.

-Bueno.

-Esta noche me llevará usted una carta a la escuadra bloqueadora.

-Muy bien.

-Me traerá usted la contestación mañana antes de las diez.

-Y antes también, si usted quiere.

-Mañana a la oración estará usted en su casa para recibir dos pequeños baúles que guardará usted en el sótano donde están dos cajones de armas. En esos baúles irán alhajas y objetos de señora, que usted mismo embarcará y llevará a bordo del buque que yo le designe, cuando me traiga la contestación de la carta.

-Todo se hará así.

-¿Conoce usted bien la costa de los Olivos?

-Como esto -contestó el contrabandista, abriendo su grande mano y mostrándosela a Daniel.

-¿Puede atracar una ballenera con facilidad?

-Según esté el río. Pero hay un puertito que llaman el Sauce, que, aunque haya poca agua, puede entrar una ballenera y esconderse entre las toscas, sin peligro ninguno. Pero ése está más allá de los Olivos, como a una milla.

-¿Y por los Olivos?

-Si el río está alto. Pero hay un peligro.

-¿Cuál?

-Que las dos falúas de la Capitanía recorren toda esa costa desde las diez de la noche.

-¿Las dos juntas?

-No. Generalmente se separan.

-¿Qué tripulación montan?

-La una ocho, y la otra diez hombres, y andan bien.

-Bueno, míster Douglas. Todo eso me era importante saber. Recapitulemos. Que usted no se irá, hasta que yo se lo avise. Que irá usted a la escuadra esta noche, y traerá la respuesta de la carta que voy a entregarle, de las ocho a las diez de la mañana. Que recibirá usted dos baúles mañana a la oración en su casa, y los embarcará y llevará usted mismo a la escuadra cuando yo se lo avise. Precio convenido, el que usted ponga.

-Eso es lo mejor -respondió el inglés frotándose las manos-, eso es lo mejor. Así hablan los hombres. Ahora no me hace falta sino la carta.

-Va usted a tenerla -repuso Daniel, levantándose y pasando a su escritorio, mientras quedaba calculando el precio que pondría a todas sus comisiones el contrabandista de tabaco en España y de hombres en Buenos Aires.

Y no era él solo. Muchos eran los que se ocupaban de ese tráfico desde 1838 hasta 1842 en Buenos Aires. Y aunque ellos obrasen por el interés que les producía su arrojo, no es menos cierto que a ellos se debe la vida de centenares de buenos patriotas ciudadanos que, sin la protección de ese inusitado contrabando, habrían caído bajo el plomo o el puñal de Rosas.

Los más notables personajes de la emigración activa fueron salvados de Buenos Aires en las balleneras contrabandistas y la juventud casi toda no salió de otro modo que como salieron Paz, Agrelo, etc., es decir, bajo la protección de hombres como míster Douglas. Y hay que recordar un hecho bien explicativo, por cierto, y es que, cuando la delación, que era tan pródigamente correspondida, y cuando no pasaba un día sin que las autoridades de Rosas la recibiesen de hijos del país, en todos esos extranjeros, italianos, ingleses, norteamericanos, poseedores del secreto y de las personas de los que emigraban, sin ignorar la alta posición que muchos de ellos tenían en la sociedad -lo que habría importádoles una altísima recompensa de parte de Rosas-, no hubo uno solo que vendiese el secreto ni la confianza que se depositaba en él.

Librodot

VII. El jefe de ronda

Dos días después de aquel en que Pílades había pasado por tanta agitación de espíritu y de cuerpo, en las calles, y en la casa de su amigo Oreste, es decir, el 5 de septiembre, Buenos Aires era toda confusión y anarquía en las ideas, en los temores y en las esperanzas; todo silencio y reconcentración en los enemigos de la dictadura, mientras los federales se hallaban en una agitación nerviosa que los ponía en continuo movimiento: era que desde las once se sabía que el ejército libertador estaba a una legua de la Capilla de Merlo; y, por consiguiente, que al otro día podía estar en Santos Lugares o en la ciudad misma.

No se puede decir que la aproximación de los enemigos de Dios y de los hombres aumentó el personal de las fuerzas amontonadas en la fortaleza, en el cuartel de serenos, en el de Ravelo, etcétera. Pero sí puede decirse que los religiosos y humanitarios partidarios de Rosas se movían cada uno como cuatro, corriendo a galope de un lado al otro de la ciudad anunciándose recíprocamente la aproximación de Lavalle y haciendo espléndidos juramentos federales. Y aun cuando la crónica contemporánea no alcanzó a averiguar hasta qué punto tomaba parte el valor en aquella estrepitosa y movediza decisión, y hasta qué punto el miedo, porque todos los extremos se tocan en la naturaleza, y suelen aparecer aparentemente de causas contrarias los mismos resultados, lo que hay de cierto es que muchos se movían, y que gritaban mucho, siendo su punto de reunión general, después de fatigar sus caballos y sus pulmones, la casa del héroe vivo y la heroína muerta: donde, a falta del uno, que se hallaba en Santos Lugares, y de la otra, cuyo paradero Dios lo sabe, estaba la que debía pagar por todos: esa pobre hija de Rosas, destinada a presenciar todo lo más repugnante de un sistema "perfecto" de relajación y de sangre, y a rozarse con cuanto había de repulsivo, de inmoral y de cínico en un sistema de cosas que había subvertido el orden natural de la sociedad, y alzado el barro de su fondo a la superficie, donde se sostenían innatos el crimen y la degradación de la especie humana.

Toda la cuadra de la casa de Rosas estaba obstruida por los caballos federales. Y como a ningún federal de esa especie podía faltarle cola, y como un recio viento del sudeste enfilaba la calle, sucedía que las cintas de las colas federales y las plumas que coronaban sus frentes, agitadas por el viento y alumbradas por el sol clarísimo de septiembre, parecían de lejos espirales de llamas enrojecidas saliendo de las puertas del infierno.

El gran corralón, los patios, la Oficina, toda la casa, a excepción de las habitaciones del dictador, representaban un verdadero hormiguero.

Todo el mundo federal entraba y salía en aquella casa. ¿A qué? A cualquier cosa. Allí se había de saber, primero que en ninguna otra casa, el triunfo o la derrota de Lavalle.

Había, sin embargo, una clase de vivientes que entraba a casa de Rosas y buscaban la presencia de Manuela con un objeto exprofeso, sincero y real: las negras.

Uno de los fenómenos sociales más dignos de estudiarse en la época del terror es el que ofreció la raza africana conservada apenas en su sangre originaria y modificada notablemente por el idioma, el clima y los hábitos americanos. Raza africana por el color. Plebe de Buenos Aires por todo lo demás.

Desde los primeros días de nuestra revolución, la magnífica ley de libertad de vientres vino en amparo de aquella parte desgraciada de la humanidad, que había sido arrastrada también al virreinato de Buenos Aires por la codicia y crueldad del hombre europeo.

Fue Buenos Aires la primera que en el continente de Colón cubrió con la mano de la libertad la frente del africano, pues donde estaba el agua del bautismo no quería ver la degradación de la especie humana. Y la libertad que así la regeneró y rompió de sus brazos la cadena de siervo, no tuvo en la época del terror ni más acérrimo, ni más ingenuo enemigo que esa raza africana.

Nada sería que hubiese sido partidaria de Rosas; hasta natural sería que hubiese soportado por él todo género de privaciones y sacrificios, desde que ninguno como él lisonjeó

sus instintos, estimuló sentimientos de vanidad hasta entonces desconocidos para esa clase, que ocupaba por su condición y por su misma naturaleza el último escalón de la gradería social.

A las promesas, a las consideraciones, Rosas agregaba los hechos; y las personas de su familia, los principales de su partido, su hija misma, por decirlo todo, se rozaban federalmente y hasta bailaban con los negros.

Nada sería, pues, en el estudio de esta época curiosa, ver esa parte de la plebe porteña entusiasta y fanática por aquel gobierno, que así la protegía y consideraba.

Pero lo que llama, sí, la atención y concentración del espíritu, y que deberá preocupar más tarde a los regeneradores de esa tierra infeliz, son los instintos perversos que se revelaron en aquella clase de la sociedad, con una rapidez y una franqueza inauditas.

Los negros, pero con especialidad las mujeres de ese color, fueron los principales órganos de delación que tuvo Rosas.

El sentimiento de la gratitud apareció seco, sin raíces en su corazón.

Allí donde se daba el pan a sus hijos, donde ellas mismas habían recibido su salario y las prodigalidades de una sociedad cuyas familias pecan por la generosidad, por la indulgencia, y por la comunidad, puede decirse, con el doméstico, allí llevaban la calumnia, la desgracia y la muerte.

Una carta insignificante, un vestido, una cinta con un estambre azul o celeste, era ya un arma; y una mala mirada, una pasajera reconvención de los dueños de casa o de sus hijos, era lo suficiente para emplear esa arma. La policía, doña María Josefa, cualquier juez de paz, o comisario, o corifeo de la Mazorca, recibía una delación, en que figuraban comunicaciones con Lavalle, o cosas semejantes, que importaban la ruina y el luto de una familia, porque el ser clasificado de unitario en Buenos Aires importaba estar puesto fuera de toda ley y bajo el imperio de todo insulto, de toda desgracia, de todo crimen.

El odio a las clases honestas y acomodadas de la sociedad era sincero y profundo en esa clase de color; sus propensiones a ejecutar el mal eran a la vez francas e ingenuas; y su adhesión a Rosas leal y robusta.

Desde que el dictador marchó a Santos Lugares, y con él los batallones de negros que había en la plaza, las negras empezaron también por su cuenta a marchar al campamento, abandonando el servicio de las familias que quedaron entregadas a su propia asistencia.

Pero antes de salir de la ciudad se presentaban en bandas en casa de Manuela o en la de doña María Josefa Ezcurra, anunciando que iban a pelear también por el Restaurador de las Leyes. Y en el día que describimos no era pequeño el número de ellas que cuajaba los patios y zaguanes de la casa de Rosas, haciendo estrepitosa algazara al despedirse de Manuela y de cuantos allí había.

Era un día de jubileo en aquella casa, tan célebre en los fastos de la tiranía.

Doña María Josefa se había trasladado a ella desde las once; y a las ocho de la noche todavía estaba allí esperando algún otro chasque de Santos Lugares que hiciese saber si Lavalle había pasado más acá de la Capilla de Merlo o si el ejército federal había salido al encuentro y pulverizádolo bajo sus tremendas armas y a los rayos del genio.

Ya era de noche.

De repente, el eco de un cañonazo lejano vino a herir el espíritu de todos.

Manuela se inmutó visiblemente. No era la causa política, era la vida de su padre lo que inspiró un cúmulo de sentimientos penosos en su corazón.

Por un largo rato, la atención de todos se concentró en el oído; pero en vano.

Manuela buscaba con sus miradas alguien que pudiera decirle la verdad. Pero la joven conocía tanto a los que la rodeaban, que no se atrevió a interrogar a ninguno.

De improviso, un movimiento, cuya impulsión venía del patio se comunica hasta la sala, y todos vuelven sus miradas hacia la puerta, en donde, a través de las nubes densas de humo de cigarro se pudo distinguir la figura del jefe de policía, y pudo percibirse su voz, que decía a cuantos le preguntaban:

-No es nada, no es nada; es el cañonazo de las ocho que tiran los franceses.

Manuela alivió con un suspiro a su oprimido corazón, y preguntó impaciente a Victorica, que se acercaba a saludarla:

-¿Nadie ha venido?

-Nadie, señorita.

-Por Dios; ¡desde las once no sé una palabra!

-Pero es probable que antes de una hora sepamos algo.

-¿Antes de una hora?

-Sí.

-¿Y por qué, Victorica?

-Porque a las seis mandé un comisario de policía con el parte del día al señor gobernador.

-Bien, gracias.

-Estará aquí a las nueve, cuando más.

-¡Ojalá! ¿Y cree usted que estén muy cerca ya de Santos Lugares?

-No es probable. Anoche acampó Lavalle en la estancia de Bravo. A las diez y media de la mañana de hoy estaban a tres leguas de Merlo; y a estas horas se hallarán, cuando más, a una legua de ese punto es decir a dos leguas de nuestro campamento.

-¿Y esta noche?

-¿Cómo?

-¿Si no marcharán esta noche? -repuso Manuela, pendiente de las palabras de Victorica.

-¡Oh, no! -contestó éste-. Esta noche no marcharán, ni tal vez mañana. Lavalle trae poca gente, señorita, y tendrá que prepararla muy bien.

-¿Y a qué número ascienden las fuerzas de Lavalle? Dígame usted la verdad, yo se lo ruego -prosiguió Manuela, que hablaba casi al oído del jefe de policía.

-¿La verdad?

-Sí, sí, la verdad.

-Es que no se puede preguntar así no más por esa señora; porque hoy es muy difícil encontrarla. Pero según los datos que me parecen más seguros, Lavalle trae tres mil hombres.

-¡Tres mil hombres, y me dicen que apenas tiene mil! -exclamó la joven.

-¿No le dije a usted que no se encuentra a la señora verdad?

-¡Oh, es terrible!

-La engañan a usted en muchas cosas.

-Ya lo sé. En todo, y todos me engañan.

-¿Todos?

-Menos usted, Victorica.

-¿Y para qué engañar ahora? -repuso el jefe de policía con un brusco movimiento de hombros, que parecía decir: "Estamos jugando el todo, la hora ha llegado, y no tenemos a quien engañar, si no es a nosotros mismos".

-Y tatita, ¿qué fuerzas tiene? La verdad también.

-¡Oh, eso es fácil! El señor gobernador tiene en Santos Lugares de siete a ocho mil hombres.

-¿Y aquí?

-¿Aquí?

-¿Sí, en la ciudad, pues?

-Todos y ninguno.

-¿Cómo?

-Que según las noticias que nos lleguen del campamento, mañana o pasado mañana hemos de tener un mundo de soldados, o nos hallaremos con que no tenemos ninguno.

-¡Ah, sí, sí, ya lo sé -repuso Manuela con viveza, al comprender lo que le pareció al principio una paradoja de Victorica. Ella sabía mejor que nadie el crédito que debía dar a las palabras de los seres envilecidos que la rodeaban: que sólo eran bravos con el puñal, sobre la

víctima inerme-. ¿Y me dará usted las noticias -prosiguió-, en cuanto las reciba esta noche, si tatita no me escribe?

-No lo sé, señorita, porque ahora mismo parto para la Boca, y he dado orden para que el comisario vaya en mi busca por ese lado.

-¡A la Boca! ¿Y no hace usted más falta en la ciudad?

-Yo creo, señorita, que no hago falta en ninguna parte -contestó Victorica con cierta expresión en el rostro, que hubiera parecido una sonrisa y que, sin duda, quiso serlo, si lo hubieran permitido aquellos músculos duros y rígidos que no se prestaban a otro movimiento que al de la expresión de las pasiones recias y profundas.

-¿Qué quiere usted decir, señor don Bernardo? -preguntóle Manuela, algo seria; porque el carácter de aquella joven ya empezaba, naturalmente, a resentirse un poco de la regia autoridad de su padre y a disgustarse al notar síntomas de desagrado en sus servidores.

-Quiero decir -contestó Victorica-, y lo mejor es decirlo con franqueza, que antes recibía las órdenes directamente del señor gobernador; y, desde hace tiempo, las estoy recibiendo de otros, a nombre de Su Excelencia.

-¿Y cree usted que alguien se atrevería a tomar el nombre de mi padre?

-Lo que creo, señorita, es que no se puede ir a Santos Lugares y volver en media hora.

-¿Y bien?

-Y esta tarde, por ejemplo, recibí, a nombre de Su Excelencia, la orden de vigilar esta noche la costa hasta San Isidro; y un cuarto de hora o media hora después, recibí contraorden, a nombre también del Restaurador, de hacer la ronda por la Boca.

-¡Ah!

-Y ya usted ve, Manuelita, que alguna de esas dos órdenes no es del señor gobernador.

-Cierto. ¡Es bien singular!

-Para mí no ha habido épocas buenas ni malas en servicio del general Rosas, ni las habrá nunca. Pero no me anima la misma voluntad en servir a otras personas que obren por intereses particulares y no de la causa.

-Créame usted, Victorica, que he de hablar a tatita sobre esto la primera vez que me sea posible.

-Esta señora me da más que hacer que el señor gobernador.

-¡Esta señora! ¿Qué señora?

-¿No ha comprendido usted que me estoy refiriendo a doña María Josefa?

-Ah, sí -y, sin embargo, Manuela no había comprendido tal cosa, porque poca atención prestaba, en efecto, a todo cuanto no fuera relativo a la situación que rodeaba a su padre en esos momentos.

-Esa señora -prosiguió Victorica- tiene un especial interés en que se vigilen las costas para que no se vayan los unitarios; y si por mí fuera, los dejaría ir a todos.

-Y yo también -agregó Manuela con prontitud.

-Hoy me mandó orden de hacer espiar de nuevo una casa donde yo sé muy bien que hasta las paredes son unitarias. Pero, ¿qué sacamos con espiarla? Ni se me dice lo que se debe vigilar, ni qué haré si encuentro tal o tal cosa.

-Ya.

-En seguida, orden, a nombre de Su Excelencia, de andar tras los pasos de un muchacho alocado.

-¡Es ocurrencia!

-Un muchacho que anda de aquí para allá como un saltimbanqui, y que en realidad no se le conocen más relaciones que federales.

-¿Y quién es, señor Victorica?

-Una visita de aquí mismo.

-¿De aquí? ¿Y orden de perseguirlo?

-Sí, señorita.

-¿Pero, quién es?

-Bello.

-¡Bello! -exclamó Manuela, que sentía una sincera amistad por el joven.

-Sí; a nombre del señor gobernador -prosiguió Victorica.

-¡Oh, no puede ser!

-Sin embargo, así me lo ha dicho personalmente doña María Josefa.

-¿Prender a Bello? -repuso Manuela-, vamos, repito que es imposible. Tatita no puede haber dado semejante orden. Bello es un excelente joven; es un buen federal, y su padre es uno de los amigos más antiguos del mío.

-No se me ha dicho que lo prenda, sino que lo vigile.

-Es quizá uno de los pocos hombres sinceros que nos rodean -agregó Manuela.

-A mí no me parece malo. Pero debo decir que tiene muchos enemigos, o enemigos muy poderosos.

-Señor Victorica, no dé usted paso alguno contra ese señor, si no recibe orden expresa de tatita.

-Si usted lo dispone así...

-Así lo dispongo, no siendo dada la orden por Corvalán.

-Muy bien.

-Yo sé algo de esto, poco más o menos. No hagamos que tatita sirva de pantalla.

-Bien, bien -repuso Victorica, contentísimo de haberse vengado de doña María Josefa; y cual si quisiese recompensar a Manuela del buen rato que acababa de darle, la ofreció mandarle al comisario en el acto que llegase con las noticias del campamento.

-Pero pido a usted -agregó-, que buenas o malas las noticias que traiga, no pasen de usted, hasta que yo se las repita como es mi obligación.

-Se lo prometo a usted.

-Entonces, buenas noches, Manuelita.

Y el jefe de policía volvió a pasar por entre los grupos que poblaban la sala y el patio, sin que nadie se atreviese a detenerlo para pedir noticias, como hacían todos recíprocamente.

El asiento que dejó no quedó vacío ni un minuto, pues un nuevo personaje de la época vino a dar a la joven anticipadas felicitaciones por el próximo triunfo federal.

Y mientras Manuela suplicaba a su nuevo interlocutor que saliese a pedir a las negras que no gritasen tanto en el patio, y las dijese que su padre las recibiría con mucho gusto en el campamento, doña María Josefa daba la mano, despidiendo a un personaje de gallarda estatura, como de treinta y ocho o cuarenta años, de hermosos ojos, moreno, de espeso y negro bigote, y vestido con chaqueta de paño grana, pantalón negro con franja punzó, chaleco y corbata de este último color, y que ostentaba una enorme divisa, y un no menos grande puñal a la cintura.

-Conque temprano -le decía la cuñada de Rosas.

-Sí, señora, antes de las siete estoy en casa de usted a darle cuenta.

-Pero, si antes hay novedad, me manda avisar en el momento.

-Sí, señora.

-Yo he de estar aquí toda la noche, o hasta que sepamos de Juan Manuel. Pero, mire, no le dé cuartel a ninguno. Ya sabe que todos los que se fugan se van a Lavalle.

-No hay cuidado -contestó aquél con una sonrisita que parecía decir: "No necesito de esa recomendación".

-Victorica va a correr la costa desde el fuerte hasta la Boca -prosiguió doña María Josefa.

-Ya lo sé, señora; y yo voy a relevar a Cuitiño, que está haciendo la ronda desde la Batería a San Isidro.

-Eso es. Hay un ratón que ya una vez se escapó de la jaula, pero se me ha puesto que lo hemos de hacer caer tarde o temprano. Váyase de una vez. Ya sabe que para estas cosas yo hago las veces de Juan Manuel. Vaya, despídase de Manuelita, y hasta mañana.

Y el personaje que iba a relevar a Cuitiño se separó de la hermana política del dictador: ese individuo era Martín Santa Coloma, uno de los principales corifeos de la Mazorca, cuyas manos quedaron, en 1840, bañadas en la sangre de sus indefensos compatriotas.

Librodot

VIII. La ballenera

La noche estaba nebulosa pero suave; el río tranquilo; una brisa fresca, pero dulce, picaba ligerísimamente las aguas que, en alta marca, cubrían las peñas de las costas y se derramaban sin rumor en las pequeñas ensenadas de sus orillas. Apenas de vez en cuando se dejaba ver una que otra estrella en el firmamento al través de los pardos celajes, como aparece una que otra esperanza en el cristal empañado de un alma desgraciada.

A las nueve de esa noche, una embarcación habíase desprendido del costado de una de las corbetas bloqueadoras con un joven oficial francés, el patrón y ocho marineros.

En la primera hora la ballenera corrió al largo con su proa al oeste cuarta al norte, con su vela englobada, ligera y graciosa como una creación de la noche posada en el ala de la brisa, mientras que el joven oficial, envuelto en su capa, y tendido sobre el banco de popa, con esa indolencia característica del marino, sólo bajaba su vista de rato en rato, a ver una pequeña carta abierta a sus pies; y alumbrado por una linterna a cuya luz echaba una mirada de vez en cuando a una rosa náutica que sujetaba el pequeño plano, mostraba luego con la mano, y sin hablar una palabra, la dirección que debía dar a la ballenera el patrón que dirigía el timón. Y a la luz también de esa linterna colocada en el fondo de la ballenera, se distinguían los fusiles de los marineros, colocados de babor a estribor.

Como al cabo de una hora el oficial vio su reloj e hizo en seguida un examen más detenido de la aguja, del plano y de la dirección de la ballenera; y mandó luego arriar la vela, y seguir a remo en la dirección que indicó después de colocar bajo un banco de popa la linterna.

La parte superior de los remos estaba envuelta en lona, y apenas se percibía el débil rumor de la pala en el agua.

Las luces de la ciudad se habían perdido completamente a la vista; y sólo hacia la izquierda se percibía la forma de la costa indefinible y negra, y que aparecía más y más elevada a medida que la ballenera avanzaba con más rapidez al impulso de los remos, que antes a la fuerza del paño.

Al cabo, el oficial dijo una palabra al timonero, y la ballenera viró un tercio más hacia la costa; y, a la otra palabra del patrón, los marineros empezaron a tocar apenas con la punta del remo la superficie del agua, y la embarcación perdió más de la mitad de su marcha.

Entonces el joven oficial se sentó en el piso de popa, tomó la linterna, observó con mucha atención la aguja y las indicaciones del plano, y después de un rato levantó su brazo, sin quitar los ojos de la aguja y de la carta.

A esta acción los marineros dieron, por una sola vez, una impulsión inversa a los remos, y la ballenera quedó como clavada sobre las aguas en medio del silencio y de las sombras.

Estaban a una cuadra de la costa.

Entonces el oficial pidió dos sombreros a los marineros. Colocó la linterna entre los dos sombreros de hule, uno de cada lado, de manera a que la luz se proyectase en línea recta, sin esparcir claridad en derredor suyo; y tomándola de este modo entre sus manos, se puso de pie y la levantó a la altura de su cabeza, con la luz en dirección a la costa.

Permaneció de este modo algunos minutos, mientras que la mirada de todos buscaba en tierra la correspondencia de aquel telégrafo misterioso. Pero inútilmente.

El joven meneó la cabeza, y colocando la linterna en su lugar anterior, dio orden de seguir.

Cinco minutos después volvió a repetirse la misma operación con las mismas precauciones. Pero inútilmente también.

El oficial, ya con un poco de mal humor, volvió de nuevo a examinar la dirección que se había dado, y confirmado de que estaba en ella, de que estaba en el mismo paraje, al mismo rumbo que se marcaba en el plano, dio orden de marchar un poco más a tierra para salir de la sombra que formaba la barranca inmediata.

En efecto, a pocos minutos de marcha, la ballenera pasó por frente a un pequeño cabo, y como a dos cuadras de su anterior estación, volvió a funcionar el telégrafo entre las manos del oficial.

No habría pasado un minuto que aquella luz flotante despedía su rayo sigiloso en dirección a la tierra únicamente, cuando sobre la barranca inmediata brilló una luz, algo más viva que la que parecía requerirse por la luz marítima, que se rodeaba de tantas precauciones.

-Allí está -exclamaron todos los de la ballenera, pero con una voz apenas perceptible de ellos mismos.

La linterna subió y bajó entonces, por dos veces, en las manos del oficial, y la luz de tierra extinguióse en el acto.

Eran las once de la noche.

Como a las siete de esa misma noche, un carruaje conducido por Fermín, había parádose a la puerta de la casa de madama Dupasquier; y poco después subía a él aquella noble señora, pero subía pálida, macilenta, con la expresión de esas enfermedades, de esas tisis del alma que hacen mayores estragos, y más pronto, que las más crueles dolencias de los órganos; y a su lado subía su hija, linda como una promesa de amor, y pura y delicada como un jazmín del aire: eran dos mujeres del tipo perfecto de 1820, que podemos hacer llegar, si se quiere, hasta 1830. Porque la generación que se desenvolvió durante la revolución, tanto en hombres como en mujeres, en lo moral como en lo físico, ha tenido un sello especial que ha desaparecido con la época. Es curiosa, pero sería muy larga esa demostración. Y sólo diremos que de aquellas mujeres que hoy se perpetúan en los retratos o en las tradiciones no quedan sino los retratos y las tradiciones.

Inmediatamente el coche había tomado hacia la plaza doblando por bajo el arco de la Recova atravesando la plaza del 25 de Mayo, descendido al Bajo y tomado a gran trote con dirección al norte. Al pasar por el bajo de la Recoleta, ya muy de noche, dos jinetes habían salido al encuentro del carruaje, y luego de reconocerlo siguieron su marcha a pocos pasos de él.

Más allá de Palermo de San Benito, lugar casi desierto en esa época y que muy pronto debía convertirse en la espléndida y bulliciosa morada del tirano, se vio a cuatro hombres venir en dirección opuesta.

En el acto, los dos jinetes que lo escoltaban prepararon las armas que traían bajo sus ponchos, y se dispusieron para lo que pudiera ocurrir. Pero felizmente no era gente de la Mazorca, y lejos de detener el carruaje pasaron haciendo grandes cortesías a los que iban dentro y a los que cabalgaban a su lado. Porque uno de los rasgos característicos de la época de Rosas era el afán de los hombres por saludarse unos a otros aun cuando en su vida se hubieran visto la cara: originalidad que no puede explicarse de otro modo que por el miedo que recíprocamente se tenían todos.

De cuando en cuando, y a pesar del aire de la noche, la misma madama Dupasquier mandaba a su hija que abriese uno de los postigos del coche para ver si venían sus amigos. Y cada vez que la joven cumplía esta orden, bien poco pesada para ella, como se comprende, unos ojos llenos de amor y vigilancia divisaban su preciosa cabeza, y en el rápido vuelo de un segundo, uno de los jinetes estaba al lado del estribo, y brevísimo diálogo de las más tiernas interrogaciones tenía lugar entre la niña y el joven, entre la madre y su hijo, porque el joven, bien se entiende, no era otro que Daniel, el prometido esposo de Florencia.

En una de estas idas y venidas, Daniel, al llegar a su amigo, acercando mucho su caballo, y poniéndole la mano en el hombro, le dijo:

-¿Quieres que te haga una revelación que a cualquiera otro le daría rubor hacerla?

-¿Acaso vas a decirme que estás enamorado? ¡Qué diablos! Yo también lo estoy; y no me avergonzaría de contarlo.

-No, no es eso.

-Veamos, pues.

-Que tengo miedo.

Librodot

-¡Miedo!

-Sí, Eduardo, miedo. Pero es en este momento. En esta solitaria travesía. En el paso arriesgado que vamos a dar. Yo, que juego mi vida a todas horas; que desde niño, puedo decirlo, he buscado la noche, las aventuras peligrosas, los pasos arriesgados; que he aprendido a domar el potro por el placer de correr un peligro; que he surcado las olas de nuestro río, más bravas y poderosas que el océano, en un débil bote, sin motivo, sin interés, por sólo la satisfacción de verme frente a frente con la Naturaleza, en los momentos de sus salvajes jactancias; yo, que tengo fuerte el corazón y diestro el brazo, temblaría como una criatura si tuviésemos en este momento un accidente cualquiera que nos pusiese en peligro.

-¡Pues es un lindo modo de ser valiente! ¿Para cuándo quieres el valor sino para los peligros?

-Sí, pero peligros para mí; no para Florencia, no para su madre. No es el miedo de perder la vida. Es miedo de hacerle derramar una lágrima, de hacerle sufrir los tormentos horribles porque pasaría su corazón, si nos rodease de repente un conflicto. Es miedo de que quedase sola, con su padre ausente, con su madre casi expirando, y sin mi apoyo en esta tormenta de crímenes que se cierne sobre nuestras cabezas. Es miedo por la desgracia de ser amado, que sólo sienten ciertos corazones, ciertos caracteres en la vida. ¿Me comprendes ahora?

-Sí, y lo peor es que me has inoculado ese miedo en que no había pensado, a fe mía: miedo de morir, no por morir, sino por los que quedan vivos. ¿No es eso?

-Sí, Eduardo; cuando uno tiene la conciencia de que es amado, cuando uno ama de veras, la vida se reparte, se encarna con otra vida, y al morir queda un pedazo de uno mismo en la tierra, y esto es lo que se siente.

-Pero, en fin, ya estamos cerca, Daniel; dentro de diez minutos estaremos allí. ¡Pobrecita! Tu Florencia siquiera viene con nosotros; pero ella, ella está sola desde ayer. ¡Ah! ¡Pensar que pasado mañana, mañana tal vez, puede cesar esta horrible vida que llevamos! ¡Prófugos, parias en nuestro propio país, en nuestra misma casa!... Mira, Daniel, creo que cuando respire el olor a la pólvora, cuando sienta el primer escuadrón de Lavalle, y salgamos los veinte que ya somos, con nuestros fusiles, creo, te digo, que voy a empezar a tirar tiros al aire por respirar pólvora, si ese canalla de Rosas no quiere que se los tiremos al pecho. ¿Crees que estén aquí pasado mañana?

-Sí -repuso Daniel-, ese es el orden de las marchas. Puede emprenderse el ataque pasado mañana; y es ésa la razón por que he instado tanto por el viaje que se va a efectuar esta noche. Me conozco. No valdría con Florencia en Buenos Aires, ni la mitad de lo que valdré solo en aquel trance.

-¡Y esta Amalia, esta Amalia no querer seguirlas! -exclamó Eduardo.

-Amalia tiene más valor que Florencia, y otro carácter también. No habría poder humano que la separase de tu destino. Aquí estás tú y aquí está ella; es tu sombra.

-No, es la luz, es la estrella de mi vida -repuso Eduardo, con un acento de vanidad que parecía decir: "Así es el carácter que quiero en la mujer amada de mi corazón".

-Ahí está la casa -dijo Daniel, y se adelantó a dar orden a Fermín de poner el carruaje en la parte opuesta del edificio, luego que bajasen las señoras.

Un minuto después estaba aquél en la puerta de la "Casa sola". Pero ni una luz, ni una voz, y sólo el rumor de los árboles cercanos.

Sin embargo, no bien el carruaje y los caballeros pararon a la puerta, cuando ésta se abrió, y los ojos de los viajeros, habituados a la oscuridad después de dos horas, pudieron distinguir las figuras de Amalia y de Luisa paradas en la puerta; mientras que por el postigo de una ventana asomaba la cabeza de Pedro, el viejo veterano, que custodiaba a la hija de su coronel, con la misma vigilancia con que veinte años antes guardaba su puesto y su consigna en las centinelas avanzadas de los viejos ejércitos de la patria.

Madama Dupasquier bajó casi exánime, pues el viaje la había molestado terriblemente. Pero todo estaba preparado por la prolija y delicada Amalia; y después de tomar algunos confortativos y reposar un rato, la enferma volvió a hallarse mejor. Además, la idea de que

pronto iba a dejar de respirar aquel aire que la asfixiaba, y salvar a su hija, era el mejor tónico para su debilidad presente.

Según las instrucciones de Daniel, sólo había luz en el aposento de Amalia, cuya única ventana daba al pequeño patio de la casa. La sala, que servía de aposento a Luisa, y el comedor, cuyas ventanas daban hacia el río, y sus puertas hacia el camino, estaban completamente a oscuras.

Florencia estaba más pálida que de costumbre; y su corazón latía con esa irregularidad que acompaña a las situaciones inmediatamente precursoras de un desenlace que se anhela y se teme. Un peligro inminente iba a correrse. Pero en el blando espíritu de la mujer no cabe el recuerdo de sí misma cuando peligra también la vida de su madre, la vida de su amante.

La joven sonreía a aquélla. Miraba tierna y amorosamente a su Daniel; y en el cristal bellísimo de sus ojos, una humedad celestial se esparramaba.

Daniel salió; habló un buen rato con Fermín, y volvió luego diciendo:

-Van a dar las diez de la noche. Es necesario que vayamos a las ventanas del comedor, a esperar la señal de la ballenera, que no debe tardar. Pero es preciso que Luisa se quede aquí y que lleve la luz a la sala en el momento en que yo se la pida. ¿Entiendes, Luisa, lo que tienes que hacer?

-Sí, sí, señor -contestó la vivísima criatura.

-Vamos, pues, mamá -dijo Daniel, tomando la mano de madama Dupasquier-. Usted también nos ayudará a observar el río.

-Sí, vamos -contestó la aristocrática porteña con una sonrisa que mal pegaba con su cadavérico semblante-, y he aquí lo que no se me había ocurrido jamás.

-¿Qué cosa, mamá? -la preguntó con prontitud Florencia.

-Que yo tuviera que hacerme federal por un momento, empleando mis ojos en espiar entre las sombras. Y, sobre todo, no se me había ocurrido que tuviese alguna vez que embarcarme por estos parajes y a estas horas.

-Pero se desembarcará usted en su coche dentro de ocho días, señora.

-¿Ocho? ¡Y qué! ¿Costará tanto echar a esta canalla de Buenos Aires?

-No, señora -repuso Eduardo-, pero usted no vendrá de Montevideo hasta que vayamos todos a buscarla.

-Y será el mismo día que no haya Rosas -agregó Daniel, que fue compensado por una leve presión de la mano de su Florencia, que no se había desprendido de la suya desde que salieron del aposento de Amalia, pues que ya estaban en el comedor, sin más luz que la escasísima de la noche que entraba por los vidrios que daban hacia el río, en cuya dirección estaba fija la mirada de todos.

A medida que pasaban los minutos por la rueda del tiempo, la conversación se cortaba y se reanudaba con dificultad, porque una misma idea absorbía la atención de todos: era ya la hora, y la ballenera no venía. Madama Dupasquier no podía permanecer allí. El conflicto de las armas podía tener lugar al otro día. Y se necesitaban tres por lo menos para combinarse de nuevo con la estación francesa.

-Tardan -dijo Amalia, que era quien conservaba más sereno su espíritu, porque no había nada que agitase, ni la felicidad ni el peligro de la muerte, a aquella naturaleza dulce, tierna y melancólica.

-El viento, quizá -repuso Daniel, buscando un pretexto que calmase algo la inquietud general, y en la que tomaba él la mayor parte.

De repente, Amalia, que estaba parada con Eduardo, exclamó:

-Allí está -extendiendo su mano en dirección al río.

-¿Es? -preguntó Florencia, levantándose y dirigiéndose a Daniel.

El joven abrió entonces la ventana, calculó la distancia de la casa a la orilla del agua, que se dejaba conocer por el rumor de las olas, y conociendo que la luz estaba en el agua, cerró la ventana y gritó:

-¿Luisa?

El corazón de todos latía con violencia.

Luisa, que había estado con su manecita en el candelero desde que recibió la orden, llegó con la luz antes que el eco de su nombre se extinguiese en el aposento.

Daniel puso la luz contra el vidrio, y después de haber percibido el movimiento convenido en la luz marítima, cerró los postigos y dijo:

-Vamos.

Florencia estaba trémula, y pálida como el marfil.

Madama Dupasquier, tranquila y serena.

Al salir fuera de la casa, Daniel la hizo parar un momento.

-¿Qué se espera? -preguntó Eduardo, que daba el brazo a Florencia, mientras madama Dupasquier se apoyaba en el de Daniel.

-Esto -dijo Daniel, señalando un bulto que se veía subir por la barranca.

Daniel dejó el brazo de madama Dupasquier y se adelantó.

-¿Hay alguien, Fermín?

-Nadie, señor.

-¿En qué distancia?

-Como a cuatro cuadras de un lado a otro.

-¿Se ve desde tierra la ballenera?

-Ahora, señor, porque acaba de atracar a las toscas; el río está muy crecido, y se puede subir sin mojarse.

-Bien, pues, ¿recuerdas todo?

-Sí, señor.

-Mi caballo desde ahora mismo en la Peña Blanca, como a tres cuartos de legua de aquí. Bastante adentro del agua, para quedar cubiertos por la Peña Grande. Allí he de desembarcar dentro de dos horas. Pero por toda precaución monta a caballo ya y vete a esperarme.

-Bien, señor.

La comitiva ya estaba impaciente e intrigada por la demora de Daniel. Pero éste los tranquilizó luego y descendieron la barranca.

El aire de la noche parecía vigorizar a la enferma, pues caminaba con una notable serenidad, apoyada en el brazo de su futuro hijo.

Adelante de ellos iba Florencia con Eduardo.

Y abriendo la marcha de la comitiva iba Amalia con la pequeña Luisa de la mano.

Por dos veces le había rogado Eduardo que tomase su otro brazo. Pero ella, queriendo dar valor a todos, contestaba que no; que era la señora feudal de aquellos parajes, y debía siempre marchar delante.

Cubierta su espléndida cabeza con un pequeño pañuelo de seda negro, cuyas puntas estaban prendidas bajo la barba, sólo se distinguía el perfil de su hechicero rostro y sus ojos, en los que no faltaba una luz, ni entre las densas sombras de la noche.

En pocos minutos llegaron a la orilla del río donde la ballenera estaba atracada y aquietada por dos robustos marineros que habían saltado a tierra con ese objeto.

La embarcación había dado por casualidad con una pequeña abra del río.

Al acercarse las señoras, el oficial francés saltó a tierra con toda la galantería de su nación, para ayudarlas a embarcarse.

Había un no sé qué de solemnidad religiosa en ese momento, en medio de las sombras de la noche, y en esas costas desiertas y solitarias.

Madama Dupasquier se despidió con estas solas palabras:

-Hasta muy pronto, Amalia.

Un unitario jamás se atrevía a decir, ni aun a creer, que Rosas se conservase ocho días más.

Pero Florencia, organización en que pocas veces había el consuelo de las lágrimas, sintió rotas al fin las fuentes de su corazón, y bañó con ellas los hombros y el semblante de su amiga.

Amalia lloraba dentro su alma mientras que las imágenes más tristes y fatídicas cruzaban por su rica y desgraciada imaginación.

-Vamos -dijo al fin Daniel, y tomando a su Florencia de la mano, la separó de Luisa que lloraba también, y alzándola por su cintura de sílfide, la puso de un salto en la ballenera, donde ya estaba madama Dupasquier al lado del oficial.

Todavía un ¡adiós! se cambió Florencia, Amalia y Eduardo; y a una voz del oficial la ballenera se desprendió de tierra, viró luego hacia el sur, y enfiló la costa con su vela tiriana desplegada, y sin las precauciones con que se había acercado un cuarto de hora antes. Seguía la costa con la intención de tomar más abajo un cuarto más de viento en su bordada al este.

Amalia, Eduardo y Luisa la siguieron con sus ojos hasta que se perdió entre las sombras.

Entonces posó Amalia su brazo en el hombro del bien querido de su alma, y alzó sus lindos y tranquilos ojos a contemplar los fragmentos de nubes que volaban entre las alas de la brisa, y que de vez en cuando dejaban aparecer los astros, mientras que Eduardo la contemplaba embelesado, rodeando con su brazo derecho su cintura.

Ocho minutos habrían pasado apenas, cuando una súbita claridad y la detonación de una descarga de mosquetería, en la costa, y hacia el lado en que navegaba la ballenera, vino a herir de súbito, y como un golpe eléctrico, el corazón de Amalia, de Eduardo y de la tierna Luisa.

Librodot

IX. La ronda federal

Todavía Eduardo tenía vuelta su gallarda cabeza hacia la dirección de la descarga y las manos llevadas instintivamente a los bolsillos donde tenía sus pistolas, cuando la voz de Amalia interrumpió el silencio de aquel lúgubre recinto, exclamando:

-¡Sube, sube, por Dios! -oprimiendo el brazo de su amado y queriendo arrastrarlo con sus débiles manos.

Eduardo, comprendiéndolo todo y el peligro de que permaneciese Amalia un minuto más en aquel lugar, la tomó por la cintura con su robusto brazo, diciéndole:

-Sí, pronto, no hay que perder un momento -mientras que Luisa, prendida del vestido de su señora, quería darle apoyo también para subir ligero.

Apenas habrían caminado dos minutos, cuando una segunda descarga los paró maquinalmente a todos, haciéndoles volver la vista a la dirección que traía el sonido, y entonces percibieron claro, aunque a larga distancia, una súbita claridad en el río, y el sonido de otra descarga.

-¡Dios mío! -exclamó Amalia.

-No, esa última es de la ballenera, que les contesta -repuso Eduardo, dejando ver sus dientes de alabastro en una sonrisa, mezcla de contentamiento y de rabia.

-Pero ¿los habrán herido, Eduardo?

-No, no; es muy difícil; sube, hay otro peligro que evitar.

-¿Otro?

-Sube, sube.

A pocos pasos estaban ya en la casa cuando se encontraron con Pedro, que venía atacando otra bala en su tercerola, y con su sable debajo del brazo.

-¡Ah, ya están aquí! -dijo al verlos.

-¡Pedro!

-Señora, yo soy. Pero éstas no son horas para que ande usted por estos lugares.

Es ésta la primera vez quizá que el buen viejo dirigía una reconvención a la hija de su coronel.

-Pedro ¿ha oído usted? -le preguntó Eduardo.

-Sí, señor, todo lo he oído. Pero éstas no son horas de que la señora...

-Bien, bien, ya no lo haré más, Pedro -dijo Amalia, que comprendía todo el interés que sentía por ella aquel fiel servidor de su familia.

-Quería preguntar a usted, Pedro -prosiguió Eduardo, entrando ya en la casa-, si ha podido distinguir de qué armas son los primeros y los segundos tiros.

-¡Bah! -exclamó el veterano, cerrando la puerta y sonriéndose.

-¿Veamos, pues?

-La primera y la segunda descarga han sido de tercerola, y la última de fusil.

-Esa es mi misma idea.

-A cualquiera que tenga oídos se le ocurre lo mismo -repuso Pedro, que parecía estar de malísimo humor con todos por el peligro que acababa de correr su señora; y como para evitar más preguntas, se fue a encender luz en el aposento en que dormían Eduardo y Daniel cuando se quedaban en la "Casa sola", y que se hallaba en el otro extremo de las tres habitaciones de Amalia.

Cuando ésta entró a la sala, y se quitó de la cabeza el pañuelo de seda que la cubría, Eduardo no pudo menos que sorprenderse al mirar la excesiva palidez de su semblante.

La joven se sentó en una silla, afirmó el codo en una mesa y posó su frente sobre su blanca y delicada mano, mientras Eduardo había pasado al comedor, a oscuras, y abriendo la ventana, ponía toda su alma en el oído, porque la densidad de las sombras era cada vez mayor y no se podía distinguir cosa alguna.

Nada se oía.

No parecía que la vida acabase de enviar tanta muerte un momento antes.

Cuando volvió a la sala todavía permanecía Amalia en la misma actitud.

-Basta, mi Amalia, basta; ya ha pasado todo y Daniel irá riéndose en este momento -le dijo sentándose a su lado y arreglando unas hebras de los lacios cabellos de su amada, que se habían descompuesto con la presión de la mano.

-¡Pero tanta bala! Es imposible que no hayan herido a alguno.

-Por el contrario; lo que es imposible es que haya llegado una bala de tercerola a cincuenta varas de la ballenera. Han visto su sombra en el agua y han tirado al acaso.

-¿Pero toda la costa está vigilada? ¿Y Daniel? ¡Cómo desembarca Daniel, Dios mío!

-Bajará a la madrugada, hora en que se retiran las patrullas.

-¿Y Fermín le ha llevado el caballo?

-Sí, señora -respondió Luisa, que entraba con una taza de té para Amalia.

En ese momento Eduardo volvió a levantarse y a pasar al comedor para escuchar de nuevo por la ventana. Una idea hacía rato que estaba cruzando por su cabeza; y que era lo único que lo inquietaba.

Apenas haría tres minutos que estaba recostado contra la reja, cuando creyó percibir cierto ruido por el Bajo.

Un momento después ese ruido era bien perceptible y no podía dudarse ya de que lo originaba la marcha de muchos caballos.

De repente, el rumor de la marcha de la caballería cesó pero pudo distinguirse el eco confuso de algunas voces al pie de la barranca. En seguida volvió a sentirse la marcha de los caballos.

"No hay duda -se dijo Eduardo-, ésta es la patrulla que ha hecho fuego. Se ha parado al pie de la barranca, y probablemente han hablado de esta casa. No hay duda; van a dar la vuelta para venir por el camino de arriba. ¡Fatalidad, fatalidad!" -y el joven se mordió los labios hasta sacarse sangre.

Al entrar a la sala, Amalia, que leía tan bien en el semblante de su amado, comprendió que alguna emoción profunda lo agitaba, y ella misma le abrió el camino diciéndole en el estilo que hablaba con él, y el único que le consentía, cuando no estaban en ciertos momentos en que la poesía del amor les inspiraba un tratamiento más dulce y más íntimo:

-Hable usted, Eduardo: yo siempre tengo en mi alma la resignación esperando a la desgracia.

-No; desgracia no -repuso aquél, como avergonzado de que su amada hubiera notado en su semblante alguna expresión pasajera de temor.

-¿Y qué es, pues?

-Quizá... Quizá nada..., una tontería mía -dijo el joven, sonriendo, sacudiendo su cabeza y tomando el té que había dejado Amalia en su taza.

-No, no, algo hay, y yo quiero saberlo.

-Pues bien; lo que hay es, que acaba de pasar una patrulla por bajo la barranca, y que será probablemente la misma que ha hecho fuego sobre la ballenera. He ahí todo.

-¿Todo? Bien; ya verá usted si he comprendido lo que usted ha callado. Luisa, llama a Pedro.

-¿Y para qué? -preguntó Eduardo.

-Va usted a oírlo.

El veterano apareció.

-Pedro -le dijo Amalia-, es posible que intenten asaltarnos esta noche, querer registrar la casa, o alguna cosa así; cierre usted bien las puertas y prepare sus armas.

Eduardo quedó atónito de aquel valor y serenidad de su amada, admirándola en el santuario de su alma, conociendo que no era el valor de la organización, sino el valor del amor, elevado al grado de sacrificio. Porque en aquellos momentos una resistencia armada, una resistencia cualquiera a la voz de los agentes de Rosas era una sentencia infalible de

muerte, o de desgracias de todo género, y Amalia se lanzaba a afrontarlas tentando salvar al bien amado de su corazón.

-Ya está todo hecho, señora; tengo veinte tiros y mi sable -respondió Pedro.

-Y yo cuatro y el mío -dijo Eduardo, parándose súbitamente; pero más súbito todavía y como si hubiesen cambiado un hombre por otro, volvió a sentarse y dijo:

-No, aquí no correrá sangre.

-¿Cómo?

-Digo, Amalia, que en último caso no merece mi vida que usted presencia una escena como la que hemos querido preparar imprudentemente, y que no daría, por último, sino la pérdida de todos.

-Pedro, haga usted lo que se le ha mandado -repuso Amalia.

-¡Amalia! -exclamó Eduardo, tomándole la mano.

-Eduardo -replicó la joven-, yo no tengo nada en mi vida que no esté en la vida del ser que amo y cuando el destino de él fuese de prisa a la desgracia, yo precipitaría el mío para que fuésemos juntos.

La joven no había acabado estas palabras melancólicas, expresión de su triste y enamorado corazón, cuando el golpe de muchos caballos se sintió por el camino de arriba.

Eduardo se levantó sereno, pasó al patio donde se paseaba Pedro, y entró a su aposento. Se quitó tranquilamente el pequeño poncho que lo cubría aún, sacó sus pistolas de dos tiros que tenía en los bolsillos de sus pantalones, examinó los cebos, y tomando luego su espada, dio al patio y colocóla desnuda en un rincón.

En ese momento Amalia llegaba también al patio con la inocente Luisa pegada a su vestido, que por segunda vez le repetía:

-Señora, ¿quiere usted que rece?

-Sí, hija mía, anda a la sala y reza.

La noche habíase cubierto con todo su ropaje de sombras y la tormenta se cernía sobre la tierra.

No bien había cambiado Amalia algunas palabras con Eduardo y Pedro, cuando sintióse el rumor de voces cerca de la puerta, y luego los sables y las espuelas de algunos que se desmontaban; y entonces pasaron a la sala, cuya puerta daba al pequeño zaguán.

Al entrar, un espectáculo tierno y sublime los detuvo a la puerta: la vista de Luisa, hincada, con sus manecitas juntas en actitud de súplica, rezando delante al crucifijo de Amalia.

Parecía que se esperaba la última palabra de esa oración de la inocencia elevada a Dios, en medio de la noche y de los peligros, para comenzar la primera escena de aquel drama que presagiaba un terrible desenlace, puesto que, en el acto de levantarse la niña, y de entrar los que la observaban, una docena de recios golpes fueron dados en la puerta de la calle.

-Nuestro plan está ya concebido con Pedro -dijo Eduardo, dirigiéndose a Amalia-, no abriremos, no responderemos. Si se cansan y se van, tanto mejor. Si intentan echar la puerta abajo, tendrán que trabajar mucho, pues es gruesa y bien sostenida, y si lo logran, cuando los recibamos, estarán fatigados.

Los golpes se repitieron en la puerta, y en seguida empezaron a darlos en las ventanas de la sala y del comedor.

-Echenla abajo -dijo una voz ronca y fuerte que había sobresalido varias veces entre aquellas que acompañaban con un coro de palabras obscenas los golpes que daban en vano sobre la puerta y sobre las ventanas.

Pedro se sonrió, recostándose tranquilamente en la puerta de la sala.

-No se puede -dijeron muchas voces a la vez, después de haber hecho grandes esfuerzos, que se conocían por el crujimiento de los tablones que descansaban sobre dos gruesas trancas.

-Tiren sobre la cerradura -dijo la misma voz, que se hacía notable entre todas.

Pedro se sonrió, dio vuelta la cabeza y miró a Eduardo, de pie con Amalia de la mano, en el medio de la sala.

En aquel momento cuatro tiros de tercerola se dispararon en la parte exterior y la cerradura vino a caer a los pies de Pedro que, con una serenidad admirable se dio vuelta, acercóse a Amalia y le dijo:

-Estos pícaros pueden tirar por las ventanas, y usted no está bien aquí.

-Es cierto -repuso Eduardo-, al aposento de Luisa.

-No; yo estaré donde estén ustedes.

-Niña, si usted no entra, yo la cargo y la encierro -replicó Pedro con una voz tan tranquila pero tan resuelta, que Amalia, aunque sorprendida, no se atrevió a replicarle y entró con Luisa al aposento.

Entre tanto, Pedro y Eduardo fueron a colocarse entre las dos ventanas quedando cubiertos por la pared.

Estas precauciones no fueron inútiles, pues apenas habían ocupado aquel lugar, cuando los vidrios saltaron en mil pedazos y algunas balas atravesaron la sala.

Pero afuera también tomaban sus medidas. Conocían bien que había gente en la casa, pues que la puerta estaba cerrada por dentro y se veía luz por los agujeros que habían hecho las balas. Y esta resistencia a abrir los exasperaba más, a ellos que traían sable y tercerola y que, por consiguiente, eran agentes de la autoridad todopoderosa del Restaurador.

De repente, un golpe tremendo, un empuje casi irresistible hizo rechinar los goznes y crujir los marcos de la puerta que parecía pronta a saltar toda entera, pues hasta las paredes se conmovieron cual si las sacudiese un terremoto.

-¡Ah, ya sé; y para esto no hay remedio! -dijo Pedro, saliendo del lugar en que estaba, amartillando su tercerola y dirigiéndose al zaguán mientras que Eduardo preparando también sus pistolas, iba a su lado con los ojos chispeantes, la boca entreabierta y apretando convulsivamente sus armas.

Amalia, que sintió y vio todo esto, ocurrido en menos de un segundo, iba a precipitarse del aposento, cuando Luisa se echó a sus pies y le abrazó las rodillas.

Un segundo golpe, sin vibración, pero pujante, a plomo, hizo estremecer de nuevo toda la casa, y multitud de cascotes saltaron de los marcos de la puerta.

-No resiste otro -dijo Pedro.

-¿Y con qué demonios dan? -preguntó Eduardo, trémulo de rabia y deseando que cayese la puerta de una vez.

-Con las ancas de dos o tres caballos a un mismo tiempo -contestó Pedro-; así echamos abajo la puerta de un cuartel en el Perú.

En ese momento, porque toda esta escena era rápida como el pensamiento, Luisa, abrazada de las rodillas de Amalia, sin dejarla salir, le decía llorando:

-Señora, la Virgen me ha hecho recordar una cosa: la carta; yo sé donde está; con ella nos salvamos, señora.

-¿Qué carta, Luisa?

-Aquella que...

-Ah, sí. ¡Providencia divina! Es el único medio de salvarlo. Tráela, tráela.

Y Luisa voló, sacó de una cajita una carta y se la dio.

Amalia entonces pasó corriendo a la puerta de la sala y dijo a Eduardo y a Pedro, que estaban en el zaguán esperando por momento ver caer la de la calle:

-No se muevan, por Dios; oigan todo, pero no hablen ni entren a la sala.

Y sin esperar respuestas, corrió las hojas de la puerta, y volando a una de las ventanas, tiró los pasadores y abrió.

A este ruido, dejaron la puerta y se precipitaron a la ventana diez o doce de los que estaban desmontados; y por instinto, por instinto federal, abocaron sus tercerolas a las rejas.

Amalia no retrocedió, no se inmutó siquiera, y con una voz entera y digna se dirigió a ellos:

-¿Por qué se asalta de este modo la casa de una mujer, señores? Aquí no hay hombres, ni riquezas.

-¡Eh, que no somos ladrones! -contestó uno, que se abrió camino por medio de los demás hasta llegar a la ventana.

-Pues si es ésta una patrulla militar, no debía tratar de echar abajo las puertas de esta casa.

-¿Y de quién es esta casa? -preguntó aquel que se había acercado, parodiando la acentuación con que había marcado Amalia aquellas dos palabras.

-Lea usted, y lo sabrá. ¡Luisa, alcanza la luz!

El tono de Amalia, su juventud, su belleza, y el misterio de esa especie de seguridad y de amenaza que envolvía sus últimas palabras, acompañadas del papel que entregaba, en aquella época en que todos temían caer, por equivocación o por cualquier cosa, en el enojo de Rosas, llevaron sin esfuerzo la perplejidad a toda aquella gente, en cuyas cabezas no había entrado la sospecha de que en esa casa, por tantos años desierta, hubiese una mujer como la que veían.

-Pero, señora, abra usted -le dijo entrecortado el personaje que recibió la carta, y que no era otro en cuerpo y alma que Martín Santa Coloma al frente de su partida.

-Lea usted primero y después abriré si todavía lo quiere -repuso Amalia, dando mayor firmeza y aire de reproche a la entonación de su voz, al mismo tiempo que Luisa, fingiendo valor como su señora, acercaba la luz a la reja entre una bomba de cristal.

Santa Coloma desdobló la carta sin quitar sus ojos de aquella mujer que a la luz del fanal le hería la imaginación como algo de encantamiento en aquel lúgubre y solitario lugar. Miró luego la firma de la carta y la sorpresa se pintó en su rostro, que no dejaba de ser varonil e interesante.

-Tenga usted la bondad de leer fuerte para que todos oigan -dijo Amalia.

-Señora, yo soy el jefe de esta partida, y con que yo lea es bastante -contestó aquél, y se impuso del contenido de esta carta, que el lector debe conocer también y que decía:

"Señora doña Amalia Sáenz de Olabarrieta.

"Mi distinguida compatriota: He sabido con mucho disgusto que se han atrevido a incomodar a usted en su soledad, sin motivos, y sin orden de tatita, lo que es un grande abuso que él reprendería si lo supiese. La vida que usted lleva no puede inspirar sospechas a nadie, sino a los que toman el nombre del Gobierno para sus fines particulares: usted está en el número de las personas que más distingo, y le ruego, como una amiga, que me comunique al momento si otra vez fuese usted molestada; porque si es sin orden de tatita, como no lo dudo, yo se lo avisaré a él en el acto, para que no se abuse de su nombre otra vez.

"Crea usted que será un momento muy feliz para mí aquel en que pueda serle útil su obsecuente servidora y amiga. - Manuela Rosas.

"Agosto 23 de 1840."

-Señora -dijo Santa Coloma, quitándose su sombrero-, yo no he tenido la intención de hacer a usted ningún mal, ni sabía quién vivía aquí. He creído que podrían haber salido de esta casa algunos de los que se han embarcado hace poco por esta costa, pues acabo de batirme con una ballenera enemiga muy cerca de aquí, y como no hay más casa que ésta...

-Vino usted a echarme las puertas abajo, ¿no es eso? -le interrumpió Amalia, para acabar de dominar el espíritu de Santa Coloma.

-Señora, como no me abrían, y veía luz... pero, dispénseme usted. Yo ignoraba que aquí viviera una amiga de doña Manuelita.

-Está bien, ¿quiere usted entrar ahora y registrar la casa? -y Amalia hizo un movimiento como para salir a abrir.

-No, señora, no. Sólo le pido a usted el favor de permitirme que vengan mañana a componer la puerta que quizá se ha estropeado.

-Mil gracias, señor. Mañana pienso irme a mi casa del pueblo, y esto no es nada.

-Yo mismo -prosiguió Santa Coloma-, voy a pedirle disculpas a doña Manuelita. Créame usted que ha sido sin intención.

-Todo lo creo a usted y no hay necesidad de disculpas; porque por mi boca nadie sabrá lo que ha ocurrido; usted se ha equivocado y eso es todo lo que hay -repuso Amalia, endulzando su voz todo cuanto le era posible en su situación.

-Señores, a caballo; ésta es una casa federal -gritó Santa Coloma a los suyos-. Vuelvo a pedir a usted perdón -continuó volviéndose a Amalia-. Buenas noches, señora.

-¿No quiere usted descansar ni un momento?

-No, señora, mil gracias; usted es la que debe descansar del mal rato que le he dado.

Y retirándose Santa Coloma, todavía no se ponía el sombrero.

-Buenas noches -dijo Amalia, y cerró su ventana.

Un minuto después estaba desmayada sobre el sofá.

Librodot

X. Primavera de sangre

Ya los pájaros cantaban, al asomar el día, el himno misterioso de la Naturaleza a su Creador.

La golondrina volvía de sus calientes climas, y cruzaba rápida y sin destino, como las imágenes del delirio.

El duraznero ostentaba todo el lujo de sus estrellas color de rosas y violetas; y entre los glóbulos dorados de su flor se cuajaba el germen de su exquisito fruto.

El nardo se levantaba altivo, como la palmera del desierto; y a su pie la tímida violeta se escondía entre sus pabellones de esmeralda, lastimada de su punzante aroma.

El jacinto asomaba gracioso a respirar el aire primaveral que lo rizaba. Y la espléndida reina de las flores abría su globo de púrpura para beber el llanto de la aurora, dejando herir su seno por el rayo del matutino sol, a cuyo influjo fermentaba el ámbar que encerraba; como la virgen que deja penetrar por su pupila la mirada ardiente que va hasta el corazón, y roba y bebe el primer soplo de amor, que un suspiro de la Divinidad puso en su seno.

Y sobre las hojas punzóes de la rosa, o sobre la frente pálida de la azucena, la mariposa esparcía el polvo de oro de sus alas, y se remontaba luego a embriagarse de luz y de colores: imagen delicada y tierna de la mujer, cuando se abre la flor de su inocente vida, y vuela en el jardín de las ilusiones, derramando el oro de su imaginación sobre las flores fragantes de sus deseos.

Las olas comenzaban a descansar ya de su agitación en el rígido invierno que acababa, y se dormían sobre sí mismas, como reposan las pasiones sobre el mismo corazón que les dio vida. Los vientos de la pampa plegaban su ala poderosa; y las templadas brisas de los trópicos se escurrían a la región del Plata, a conquistar el desierto palacio del invierno.

Toda la Naturaleza se regeneraba, se cubría de galas, respiraba esperanzas y reflejaba poesía, como la amante abandonada vuelve a la radiantez de su belleza rebosando promesas y alegría, cuando el aliento del amante ausente viene de improviso a entibiar la frente marchita por el frío glacial del abandono.

Al invierno "yermador", árido y triste, sucedía la creadora y alegre primavera. Y para toda la Naturaleza había una caricia, una sonrisa, una promesa... menos para el hombre.

La flor, el campo, el agua, las nubes y los astros que tachonaban el manto celeste de Dios, todos recibían una mirada vivificadora, al abrirse el reinado de la opulenta primavera en las regiones del Plata... menos el hombre.

Su destino, frío como una cifra, adherido a su vida como el mármol al sepulcro e incontrastable como el paso del tiempo, le empujaba de desgracia en desgracia, y sin otra esperanza que en Dios, cuya mirada aparecía envuelta entre las nubes, sin llegar al alma, y alumbrarla, en la terrible noche de su infortunio.

La primavera comenzaba para la Naturaleza. Pero ¡ay! el ámbar de la flor iba a extinguirse entre el olor de la sangre.

El campo iba a perder su manto de esmeralda con las manchas de sangre, que ni el pie de los años borraría.

El arroyo iba a llevar sangre en su corriente. La luz del día a encapotarse entre vapor de sangre. Y los astros que tachonan el manto celeste de Dios iban a quebrar su tenue rayo sobre charcas de sangre.

Jugado estaba ya el destino de los pueblos del Plata. Su vida amarrada al potro de la tiranía, nuevo Mazeppa, iba a desangrarse por largos años, rotas las carnes de la libertad, en las espinas de un bosque de delitos y desgracias. Las tradiciones de la revolución, el destino de 1810, las promesas risueñas de 1825, los progresos intelectivos de la sociedad, la moral de educación y de raza, el carácter de los pueblos, su índole y su imaginación misma, todo iba a acabar de subvertirse bajo el más disolvente de los gobiernos, bajo la más inmoral de las escuelas públicas; bajo el gobierno personal y tiránico, bajo el ejemplo de sus medios

bárbaros. Un gobierno tanto más funesto cuanto que debía dejar inoculados en la sangre de una generación que se levantaba a la vida los malos hábitos de los pueblos que nacen y se educan bajo el imperio de los déspotas, en que la dignidad humana es escarnecida; la obediencia irreflexiva y ciega, una condición de la existencia individual; y las ideas y los intereses sociales, plantas exóticas en el terreno de ese gobierno.

La ausencia de todo espíritu de comunidad y asociación había conservado hasta entonces el mal gobierno de don Juan Manuel Rosas, como había servido en gran parte a la anarquía que lo produjo. Y la prolongación de aquel gobierno iba a acabar de ahondar ese mal generador, en la tierra virgen de una sociedad sin hábitos ni creencias todavía. De este modo se preparaban para el futuro funestos y terribles síntomas de resistencia a la reacción que apareciese contra ese orden de cosas, en que ya no habría que luchar contra el tirano, sino contra los resabios de la tiranía.

Rosas había triunfado sin vencer. Y desde entonces, todas las cuestiones lejanas que rodeaban el horizonte de su gobierno iban a ceder poco a poco, y por sí solas, en la pendiente de su fortuna, o más bien, en el terreno de la fatalidad histórica; porque los cuadros históricos que ofrece al estudio la vida de los pueblos, ni quedan, ni se presentan incompletos nunca.

La República Argentina, como pueblo nuevo, había completado ya, en quince años, su epopeya de combates y glorias, y puesto con su lanza el sello de su fuerza militar en la América, y de su destino en el mundo, como pueblo. Con su último cañonazo había dicho la última palabra de sus primeras aspiraciones de 1810, y completado con el fuego de su pólvora la última luz del gran cuadro de su primera vida.

Le faltaba el segundo período de su revolución. Y aquí se chocaron entonces los grandes extremos del pensamiento: la innovación que creaba, la reacción que destruía.

Triunfante la última en sus primeros pasos, la lógica de la historia no podía fallar, y era necesario que se completase el gran cuadro de esa otra faz de la nueva nación. Y el crimen, el vicio, la relajación de todas las nociones del cristianismo, la subversión de todos los principios conservadores de la sociedad, el atraso, la estagnación y la indolencia, la inacción y la impotencia del pensamiento, el olvido de la tradición, y una índole acomodaticia al nuevo orden de vida, todo debía contribuir a llenar el cuadro de la tiranía de Rosas, que no debió quedar incompleto, como no lo queda ninguna de las perspectivas históricas, que nacen sin esfuerzo de situaciones dadas y francas en la vida de las sociedades.

Y allá en los futuros tiempos, cuando el pensador argentino separe la hiedra que cubre la tumba de los primeros años de la patria, para encontrar las inscripciones sangrientas de sucesos y generaciones que rodaron en la tormenta de su juventud, y busque, frío y tranquilo la ingenua filosofía de nuestra historia, no se pasmará, por cierto, de nuestra larga y pesada tiranía, expresión franca y candorosa del estado social en que nos encontró la revolución; pero sí bajará su frente, avergonzado de que la alta figura que haya de dibujarse en el gran cuadro de ese episodio lúgubre de nuestra vida sea la figura de don Juan Manuel Rosas. Porque lo más sensible para la historia argentina no será, por cierto, tener que referir la existencia de un tirano, sino que ese tirano fuese Rosas.

Rosas fue un tirano ignorante y vulgar. A ningún fin político iban sus pasos. Ninguna alta idea formaba el centro de sus acciones. Y tras su vida política no debía quedar sino un recuerdo repugnante de ella.

Sólo el crimen fue sistemático en ese hombre. Pues ese tan ponderado sistema de su americanismo para repeler toda ingerencia europea entre nosotros, defendiendo constantemente la dignidad de la bandera azul y blanca, fue una larga mentira del dictador inventada para despertar en favor suyo las susceptibilidades nacionales; a lo menos la historia de sus propios actos así lo proclama.

Mucho antes de su jactancioso patriotismo americano, y en la edad en que el hombre es más susceptible a la ebullición de los sentimientos patrióticos, exagerados con frecuencia por el calor de la sangre y los arranques impetuosos del carácter personal, Rosas habíase puesto

Librodot

de parte de los extranjeros y aplaudido un acto de piratería ejercido contra el pabellón nacional.

Después de la revolución del 1º de diciembre de 1828, un hecho escandaloso fue cometido por el comandante M. de Venancourt, al mando de las fuerzas francesas en estas aguas, contra nuestra pequeña escuadra, asaltada en medio de la noche por las tripulaciones francesas. Don Juan Manuel Rosas, en armas ya contra la revolución, se dirigió a M. de Venancourt aprobando su conducta y pidiéndole que retuviese la escuadra.

Sin altura ni dignidad personal, confiaba su pequeñez y su miseria a sus mismos subalternos; ordenando a los jefes militares, de oficio, que mintiesen en sus comunicaciones aumentando el número de sus fuerzas.

Pero más que esto. El cinismo del dictador llegaba a tal punto, que él mismo, de su puño y letra, escribía las instrucciones para los correos que partían de Buenos Aires para las provincias y Bolivia, ordenándoles que por todo su camino fuesen diciendo que: "Que S. E. trabajaba día y noche en sostén de la causa americana, que hasta las potencias extranjeras le tributaban respeto y admiración por su valor y por su genio, que por todos los paquetes recibía cartas y regalos de los reyes, y que dentro de poco se iba a saber todo lo que él valía, etcétera".

Capitaneó una de las épocas de la vida social, que con él, o sin él, tenía por fuerza que desenvolverse en el naciente pueblo; y no se hizo célebre por haber organizado esa época, sino por haberla ultrapasado en sus impulsos reaccionarios; y no se hizo expectable, individualmente, sino por la ferocidad de su alma y por las infinitas circunstancias que los sucesos fueron eslabonando en torno suyo, debidos en su mayor parte a causas que no recibieran creación ni impulsión de la cabeza de Rosas: como sucedió con la contramarcha repentina del ejército libertador, que dejaba abierto el camino por donde la tiranía reaccionaria debía marchar hasta su última expresión en la República.

Sobre las tablas del tiempo, fue septiembre de 1840 el que jugó el destino de los pueblos del Plata y, perdida la libertad, la primavera de la Naturaleza no fue sino la primavera de sangre de los argentinos.

Los sucesos que se precipitan, anudándolos con los sucesos anteriores que se conocen ya, nos van a dar a comprender todo lo que tiene de terrible y de lúgubre esa verdad.

XI. De cuarenta sólo diez

En la noche siguiente a aquélla en que la policía federal comenzó a hacer de las suyas en la "Casa sola", y en que Luisa recibió, por premio de su oración, una inspiración que salvó a todos, varios hombres se habían ido reuniendo desde las ocho de la noche en un largo almacén de efectos por mayor, contiguo a una hermosa casa de altos que dominaba casi toda la calle de la Universidad.

Los que llegaban llamaban de un modo especial, y la puerta del almacén se abría para cerrarse en el acto.

Apenas allá en el fondo, se distinguía la débil claridad de una luz, colocada tras una pila de cajones de vino, y en derredor de la cual iban juntándose los que llegaban. Y a pesar de la distancia que mediaba entre la calle y el fondo del almacén en que se hallaban, la conversación aunque animada, se sostenía, sin embargo, en voz baja. Pero esta precaución se explicaba por la circunstancia de que la casa de altos, a que pertenecía el almacén, y con la cual se comunicaba por una puerta al patio, estaba habitada en esa época por una familia federal. Pero lo que sí sorprendía, era ver que habían quitado de la parte interior de la puerta los efectos que había amontonados contra ésta y desclavado una gruesa tabla que cruzaba las hojas; y, por último, llamaba la atención, más que todo cuanto se ha descrito, una hilera de fusiles, puesta cerca de la puerta del patio, entre unos barriles de vino y la pared.

Todo este aparato, en aquel lugar, bajo tal misterio, a semejantes horas y en aquellos tiempos, era más que suficiente para que la muerte se dejara de andar revolviendo los cabellos de cuantas cabezas allí había.

-Las diez -dijo uno, acercando su reloj a la vela de sebo que ardía sobre un candelero de metal, puesto en el suelo.

-Mejor -repuso otro, levantándose y dando algunos pasos.

-Sí, cierto -agregó un tercero-, si no hubiera nada, ya lo sabríamos a estas horas.

-Yo creo que la entrada no será hasta la madrugada -observó otro, levantándose también, pues que todos estaban sentados sobre cajones de vino, en derredor de la vela.

-Pero, ¿cómo es que no vienen los demás?

-Es que no sabemos cuántos somos.

-¿Te lo ha dicho Belgrano?

-No.

-Tampoco me ha dicho Bello el número de los que debíamos reunirnos.

-¿Y qué importa el número?

-¡Toma si importa! ¿Cree usted que con los que estamos aquí podemos hacer gran cosa? -repuso el que allí parecía el mayor de todos, no obstante que apenas representaba treinta y cinco años; teniendo en toda su figura un no sé qué de aire militar.

-Yo sé lo que ha de ser -dijo otro.

-¿Qué? -preguntaron varios.

-Que Bello y Belgrano han de haber señalado varios puntos de reunión en esta misma manzana, o en la misma cuadra, tal vez, y concertado la seña para el momento en que nos hagamos dueños de esta casa y nos subamos a la azotea como casa nuestra, a pesar de los gritos que quieran dar sus dueños, si es que los federales tienen fuerzas para gritar dentro de algunas horas.

-Eso parece una explicación -repuso el personaje de aire marcial-. Porque -continuó-, no es que con diez o doce hombres no podamos apagar los fuegos de todas las azoteas de esta calle, desde el lugar en que nos vamos a colocar, en caso que haya quien quiera hacer fuego sobre Lavalle, sino que si tenemos que salir a operar fuera de aquí, por cualquier accidente, entonces no bastan los que somos.

-Yo, por ejemplo, haya o no combate, me voy, con cuatro más que ya estamos convenidos, en cuanto pase la fuerza por esta calle.

-¿Ve usted? Ya quedamos menos. ¿Y dónde diablos va usted?

-A casa de Rosas.

-¿Quiere usted prender a Manuela?

-No, por el contrario, trataría de defenderla si alguien quisiese insultarla.

-Y yo también.

-Y yo -dijeron algunos jóvenes.

-Pero, entonces ¿qué quiere usted hacer con la casa de Rosas? -repuso aquél, el más grave de todos-, ¿cree usted que los rosinos se irán a esconder allí?

-No, no creo tal tontería.

-¿Y entonces?

-Los papeles.

-¡Ah!

-Los papeles, eso es lo que yo quiero.

-Muy buen provecho le hagan a usted, amiguito mío; pero me parece que ellos, y la carabina de Ambrosio, han de valer lo mismo.

-Para los militares, puede ser; para los escritores, no -contestó el joven de los papeles, algo picado.

-¡Pues! Y como vamos a deber a los escritores la caída de Rosas, justo es que ellos continúen la obra -repuso con aire burlón el que lo tenía de militar.

-Puede ser que no se equivoque usted.

-¡Por supuesto! Un cañonazo de gacetas haría un estrago terrible en el campamento de Rosas.

-Eso ya es personal, caballero.

-Pero, señores, por amor de Dios -dijo otro que no había hablado todavía- ¿es posible que no podamos estar juntos cuatro argentinos, sin que nos pongamos en anarquía? ¿Todavía no hemos vencido a Rosas, y ya nos ponemos a disputar sobre si el elemento militar ha sido más poderoso para derrocarlo que la propaganda literaria?

-Es que...

Un golpe en la puerta interrumpió la respuesta y llamó la atención de todos, mientras se fue a abrir porque se había llamado del modo convenido.

Un instante después, Daniel y Eduardo estaban rodeados de los diez personajes que allí había.

Los dos jóvenes venían de poncho y con grandes divisas federales en el sombrero. Pero ambos, y más especialmente Daniel, tenían en su rostro una expresión de dolor y de despecho, marcada por el pincel de la Naturaleza con toda la verdad y la elocuencia de sus obras maestras. Se leía, puede decirse, en la cara de aquellos jóvenes, todo cuanto pasaba en su alma en ese instante. Y tanto, que el presunto invasor a los papeles de Rosas no pudo contenerse y les dijo:

-La cara de cada uno de ustedes es un boletín de Rosas, en que nos da cuenta de la derrota de Lavalle.

-No -contestó Daniel-. No, Lavalle no ha sido derrotado. Es más que esto.

-¡Diablo! El más no se me había ocurrido hasta ahora -repuso otro.

-Y, sin embargo, así es -replicó Daniel.

-Pero explicaos, con mil santos -exclamó el defensor de los militares.

-Nada más fácil, amigo mío -contestó Daniel.

Y prosiguió:

Lavalle ha emprendido su retirada a las seis de la tarde de hoy, desde Merlo. Y a mi juicio esto importa la derrota de nuestra causa por muchos años, cosa que es de más importancia, sin duda, que la derrota de un ejército.

Un largo silencio sucedió a aquella declaración. Un frío glacial heló la sangre en el corazón de todos. Esa noticia era precisamente la que menos se esperaba.

Eduardo rompió el silencio.

-Sin embargo -dijo-, Bello no ha dicho todo. Es cierto que Lavalle ha contramarchado. Pero entiendo, según las mismas noticias de Daniel, que va a dar un golpe a López, que le está incomodando su retaguardia, para volver después, libre de ese inconveniente, a operar sobre Rosas.

-Claro está -repuso otro-. Ahora ya entiendo. Quiere decir que todo el susto que nos ha dado Bello no tiene más fundamento que la demora del triunfo por algunos días.

-Indudable -dijeron todos.

-Cierto.

-Pensad como gustéis, señores -replicó Daniel-. Para mí, esto está concluido. La empresa del general Lavalle, para tener éxito, debía obrar más sobre la moral que sobre la fuerza material de Rosas. El momento se ha perdido. La reacción del espíritu vendrá en el numeroso partido federal, y, repuesto de su primera impresión, será diez veces más fuerte que nosotros. Dentro de dos horas, en este momento mismo, el general Lavalle podía tomar Buenos Aires. Mañana ya será impotente. López lo sacará de la provincia. Y, entretanto, Rosas levantará otro ejército sobre su retaguardia.

-Pero ¿cómo se sabe su retirada? -preguntó uno.

-¿Me creéis o no? Si me creéis, evitad preguntas cuya respuesta a nada conducirá -contestó Daniel con sequedad-. Básteos saber que hoy, 6 de septiembre, ha emprendido su retirada, después de haber llegado hasta Merlo, y que la noticia de la retirada la he recibido hace media hora.

-Bien, es preciso comunicársela a los otros.

-¿A cuáles otros? -preguntó Eduardo.

-¡Pues qué! ¿No hay en el barrio alguna otra reunión de nuestros amigos?

Daniel se sonrió de un modo cruel, puede decirse, pues que la ironía y el desprecio se dibujaron en su expresivo rostro.

-No, señores -contestó-, no hay más reunión que la presente. Hace quince días que tuve la palabra de cuarenta hombres para este caso. Después se me redujo a treinta. Ayer a veinte. Ahora os cuento y no hallo sino diez. ¿Y sabéis que es esto? La filosofía de la dictadura de Rosas. Nuestros hábitos de desunión, en la parte más culta de la sociedad; nuestra falta de asociación en todo y para todo; nuestra vida de individualismo; nuestra apatía; nuestro abandono; nuestro egoísmo; nuestra ignorancia sobre lo que importa la fuerza colectiva de los hombres, nos conserva a Rosas en el poder y hará que mañana corte en detalle las cabezas de todos nosotros, sin que haya cuatro hombres que se den la mano para protegerse recíprocamente. Será siempre mentira la libertad, mentira la justicia, mentira la dignidad humana, y el progreso y la civilización mentiras también, allí donde los hombres no liguen su pensamiento y su voluntad para hacerse todos solidarios del mal de cada uno, para congratularse todos del bien de cada uno, para vivir todos, en fin, en la libertad y en los derechos de cada uno. Pero donde no hay veinte hombres que unan su vida y su destino el día en que se jueguen la libertad y la suerte de su patria, la libertad y la suerte de ellos mismos, allí debe haber por fuerza un gobierno como el de Rosas, y allí está bien y en su lugar ese gobierno... Gracias, amigos míos, honrosas excepciones de nuestra raquítica generación, que tiene de sus padres todos los defectos sin ninguna de las virtudes. Gracias otra vez. Ahora ya no hay patria para mañana, como la esperábamos. Pero es preciso que la haya para dentro de un año, de dos, de diez ¡quién sabe! Es preciso que haya patria para nuestros hijos siquiera. Y para esto, tenemos desde hoy que comenzar bajo otro programa de trabajo incesante, fatigoso, de resultados lentos, pero que dará su fruto con el tiempo. El trabajo de la emigración. El trabajo de la propaganda en todas partes, a todas horas, sin descanso. El trabajo del sable en los movimientos militares. El trabajo de la palabra y de la pluma donde haya cuatro hombres que nos escuchen en el exterior, porque alguna de esas palabras ha de venir a la patria en el aire, en la luz, en la ola. Mi presencia todavía es necesaria en Buenos Aires por algunas semanas: pero la vuestra, no. Hasta ahora he tratado de ser el dique de la emigración. Ahora la escena ha cambiado, y seré su puente. Al extranjero, pues. Pero siempre rondando las puertas

de la patria. Siempre golpeando en ellas. Siempre haciendo sentir al bárbaro que la libertad aún tiene un eco; teniéndolo siempre en lucha para gastarle su fuerza, sus medios, su terror mismo. He ahí nuestro programa por muchos años. Es un combate de sangre, de espíritu, de vida, al que vamos a entrar. Aquél que sobreviva de nosotros, cuando la libertad sea conquistada, enseñe a nuestros hijos que esa libertad durará poco, si la sociedad no es un solo hombre para defenderla; ni tendrán patria, libertad, ni leyes, ni religión, ni virtud pública, mientras el espíritu de asociación no mate el cáncer del individualismo, que ha hecho y hace la desgracia de nuestra generación. Abracémonos y despidámonos hasta el extranjero.

Las lágrimas corrían por el semblante de todos, pocos momentos antes tan llenos de esperanzas y sueños de libertad y triunfo, y un momento después sólo quedaba en aquel lugar de tan tristísimo desengaño el encargado de cerrar las puertas y guardar las armas.

Al cerrar este capítulo, en que la novela ha sido una verdadera historia, pues que tal reunión tuvo lugar en efecto, en la noche del 6 de septiembre de 1840, con algunos de los incidentes que se han referido, queremos apoyar las palabras del héroe del romance sobre su gran tema de "asociación" con lo que existe en Inglaterra en un solo ramo de las asociaciones inglesas, en ese imperio cuyo poder y grandeza no tiene otra base que la asociación en todo y para todo.

Sólo con espíritu y tendencias religiosas y humanitarias, existen en Inglaterra las siguientes sociedades:

Sociedad para preservar la vida de los hombres contra toda clase de accidentes: el agua, el fuego, etc. Sociedad para garantir del incendio las vidas de las personas sorprendidas por esta calamidad. Sociedad para recoger los náufragos. Sociedad para prevenir los malos tratamientos a los animales, brutalidades que hacen feroces a los hombres, y que hacen a los animales, nuestros auxiliares en la vida, un suplicio de los servicios que nos prestan. Sociedad de mejora de la suerte de los labradores. Sociedad para propagar la instrucción en las clases industriosas. Sociedad para mejorar el estado sanitario del pueblo en la capital. Sociedad para inspirar al pueblo el gusto del aseo, abriéndole, en los barrios populosos y pobres, casas de baños gratuitos, o casi gratuitos, con lavanderos y con secadores calientes, en donde la mujer indiferente, y el hombre sin ropa blanca de remuda pueden, por dos sueldos, bañarse en agua tibia, lavar, secar su ropa o la de su familia. Sociedad para facilitar a los obreros y a los mercaderes al menudeo los medios de cerrar temprano sus talleres o sus bodegones, y pasar la primanoche entretenidos en lecturas sanas, y entretenimientos domésticos útiles a sus costumbres y a su salud. Sociedad de templanza para prevenir en el pueblo el abuso de los licores embriagantes, y suprimir así la miseria y el embrutecimiento, consecuencia de la borrachera. Los miembros de esta sociedad, para dar ejemplo al pueblo, se abstienen ellos mismos del vino y de la cerveza, sujetándose a privaciones que sólo el sentimiento religioso puede explicar. Sociedad para la extinción del vicio, fundada por Wilberforce, el emancipador de los negros. Gasta sumas considerables para la propagación, por la prensa, de la moral y del sentimiento religioso en las clases pobres o ricas de la Gran Bretaña. Sociedad para la tutela moral y religiosa de los hijos de los sentenciados y de las mujeres perdidas. Sociedad con un inmenso capital para la educación, mantenimiento y colocación de los hijos ilegítimos. Sociedad para recoger a las mujeres enfermas y a las desechadas de casas sospechosas. Sociedad para la conversión de las prostitutas. Sociedad para el asilo de mujeres que, habiendo cometido faltas, quieran volver a la vida honesta y a la práctica religiosa. Sociedad para ofrecer refugio a las mujeres o a las niñas expuestas, por su edad y por su escasez, a las tentaciones del vicio. Sociedad para la supresión de las casas infames. Sociedad para suministrar un hogar y procurar trabajo a las mujeres virtuosas, y a los sirvientes sin colocación. Sociedad para enseñar la religión y un oficio a las mujeres arrepentidas. Sociedad para la protección gratuita por las leyes de las mujeres perseguidas o maltratadas por los que tienen autoridad sobre ellas, y que abusan. Sociedad de aprendizaje gratuito para los presos jóvenes castigados por delitos correccionales. Sociedad para la extinción del crimen por medio de la instrucción y de la propiedad, propagadas en las clases más habitualmente

Librodot

criminales. Sociedad para la reforma de las prisiones, y la construcción por suscripción de prisiones correccionales y casas de trabajo. Cinco o seis sociedades para la reforma de las costumbres de las mujeres presas. Sociedad para apoderarse, a la expiación de la condena, de las personas castigadas por una primera falta, a fin de impedir las reincidencias, y ponerlas en el camino de las buenas costumbres y del trabajo. Sociedad para prevenir la mendicidad por medio de socorros inmediatos y continuos a domicilio. Sociedad para visitar regularmente a las familias menesterosas de cada parroquia o de cada barrio. Sociedad de informes para ilustrar la caridad privada sobre las personas solicitan limosnas que por medio de cartas. Sociedad para abrir asilo de noche a los individuos que se encuentran desprovistos de alojamiento y de fuego durante el invierno. Sociedad para establecer dormitorios y cocinas económicas para los obreros que momentáneamente se hallan sin hogar. Sociedad para suministrar a las familias pobres de obreros el pan y el carbón a precio más bajo y sin ganancia para el vendedor al menudeo, en todos los barrios de Londres. Sociedad para el servicio de sopa sustanciosa para los que mueren de hambre. Sociedad para buscar y visitar a todos los extranjeros, de cualquier religión que sean, y de cualquier país que procedan, para socorrerlos en su abandono. Sociedad para leer al pueblo la Santa Escritura. Para las viudas sin apoyo y sin recursos. Para los presos por deudas. Para los marineros estropeados o inválidos, como cien sociedades más.

Librodot

XII. La ley de hambre

Es imposible es dar a conocer, en los rasgos fugitivos del romance, la situación pública de Buenos Aires después de la retirada del ejército libertador.

El espíritu no volvía en sí del pasmo que le había causado esa noticia; y una lucha febriciente de la esperanza y el desengaño lo agitaba terriblemente. Todavía se esperaba, en cada semana, en cada día que pasaba, la vuelta del general Lavalle sobre Buenos Aires, después de haber triunfado de López. Y esta esperanza era sostenida por los periódicos y las cartas de Montevideo, que llegaban de contrabando dos o tres veces por semana.

Esos periódicos, escritos con una pasión y un entusiasmo, con una perseverancia y una imaginación que sólo se hallan en rarísimas épocas de la vida de un pueblo, caían como fierro candente en el espíritu que se enfriaba. Y sobre hechos falsos, sobre detalles inventados, sobre conjeturas irracionales, se formaba, sin embargo, en muchos una fe positiva, una esperanza robusta.

Pero todo caía vencido por el terrorismo.

Rosas, poseedor del secreto de su triunfo real, ya no pensaba sino en vengarse de sus enemigos y en acabar de enfermar y postrar el espíritu público a golpes de terror. El dique había sido roto por su mano, y la Mazorca se desbordaba como un río de sangre.

La sociedad estaba atónita; y en su pánico buscaba en las más pueriles exterioridades un refugio, una salvación cualquiera.

En menos de ocho días, la ciudad entera de Buenos Aires quedó pintada de colorado. Hombres, mujeres, niños, todo el mundo estaba con el pincel en la mano pintando las puertas, las ventanas, las rejas, los frisos exteriores, de día, y muchas veces hasta en alta noche. Y mientras parte de una familia se ocupaba de aquello, la otra envolvía, ocultaba, borraba o rompía cuanto en el interior de la casa tenía una lista azul o verde. Era un trabajo del alma y del cuerpo, sostenido de sol a sol, y que no daba a nadie, sin embargo, la seguridad salvadora que buscaba.

La mayor parte de las casas había quedado sin sirvientes.

La ciudad se había convertido en una especie de cementerio de vivos. Y por encima de las azoteas, o con salidas de carrera, los vecinos se comunicaban las noticias que sabían de la Mazorca.

Este famoso club de asesinos corría las calles día y noche, aterrando, asesinando y robando, a la vez que en Santos Lugares, en la cárcel y en los cuarteles de Mariño y de Cuitiño, se le hacía coro con la agonía de las víctimas.

La entrada de la Mazorca a una casa representaba una combinación infernal de ruido, de brutalidad, de crimen, que no tiene ejemplo en la historia de los más bárbaros tiranos.

Entraba en partidas de ocho, diez, doce o más forajidos.

Unos empezaban a romper todos los vidrios, dando gritos.

Otros se ocupaban en tirar a los patios la loza y los cristales, dando gritos también.

Unos descerrajaban a golpes las cómodas y los estantes.

Otros corrían de cuarto en cuarto, de patio en patio, a las indefensas mujeres, dándoles con sus grandes rebenques, postrándolas y cortándoles con sus cuchillos el cabello; mientras otros buscaban, como perros furiosos, por debajo de las camas y cuanto rincón había, el hombre o a los hombres dueños de aquella casa, y si allí estaban, allí se los mataba, o de allí eran arrastrados a ser asesinados en las calles; y todo esto en medio de un ruido y un griterío infernal, confundido con el llanto de los niños, los ayes de la mujer y la agonía de la víctima.

En la vecindad el pánico cundía; ¡y sólo Dios sabe las oraciones que se elevaban hasta su trono por madres abrazadas de sus pequeños hijos, por vírgenes de rodillas pidiéndole amparo para su pudor, misericordia para sus padres, misericordia para las víctimas!

El terror ya no tenía límites. El espíritu estaba postrado, enfermo, muerto. La Naturaleza se había divorciado de la Naturaleza. La humanidad, la sociedad, la familia, todo se había desoldado y roto.

No había asilo para nadie.

Las puertas se cerraban al prójimo, al pariente, al amigo. Y la víctima corría las calles; golpeaba las casas, los conventos, las legaciones extranjeras y, una mano convulsiva y pálida se le ponía en el pecho, y una voz trémula le decía:

-No, no; por Dios; vendrán aquí y moriremos todos. No. ¡Atrás!, ¡atrás! -y el infeliz salía, corría, imploraba, y ni la tierra le abría sus entrañas para guardarlo.

Los más leales y antiguos federales, ministros unos, diputados otros, generales, magistrados, todos temblaban. Nadie sabía si las cabezas estaban echadas al azar, o si era un martirologio escrito, pasado a las manos de la Mazorca. El golpe no era súbito e instantáneo como las vísperas en Sicilia, como la San Bartolomé en París. No; duraba, se reproducía a sí mismo con una exuberancia de ferocidad espantosa, y el espíritu se aterraba y postrábase más, pendiente la vida en el martillo de cada hora, en el sol de cada día.

Pero el cuchillo no podía herir a toda la familia. La madre, el niño, la virgen no morían. Centenares de hombres escapaban a la muerte, y todo esto dejaba incompleta la venganza de Rosas, y no podía ser así. Era necesario un golpe que diese sobre todas las vidas, sobre todos los destinos, y que hiriese el presente y el porvenir de todos.

Y en medio del llanto, del susto y de la muerte, a los reflejos del puñal de la Mazorca, leyó el pueblo de Buenos Aires el bárbaro decreto de 16 de septiembre de 1840, que arrojaba a la miseria, al hambre, a cuantos eran, o quería Rosas que fuesen unitarios.

De un momento a otro, millares de familias pasaron de la opulencia a la miseria, quedando a mendigar un albergue y un pedazo de pan, arrojadas de sus casas, y robadas hasta de sus muebles y los objetos más necesarios a la vida. Pues todo, "los bienes muebles e inmuebles, derechos y acciones de cualquiera clase, en la ciudad y campaña", pertenecientes no digamos a los unitarios, a los que no eran sostenedores ardientes del tirano, cayeron bajo el imperio de la confiscación.

Ese solo decreto estaba destinado a envolver más desgracia y más lágrimas que toda la serie de los delitos de Rosas.

En presencia de la muerte, la sociedad no pudo darse cuenta inmediatamente de toda la importancia de aquel estudiado acto de venganza.

Y mientras así temblaba y se sacudía convulsiva entre el puñal, el hambre, la desesperación y el terror, el ejército libertador, persiguiendo a López, se alejaba, y se alejaba para siempre; y el pueblo emigrado en la orilla oriental del Plata se echaba en los brazos de una nueva esperanza, con la llegada a Montevideo del vicealmirante Mackau, el 25 de septiembre, y que bien pronto debía disiparse.

Al llegar el señor Mackau a Montevideo, manifestó deseos de instruirse a fondo de la cuestión y de su estado; recibió prolijos informes, apoyados en documentos verídicos, del señor Buchet Martigny; oyó los de multitud de personas particulares, que aparentaba escuchar con interés y atención; recibió en un documento, revestido de multitud de firmas, la expresión de los deseos e ideas de la población francesa de estos países; pero, con el pretexto de una prudente reserva, exigida por su posición, jamás manifestó abiertamente la menor de sus ideas, ni al ministro de Estado del gobierno oriental. Las palabras del almirante se redujeron siempre a éstas o parecidas: "Mi posición es muy delicada: mis simpatías por la causa oriental y argentina son muy vivas: sería preciso no tener corazón para no sentirlas: haré por esa causa cuanto sea compatible con mis deberes." A estas frases solía con frecuencia agregarse un medio no común en la diplomacia: la emoción y las lágrimas del almirante.

Sin embargo de esta sensibilidad, el plenipotenciario francés dejaba entrever que, según sus instrucciones, ni a la República Oriental, ni a las tropas que estaban a las órdenes del general Lavalle había reconocido la Francia por aliados, sino como auxiliares que la casualidad le había proporcionado.

Librodot

Pero la emigración decía bien alto que los orientales y argentinos tenían derecho a ser ayudados por la Francia hasta terminar su cuestión con Rosas, invocando la justicia, el honor y la conveniencia.

-Antes de adoptar la Francia -decían- el medio de las alianzas locales contra Rosas, antes que su gobierno y sus cámaras aprobasen, tan solemnemente como lo han hecho, el sistema adoptado por sus agentes, debió ella misma prever las consecuencias del compromiso en que entraba. Pero, después de formadas las alianzas, después de comprometidos los pueblos del Plata, sobre la fe de la Francia, el tiempo de retroceder había pasado irrevocablemente; alta barrera de bronce quedaba levantada entre la Francia y Rosas.

En esta alianza, como en muchas otras, los poderes que la contrajeron iban a un fin común, aunque por diversos motivos e intereses. Buscaba la Francia un tratamiento justo para sus nacionales e indemnizaciones por daños a ellos causados; querían los orientales la destrucción de un poder que había atacado sus libertades y derechos, que los amenazaba constantemente y que, desde muy atrás, hizo causa común con los enemigos de su tranquilidad interna; los argentinos, por último, buscaban el aniquilamiento, en su patria, de un sistema de explotación y de sangre; la destrucción perdurable del sistema dictatorial, o de "facultades extraordinarias": reacción vergonzosa y mortal contra la revolución americana; querían, por fin, asentar el imperio de la civilización y de las leyes sobre el sitial que manchaban la barbarie y la voluntad sangrienta de un solo hombre. En esto último tenían también interés, aunque indirecto, la Francia y el Estado Oriental; porque le tienen la humanidad y la razón.

Pero el tiempo de las apreciaciones históricas que debieran guiar los procedimientos de la Francia en su política de estas regiones del Nuevo Mundo, no era aquél, por cierto. Y si las instrucciones del gabinete francés venían calcadas sobre aquélla que entendía por su conveniencia en el Plata, todas las demostraciones y los llamamientos al honor y al deber eran fuerzas impotentes para estorbarlo. Aquel tiempo era de hechos únicamente, y los hechos empezaban a encaminarse favorablemente a Rosas de parte de la Francia.

El almirante debía partir para Buenos Aires en los primeros días de octubre. Y allí se iba a jugar la última esperanza de la época contra un nuevo triunfo para Rosas.

Pero aun cuando la última expresión de esa negociación fuese desfavorable al tirano, ella era impotente a su vez para estancar la sangre en las venas abiertas de ese pueblo infeliz.

Los negocios franceses ya eran sólo esperanzas de los emigrados. Para el pueblo de Buenos Aires no había esperanza sino en Dios.

Las cárceles se llenaban de ciudadanos.

Las calles se teñían de sangre.

El hogar doméstico era invadido.

Las madres querían volver a sus entrañas a sus hijos. Cada mirada del padre sobre ellos era un adiós del alma, era una bendición que les echaba, temiendo a cada instante ser asesinado en medio de ellos.

Y el aire y la luz llevaban hasta Dios la oración íntima de todo un pueblo que no tenía sino la muerte sobre su cabeza.

XIII. El traje de boda

Era el 5 de octubre. La ciudad, pintada toda de colorado, estaba vestida de banderas: invención del dictador para cada festejo federal. Ese día era el aniversario de un dolor de muelas que privó, el año de 1820, entrar a la plaza con el cuerpo de milicia que mandaba en el ejército del general Rodríguez y que Rosas festejaba, sin embargo, como un gran hecho militar, que su cuerpo se hubiese batido sin él.

Pero dejemos la ciudad un momento; y desde la barranca de Balcarce, antes de descender contemplemos la Naturaleza un momento también.

La luz es un océano de oro en el espacio.

El firmamento está trasparente como la inocencia.

El aire es suave y acariciador como el aliento de una madre.

Los prados están risueños y matizados con todos los colores bajo la luz clarísima que los baña: es el manto de la esperanza extendido sobre la tierra, con toda su riqueza, con todos sus caprichos, como el cendal de las ilusiones sobre el alma enamorada de la mujer en su primera vida.

Todo allí es bello, suave y amoroso; es el contraste vivo de la naturaleza moral de la ciudad vecina.

Pero bajemos.

Hay una cosa más bella y amorosa todavía. Hay un contraste más vivo y más latente; una sofisticación de la fortuna o de la desgracia; o mas bien, una bellísima ironía de cuanto está sucediendo en esos momentos: Amalia.

Amalia mintiendo felicidad, sin creerla ella misma.

Amalia bella como nunca. Apasionada como el alma del poeta. Tierna como la tórtola en su nido. Derramando una lágrima del corazón sobre su propia felicidad, y feliz con su llanto. Misterio de Dios y del destino. Presa disputada por la desgracia y por la dicha, por la vida y la muerte.

Entremos.

El salón de la encantada quinta ha recobrado su elegancia y su brillo. La luz del sol, bañando, amortiguada por las celosías y cortinas, el lujo de los tapices y de los muebles; las nubes de ámbar que exhalaban las rosas y violetas entre canastas de filigrana, jacintos y alelíes, entre pequeñas copas de porcelana dorada, y el silencio interrumpido apenas por el murmullo cercano del viento entre los árboles; todo hacía del salón de Amalia una mansión al parecer destinada a las citas del amor, de la poesía y la elegancia.

Allí no estaba la diosa de aquella gruta. Con su cabello destrenzado, pero rodeando en desorden su espléndida cabeza, vestida con un batón de merino azul oscuro con guarniciones de terciopelo negro, sujeto a su cintura por un cordón de seda, que hacía traición al seno de alabastro y al pequeño pie, oculto entre unas chinelas acolchadas de raso negro, la joven estaba en su tocador con su pequeña Luisa. Y estaba allí entre un mundo de encajes, de riquísimas telas y de trajes extendidos, unos sobre los sofás, otros sobre las sillas, y otros colgados en los espejos de los roperos.

Bella siempre, bella de todos modos, su fisonomía estaba más animada que de costumbre. El cabello de sus sienes levantado, la Naturaleza parecía hacer alarde de las perfecciones de aquella cabeza, de la que la imaginación no halla modelo sino en las imágenes bíblicas. Sus ojos, que parecían siempre alumbrados por una luz celestial que se escurría por la sombra aterciopelada de sus pestañas como el primer rayo del alba por las sombras que aún bordan el Oriente, participaban también de la animación de su rostro.

Todo era extraño en ella.

En el momento en que nos acercamos estaba de pie delante a uno de sus guardarropas, en cuya puerta de espejo había colgado un magnífico vestido de blondas, con lazos de ancha cinta, blanca también en la cintura y en las mangas.

Lo miraba. Tomaba la falda con sus dedos de rosa y la alzaba un poco, como examinando mejor aquella nube, aquel vapor de un precio y de un gusto inestimables; mientras que la niña seguía todos sus movimientos tocando y examinando también, cuanto miraba y tocaba su señora.

-Este, Luisa. Este es el más elegante -dijo al fin Amalia, mirando por todos lados el precioso vestido.

-Sí, yo creo que sí, señora. ¿Quiere usted probárselo?

-Sí, pues. Dame un viso -y al pedir esto, desató el cordón de seda de su cintura y se quitó el batón, descubriendo sus hombros y sus brazos, como tentaciones del amor, como prodigios de un artífice que debió enamorarse de su propia obra.

En dos minutos un crujiente viso de raso blanco cubría aquellas formas encantadoras, y era prendido sin dificultad a su leve cintura por las manos de la graciosa Luisa.

-El vestido ahora -dijo Amalia, pasando ligera como una fantasma, a pararse enfrente de un espejo de siete pies de altura, colocado en el suelo; y el vestido pasó luego por su cabeza como una blanca nube abrillantada por el sol. Y era una verdadera diosa entre una nube cuando los encajes cayeron sobre sus brazos y su seno, y el transparente traje se dilató sobre el viso de joyante seda.

Una vez prendido a su cintura, Amalia ya no era Amalia, era una joven enamorada de las puerilidades del lujo y del buen gusto. Se miraba, se oprimía la cintura con sus manos, daba vueltas su preciosa cabeza para mirar su espalda en el grande espejo, o se colocaba entre los dos de sus roperos.

Luisa, entretanto, tocaba el vestido, lo englobaba, y sus ojos estaban en un movimiento continuo, de la cintura al pie de su señora, de la cintura a los hombros, de los hombros al rostro.

-¡Magnífico, señora, magnífico! -exclamó al fin la niña, separándose algunos pasos como para verla de más lejos.

Pero, de repente, Amalia movió su cabeza, hizo un gesto con sus labios, y dijo:

-No; no me gusta.

-Pero, señora...

-No; no me gusta, Luisa. Este es más bien vestido de baile. Además, está corto de talle.

-No, señora, al contrario; está largo.

-Y grande de cintura.

-Le mudaré los broches en un momento.

-No; no me gusta. Despréndelo.

-Pues, señora, no hay otro más lindo -dijo Luisa, desprendiendo el vestido.

-No importa, pero habrá otro más a mi gusto.

-Va usted a elegir el peor.

-No importa; déjame. Esto es un delirio como otro cualquiera, y hoy quiero tenerlo por la primera vez de mi vida y, sin duda, por la última.

-¡Válgame Dios, señora, siempre pensando cosas tristes! Verá usted como en Montevideo va a todos los bailes, al teatro, a todas partes, y hemos de tener todos los días que hacer lo mismo que hoy -repuso Luisa, colocando el vestido sobre una silla.

-No, Luisa, me basta con hoy. Hoy por todos los días de mi vida. Dame aquel otro vestido.

Y Luisa tomó de sobre un sofá un traje de moaré blanco, con tres guarniciones de fleco, formado del mismo género, con anchos encajes de Inglaterra en el pecho y las mangas; tela de los más ricos tejidos de Francia, y de un valor mayor aún que el vestido de blondas.

Este traje, más regio, y más ajustado al seno y a los hombros, dibujaba con más coquetería las formas encantadoras de Amalia, y mereció los honores de la contemplación por más largo rato que el primero.

Pero después, el mismo movimiento de cabeza y el mismo gestito le dieron su pase, con satisfacción de Luisa, que no pudo menos de decir:

-Ve usted, señora; si no hay otro como el de encajes.

-No, Luisa; ninguno de los dos.

-Mire usted, señora, yo estoy segura de que él querría ver a usted con el primero.

-Me verá alguna vez, pero no hoy.

-Hoy, hoy.

-¿Y por qué?

-Porque es el más rico.

-¡Bah!

-Y porque es el que mejor le sienta.

-Eso es lo que no creo; y si lo creyese...

-¿Qué, señora?

-Me lo pondría.

-Pues ése es.

-Me lo pondría, porque hoy es la primera vez de mi vida que tengo la vanidad de querer estar bien, muy bien, Luisa.

-¿Nada más que muy bien?

-Y...

-¿Y?

-Y muy linda -dijo Amalia, poniendo sus manos sobre la cabeza de Luisa, cubriéndose de carmín sus mejilllas, pasando relámpagos de sonrisa por sus labios, radiante de felicidad, y abochornada de su confesión.

-¿Y cuándo no lo está usted, señora? -dijo la niña, tomándole las manos.

-Nunca.

-Siempre.

-Pero hoy quiero estarlo, Luisa, para él, para él solo. Es el día de su destino y del mío. ¡El día de nuestra felicidad y de nuestra separación! ¡De nuestra separación, Dios mío! -exclamó Amalia, cubriéndose los ojos con sus manos.

-Pero separación de ocho o quince días, señora. Vamos, si usted va a llorar como esta mañana cuando se despertó, va usted a estar muy mal para la noche.

-No, no, Luisa, no es nada -exclamó Amalia, abriendo sus magníficos ojos y sacudiendo su cabeza como para despejarla de las ideas que acababan de cruzar por ésta-, no es nada; dame otro vestido.

-¿Cuál?

-Aquél.

-¿El del sofá?

-Sí.

-¡Ah! También es muy lindo; pero como el de encajes, no.

-¿Volvemos?

-Hasta la noche le he de estar a usted diciendo que es el mejor.

-Eres porfiada, Luisa.

-Ya se ve que lo soy, pero es cuando yo sé que hago bien. Y verá usted, yo se lo he de contar mañana al señor don Eduardo; y...

-¿Mañana?

-¡Ah, sí, es verdad!

-Mañana cuando salga el sol ya estaremos separados.

-Pero, señora, ¿y no sería mejor que esperase unos días a ver si esto pasa?

-No, Luisa, ni un minuto más. Por su viaje he anticipado todo, he preparado todo en mi alma, en mis aprensiones, y afronto hasta la profanación que se hace hablando de felicidad en estos momentos de duelo y de sangre para tantos. Que parta hoy mismo, con esa condición me caso. Yo iré después, cuando sea posible salir de este sepulcro de vivos.

-¡Ah, qué día aquel que estemos todos juntos en Montevideo!

-Sí, en Montevideo -dijo Amalia, doblando su cintura para que Luisa le prendiese el nuevo traje.

-Vea usted -prosiguió Luisa- cómo se ha puesto buena la madre de doña Florencia, en tan pocos días.

-¡Oh, cuán contentas estarán pasado mañana!

-Pero aquí... vea usted, señora, ni los pajaritos cantan -y Luisa señalaba con su manecita las jaulas doradas de los jilgueros de Amalia, que habían vuelto a su primera colocación después que se dejó la "Casa sola" y se volvió a Barracas.

-¡Sí! ¿Has notado, Luisa? ¡Los pajaritos no han cantado hoy! -exclamó Amalia, volviendo súbitamente los ojos a las jaulas, y como fijándose en una circunstancia que no había recordado.

-¡Válgame Dios! ¡Para qué le diría a usted tal cosa!

-Sí, bien... hablemos del traje... Hoy no quiero creer otra cosa sino que soy feliz... ¿te parece bien, Luisa?

-Espléndido, señora; pero no como el de encajes.

-¿Ves? Este, éste es el que elijo.

-Y tiene usted razón. Después del de encajes no hay otro como éste -y Luisa se iba hasta el fin del tocador para ver de lejos a Amalia que se miraba, ora en el grande espejo, ora entre los dos de sus roperos, no ocultando en su rostro la satisfacción que sentía al haber hallado el traje que buscaba, y con el cual se presentará al lector algunas horas más tarde.

-Este, sin duda. Despréndelo, Luisa, pero con cuidado.

-Está ya, señora.

-Ahora otra cosa, Luisa -prosiguió Amalia, volviendo a ponerse su batón de merino.

-Ahora veremos las alhajas, ¿no, señora?

-No, Luisa, alhajas, no.

-¿Pero un collar, siquiera?

-No, en este acto no se ponen alhajas, Luisa.

-Pues, señora: yo si me caso alguna vez, y tengo tan lindas cosas como usted...

-No te las pondrás. Anda a la sala y tráeme todas las rosas.

Un minuto después volvía Luisa con la canasta de rosas que vimos al entrar en la sala.

Las rosas eran el encanto, el tesoro de Amalia. Y cuando tomó en sus manos la canasta y aspiró una rosa que entonces se abría, sus ojos se entrecerraron, palideció su semblante, y palpitó su seno: era que el aroma de la flor estimulaba al aroma poético de su alma, y aquella organización, sensible y armoniosa, languidecía de placer y de amor al aspirar la fresca y purísima esencia de la rosa.

Puso luego el canastillo de filigrana sobre sus faldas, y a medida que tomaba y aspiraba y examinaba las rosas, una mezcla de porvenir y de pasado, de felicidad y de melancolía, conmovía su corazón, sin duda, pues que su rostro, antes radiante, había vuelto súbitamente a su habitual expresión de dulcísima tristeza.

Las flores eran el campo, el mar y la luz en las horas crepusculares; ejercen sobre las almas poéticas y sensibles una influencia que se escapa al mecanismo de los sentidos, que el alma misma no se la puede definir, pero que la siente y se avasalla ante ella. Es la religión verdadera de Dios, ejercida en el templo de la Naturaleza, por el sacerdocio del corazón humano.

Al fin Amalia pareció contenta de una de las rosas en que escogía, y la colocó en una copa de cristal dorado, sobre el mármol de su elegante tocador.

-Ahí están mis diamantes, Luisa -dijo al colocar la rosa.

Pero en este instante, fuese por el demasiado diámetro del vaso, o por la demasiada inclinación de la flor, ésta cayó sobre el mármol y del mármol rodó al suelo.

Amalia se inclinó con rapidez para alzarla; pero, más rápida todavía cruzó una sombra por su imaginación.

-¡Es singular! -dijo, volviendo a colocar la rosa-, dos veces me ha sucedido esto, y las dos con una rosa blanca: el día en que le di mi corazón, y el día en que voy a darle mi mano... pero... vamos a otra cosa, Luisa -dijo aquella mujer que sostenía visiblemente una lucha tenaz en ese día con sus preocupaciones y su espíritu; y ella misma tomó un cartón de sus roperos; se acercó a un sofá y vació sobre él varios juegos de botines y zapatos que había hecho traer expresamente de París, todos de una delicadeza digna de la preciosa obra de la Naturaleza a que estaban destinados. Escogió unos botines delicadísimos, que parecían cortados para una niña de doce años; y luego de separar algunos otros objetos destinados a su traje de boda, se acercó a sus pájaros, como arrepentida de haber estado tanto tiempo cerca de ellos sin tributarles una caricia.

Al acercarse y mover sus dedos entre los alambres dorados, uno de los jilgueros hizo vibrar una nota en su poderosa garganta, con un acento extraño, parecido más bien a un gemido que a las modulaciones naturales de esos coristas de la Naturaleza.

Amalia se impresionó visiblemente, y en vano agitaba las manos y movía las jaulas, acción a que sus pájaros correspondían siempre con su canto; en vano. Los jilgueros saltaban por todos los círculos de alambre, pero sin cantar y perezosos.

-¿Qué tienen los pajaritos, señora? -preguntó Luisa, sorprendida de lo que veía por primera vez.

-¡Están tristes! -contestó Amalia dando vuelta a su cabeza hacia Luisa y empañado el cristal purísimo de sus ojos con una lágrima levantada por la imaginación de la fuente misteriosa de la sensibilidad de aquella alma tan tierna y combatida por la suerte, por ella misma-; ¡están tristes! -prosiguió, y repentinamente, más triste que el acento con que acababa de pronunciar sus últimas palabras, se acercó a la ventana que daba al patio, descorrió las cortinas y alzó sus ojos al firmamento azul, siguiendo por largo rato una nube blanquecina que, como una pluma de las alas del céfiro, se deslizaba graciosa entre la luz del espacio.

-¡No puede darse un día más bello! -exclamó Amalia-. Todo está tranquilo, menos mi alma. ¿Qué hora es?

-Las tres de la tarde acaban de dar, señora.

-¡Faltan cinco horas!... Arregla todo eso, Luisa.

Y al pronunciar estas palabras, Amalia dejó caer las cortinas, sacudió su cabeza como era su costumbre cuando quería desechar ciertas ideas, y pasó de su tocador a su aposento, cerrando la puerta en pos de sí.

Con el movimiento de su cabeza, su cabello destrenzado y apenas sujeto por una pequeña peineta, resbaló, y sus hebras se extendieron como un espléndido manto sobre su espalda. La alcoba estaba apenas alumbrada por la escasa luz que venía de la antesala, pues las ventanas del patio estaban cerradas. Y así, bajo esa débil claridad, y entre el ambiente perfumado que se respiraba en aquellas solitarias habitaciones, Amalia se acercó a la pequeña mesa colocada junto a su lecho, y se arrodilló delante del crucifijo de oro incrustado en ébano, que otra vez hemos visto en ese mismo lugar.

De rodillas, suelto el cabello, descansando sus brazos sobre el borde de la mesa, y sus manos oprimiendo la cruz, bella como una Magdalena, sólo el Hijo de Dios, que la escuchaba, sólo la mirada de Dios, derramada en el aire y en la luz del Universo, pudieron oír las sentidas palabras de aquella alma y leer la verdad del sentimiento, de la fe y de la esperanza, en aquella purísima conciencia.

Librodot

XIV. Asilo inglés

Tenemos que retroceder con el lector para recoger a ciertos personajes de esta historia, pocos días después de aquella noche de esperanzas y desengaños para los diez jóvenes reunidos en el almacén de la calle de la Universidad.

En efecto, pocos días después de aquella noche, un coche tirado por dos briosos caballos enfilaba la calle de la Reconquista, con dirección a Barracas, y a poco rato paraba en la quinta del señor ministro de Su Majestad Británica, caballero Mandeville.

El carruaje no había dejado de llamar en su tránsito la atención de los que lo veían o sentían, porque, en esos días de republicanismo federal, los coches se habían guardado, y la mayor parte de los caballos ofrecida al Restaurador, o arriada federalmente. Y al parar el carruaje en la casa del ministro inglés, no faltaron curiosos y curiosas que abrieran los ojos para ver aquella novedad.

El cochero abrió la portezuela, y dos hombres bajaron.

Uno de ellos, sin embargo, quedó parado en el estribo vuelto el cuerpo hacia adentro y empezó a cambiar este ligero diálogo con otro individuo que no se había movido del asiento delantero en que venía:

-¿Recuerda usted bien todo, mi querido maestro? -preguntó el que se había quedado medio afuera y medio adentro.

-Sí, Daniel, pero...

-¿Pero qué?

-¿Y no sería mejor saber si está el señor ministro, antes de que partiera aislado y solo por estas lúgubres calles, a estas horas, y encerrado en este vehículo?

-Nada importa eso; si no está, lo esperaremos, y cuando usted vuelva, aquí nos hallará.

-¿Y si el padre guardián me preguntase?...

-Ya se lo he dicho a usted cien veces. No debe usted contestar directamente a ninguna pregunta. Si quieren o no prestarse a lo que se les pide, cueste el dinero que cueste; eso es todo.

-¿Y por fuerza ha de ser sobrino mío?

-O hijo.

-¡Hijos yo, Daniel!

-O primo.

-¡Vaya!

-O ahijado, o lo que usted quiera.

-¡Dios ponga tiento en mis manos!

-Y en su boca, mi querido maestro. Antes de una hora tiene usted tiempo de volver.

-¡Adiós, Daniel, adiós!

-Hasta de aquí un momento, mi querido amigo -y el joven cerró la portezuela e hizo una seña al cochero, que no era otro que Fermín, y que partió al momento.

El señor Mandeville estaba en su casa, y Daniel y su compañero, en quien ya el lector habrá creído reconocer a Eduardo, fueron introducidos al salón, donde encendían luces en ese momento.

El señor Mandeville no se hizo esperar mucho rato, porque nunca Buenos Aires hospedó un ministro europeo más afable y democrático que aquél, con cuantos se acercaban a su casa con las insignias de la época.

El ministro llegó con su cara distinguida y fresca, a pesar de los años, su levita abotonada, sus puños de batista cayendo sobre sus blancas y bien cuidadas manos, y con esa difícil facilidad de maneras que sólo se adquiere en el roce continuo de la alta sociedad, dio la mano a Daniel, y exclamó:

-¡Oh, qué felicidad! Nunca podrá usted imaginarse, señor Bello, cuánto es para mí un honor y un placer verlo a usted en mi casa.

-Señor Mandeville -contestó el joven, apretando la mano que le extendía el diplomático-, yo nunca doy honor ni placer, sino a cambio de una gran ganancia en las mismas especies. Tengo la satisfacción de presentar a usted a mi íntimo amigo el señor Belgrano.

-¡Ah! El señor Belgrano. ¡Cuántos deseos tenía hace tiempo de conocer a este caballero! Es una noche completa la que usted me da, señor Bello.

-Es una dicha para mí -repuso Eduardo-, que mi nombre fuese conocido del señor Mandeville.

-¡Qué quiere usted, mi joven amigo! Ya yo soy viejo, y como me gusta tanto la sociedad de las bellas damas de Buenos Aires, allí aprendo de memoria todos los nombres distinguidos de la juventud.

-Cada palabra de usted es una amabilidad, señor Mandeville -contestó Eduardo, que buscaba inútilmente cómo entrar en ese juego exquisito de palabras galantes, que forman uno de los atributos especiales de la sociedad culta y de la diplomacia europea, y que no entraba en el carácter ni en los hábitos del joven.

-No, no, justicia nada más, señor Belgrano. Los viejos estamos siempre próximos a dar cuenta a Dios de nuestras acciones, y debemos esmerarnos en ser siempre justos y verídicos. Y, vamos a ver, ¿ha visto usted a Manuelita, señor Bello?

-Hoy no, señor Mandeville.

-¡Ah, qué criatura tan encantadora! Yo no me canso de hablar con ella y admirarla. Muchos creerán que mis visitas llevan un fin político cerca de Su Excelencia, y nada menos que eso: yo voy a buscar cerca de esa espiritual criatura, algo que alegre a mi espíritu tan aburrido de los negocios. En Londres, misia Manuelita haría furor.

-¿Y su padre? -preguntó Eduardo, sobre quien cayó como un palmetazo una mirada de Daniel.

-Su padre..., el señor general Rosas..., vea usted; en Londres...

-En Londres no gozaría de salud el señor gobernador -dijo Daniel, para salvar al ministro del aprieto en que lo acababa de poner su amigo.

-¡Oh, el clima de Londres es detestable! ¿Ha estado usted en Europa, señor Belgrano?

-No, señor, pero pienso viajar algunos años por ella.

-¿Y pronto?

-No tan pronto como se nos ha venido el señor de Mackau -repuso Daniel, queriendo darle ya otro giro a aquella insustancial conversación.

-¡Cómo! ¿Ha llegado ya el vicealmirante Mackau?

-¿No lo sabía usted, señor Mandeville?

-A fe mía.

-Pues ha llegado.

-¿Aquí?

-No, a Montevideo, anteayer a la una.

-¿Y lo sabe ya Su Excelencia?

-¿Y cómo cree usted que sabiéndolo yo no lo sepa el señor gobernador?

-Ah, cierto, cierto. Pero es extraño que el comodoro no me haya comunicado nada.

-A la oración quedaba a la vista un bergantín inglés.

-¡Ah!

-El viento ha sido malo, señor Mandeville -observó Eduardo-, y recién a las cinco de la tarde se ha recibido la noticia por una ballenera.

-¿De suerte que estamos en la crisis? -dijo Mandeville, jugando con sus uñas, como era su costumbre cuando se preocupaba de algo.

-Y no es eso lo mejor.

-¿Hay más?

-¡Friolera, señor Mandeville! Sabe usted que hasta ahora todos esperábamos ver llegar en actitud hostil al enviado francés ¿no es así?

-Sí, sí ¿y bien?

-Pues nada menos que llega con las más sanas y pacíficas intenciones.

-¡Ah, qué felicidad!

-Para nosotros.

-Para todos, señor Bello.

-Menos para la cuestión de Oriente.

-Sí, algo puede haber de eso.

-Un embarazo menos para la Francia es un embarazo más para la paz europea en estos momentos. Felizmente, las relaciones hoy existentes entre la Inglaterra y la Francia nos garantizan, hasta cierto punto, del resultado de la misión Mackau.

-El gobierno británico no titubearía -observó Mandeville- en ofrecer todos sus buenos oficios en esta cuestión.

-No quise decir eso -replicó Bello-; quise decir que, si la Inglaterra tuviese interés en distraer algo la atención de la Francia con su cuestión del Plata, hoy se le ofrecería una brillante oportunidad. Precisamente venía hablando de eso con el señor Belgrano.

-Sin embargo... si las instrucciones del barón de Mackau son de arreglar a todo trance este negocio, confieso a usted que no veo cómo la Inglaterra podría estorbar el arreglo, en la hipótesis, puramente caprichosa, de que tuviere interés en ello.

-Aquí, no, pero en Francia podría estorbar la ratificación del tratado,puesto que llevará un vicio de nulidad, que felizmente no lo echarán de ver en Francia, y que echaría a perder todo si el gabinete inglés lo hiciese conocer a la oposición francesa, y la trabajase en ese sentido. De ese temor precisamente veníamos hablando con Bello -dijo Eduardo, mientras que el señor Mandeville volvía sus inteligentes ojos de uno a otro de aquellos jóvenes, cuyo pensamiento verdadero quería agarrar y se le escapaba a cada momento.

-¿Y en qué estaría ese vicio? -preguntó Mandeville con ingenuidad.

-Nada menos que en la firma del señor gobernador- contestó Daniel.

-¿Cómo?

-Que los unitarios que están en Montevideo han preparado una demostración al señor Mackau que, hasta cierto punto, no deja de ser un fuerte argumento.

-¿Y es, señor Bello?

-Que la firma del señor gobernador es falsa, mi querido señor Mandeville. Figúrese usted que ellos raciocinan de este modo: que aun cuando el señor Mackau traiga instrucciones para tratar a todo trance, no hay autoridad con quien tratar en la República Argentina porque el general Rosas no tiene poder ni representación alguna para ajustar tratados a nombre de la Nación Argentina.

-Pero es un poder de hecho -replicó el señor Mandeville-, y el plenipotenciario no tiene que investigar su legalidad, sino reconocerle y tratar con él.

-A ese argumento contestan los unitarios - prosiguió Bello-, que, si el almirante viniese a tratar con el señor general Rosas, como simple gobernador de Buenos Aires, y con relación a esta sola provincia, entonces podía tratar con él, como el almirante Le-Blanc y el señor Martigny se han entendido con el gobierno de Corrientes. Pero que, viniendo a tratar con un gobierno que represente en el exterior a la soberanía nacional, se encontraría con que este gobierno no existía.

-Algo hay de eso, en efecto -contestó Mandeville, con aire distraído.

-Los unitarios sostienen -prosiguió Daniel- que las provincias argentinas nunca han delegado la facultad de entender en las relaciones exteriores, celebrar tratados, etcétera, en el gobierno de Buenos Aires, una vez para siempre, sino especialmente en el gobernador, cada vez que se elige uno en los períodos legales. Que el general Rosas, nombrado gobernador por cinco años, el 7 de marzo de 1835, se recibió del mando el 13 de abril, y su término expiró en igual día de 1840, y que con él expiró también la delegación que tenía de las provincias; que, reelecto por igual período, sólo aceptó por seis meses; pero su reelección no producía ipso jure la continuación de aquel especial mandato, y que era indispensable que le fuese

Librodot

renovado. Pero que, lejos de serlo, le fue retirado explícitamente por los que se lo habían conferido.

-He leído algo de eso en los periódicos de Montevideo -replicó Mandeville, cada vez más pensativo.

-Es decir, habrá leído usted en los periódicos los documentos oficiales.

-No precisamente los documentos; a lo menos no lo recuerdo bien.

-Yo tampoco; pero creo que la Sala de Representantes de la provincia de Tucumán sancionó, el 7 de abril, una ley por la que retiraba la autorización que por parte de aquella provincia se había dado al general Rosas para mantener y conservar las relaciones con las potencias extranjeras. La Legislatura de Salta sancionó una ley igual el 13 de abril. El 5 de mayo, la provincia de La Rioja declaró, por ley, que ella reasumía las facultades que tenía conferidas al general Rosas para intervenir en las relaciones con las potencias extranjeras. Igual ley dictó la provincia de Catamarca, el 7 de mayo. En términos igualmente positivos se pronunció la provincia de Jujuy, el 18 de abril. Y por lo que hace a la provincia de Corrientes, no se necesita otro documento que la misma posición que ha asumido. Así, pues, los unitarios demuestran que de las catorce provincias que forman la República, siete han retirado al general Rosas la facultad de tratar en su nombre.

-¿Y el almirante Mackau estará en posesión de esos hechos?

-¿Y cómo dudarlo? Y si sus instrucciones lo conducen al extremo de tratar con el señor general Rosas, a pesar de su incapacidad legal, fácil es prever que en manos de la oposición francesa, ese vicio radical en la negociación o el tratado recibiría una repulsa, o el ministro se hallaría en una posición muy embarazosa. Y yo estoy cierto de que, si en la política franca del gobierno británico pudiese caber el sacrificio de un amigo leal como la República Argentina, por el interés de embarazar la marcha del gobierno francés, poco adelantaríamos, señor Mandeville, con el tratado a que probablemente arribará el barón de Mackau. Pero yo estoy seguro que el gobierno británico no sacrificará las simpatías argentinas, ni por hostilizar al gobierno francés, ni por corresponder a la reacción que en el estado oriental va a operarse en favor de la Inglaterra.

-¿Cómo, cómo, señor Bello?

-Quiero decir que, abandonada por la Francia la República Oriental y la numerosa emigración argentina que hay allí, después de los compromisos anteriores, tan solemnes, es muy probable que, obrándose en el espíritu público una reacción muy desventajosa para la influencia francesa en estos países, por un movimiento consiguiente y lógico, las simpatías públicas se vuelvan hacia la Inglaterra, que fue tan leal en otra época en sus trabajos por la independencia oriental.

-¡Ah, sí, cierto! La independencia oriental es debida, hasta cierto punto, a los buenos oficios de la Inglaterra.

-Así es que -continuó Daniel-, perdida la influencia francesa en estos países, y llegado el caso en que peligrase la independencia oriental, la acción de la Inglaterra no sólo sería eficaz, sino también un golpe habilísimo para conquistar a favor suyo todo el terreno perdido por la Francia, en países tan llenos de porvenir como los del Plata.

-Señor Bello, usted sería un embajador peligroso para el general Rosas -dijo Mandeville, que no había perdido una sola palabra de cuantas pronunciara su interlocutor.

-Creo que mi amigo no ha emitido ideas suyas ni tenido tal intención -observó Eduardo, mirando al señor Mandeville, sonriendo y mostrando sus blanquísimos dientes.

-Y tanto no he hablado a mi nombre, que estoy por creer que habré dicho una porción de desatinos al referir de memoria lo que dicen en Montevideo y que suelo leer en los periódicos.

-Señor Bello -dijo el astuto inglés-, ya no agradezco a usted tanto su visita, porque esta noche me quitará usted un par de horas de sueño, haciendo algunos apuntes para mí solo. Y para ir desterrando el sueño, tomaremos un poco de vino -y él mismo sirvió de unas botellas colocadas en una mesa, y los tres, después de tomar un poco de jerez, se pusieron a pasear de

Librodot

uno a otro extremo de la sala, con esa respetuosa familiaridad de los hombres de buen tono que ni se quedan atrás ni van más adelante de lo que es debido.

-Yo acepto el vino, pero no los apuntes -le había contestado Daniel.

-¿Me explica usted eso, mi querido señor Bello?

-Nada más fácil, señor Mandeville: en esta época no pueden hacer apuntes sino los ministros extranjeros. Nadie está libre de un enemigo, de una calumnia ¡qué sé yo! ¡Qué feliz es usted, señor Mandeville! Vivir en esta casa es como estar en Inglaterra.

-Son inmunidades recíprocas. La Legación Argentina es la República Argentina en Londres.

-¿Y sabe usted que me sorprende una cosa, señor Mandeville? -dijo Daniel parando sus pasos y mirando al ministro con una fisonomía la más sorprendida posible.

-¿Qué cosa, señor Bello?

-Que estando en Buenos Aires la Inglaterra, y habiendo tantos que caminarían mil leguas por alejarse del país en estos momentos, no hayan caminado algunas cuadras y llegádose a esta casa.

-¡Ah, sí, pero!...

-Perdóneme usted; no quiero saber nada. Si hay algunos desgraciados cubiertos por la bandera inglesa en esta casa, es un deber y una humanidad de parte de usted, señor Mandeville, y yo no cometería la indiscreción de querer saberlo.

-No hay nadie: doy a usted mi palabra de honor de que no hay nadie refugiado en mi casa. Mi posición es excepcional. Mis instrucciones son terminantes para observar la más completa circunspección. Con la mejor voluntad, yo no podría faltar a mis instrucciones.

-¿Entonces ésta no es más que una casa como otra cualquiera? -le preguntó Eduardo con un tono de impertinencia que Daniel tuvo que barajar volando.

-Todos comprendemos su posición de usted, señor Mandeville. En estos momentos de efervescencia popular, nuestro mismo gobierno no podría hacer efectivas las inmunidades de esta casa; y usted quiere evitar los conflictos diplomáticos que necesariamente tendrían lugar, si el pueblo olvidase los respetos de la Legación.

-Exactamente -contestó Mandeville, con un contentamiento sincero al oír que su mismo interlocutor lo salvaba del embarazo en que lo puso la brusca interrogación de Eduardo-; exactamente, y me he visto en la necesidad, en la dura necesidad, de negar el asilo de mi casa a varios que lo han solicitado, porque ni puedo responderles de su seguridad, ni me es permitido obrar de modo que pueda traer más conflictos a este país, por cuyos habitantes tengo la más profunda simpatía, y con el cual mi gobierno se esmera en mantener las más estrechas relaciones de amistad.

-Me parece, Daniel, que he sentido parar el coche a la puerta, y que ya es tiempo de dejar al señor Mandeville, que querrá salir a sus visitas de costumbre -dijo Eduardo, que tenía punzóes hasta las orejas.

-No hay nada comparable, señor Belgrano, al placer que tengo en estar con ustedes.

-Sin embargo, mi amigo tiene razón, y es preciso que hagamos el sacrificio de separarnos del señor Mandeville y de su exquisito jerez -dijo Daniel, llenando dos copas, presentando una al señor Mandeville y saludándolo al tomar su vino, con una sonrisa la más cortesana de este mundo.

Un minuto después se despedían en la antesala, quedando el señor Mandeville sin saber a qué habían venido aquellos jóvenes, qué eran positivamente, ni qué pensarían de él al retirarse.

Librodot

XV. Míster Slade

A pesar de que el mal humor que dominaba a Eduardo lo había descompuesto a tal punto, que su despedida del caballero Mandeville había sido más bien una impertinencia que un saludo, su oído, sin embargo, no lo había engañado cuando anunció a su amigo la llegada del coche.

En efecto, allí estaba, y dentro de él nuestro don Cándido Rodríguez, que espiró una gran cantidad de aire de su oprimido pecho, al verse de nuevo en compañía de Daniel y Eduardo, cuando el coche partió, volviendo a tomar el mismo camino que había traído, según la instrucción que al subir había dado Daniel a su fiel criado.

Y no bien el carruaje comenzó a balancearse en el maldito empedrado de la calle de la Reconquista, cuando Daniel preguntó a don Cándido:

-¿A cuál de los dos?

-¿Cómo, Daniel?

-¿A Santo Domingo o a San Francisco?

-Antes, es preciso que te imponga de todo, despacio, con pormenores, con...

-Todo lo quiero saber; pero debemos empezar por el fin para dar órdenes al cochero.

-¿Absolutamente lo quieres?

-¡Sí, con mil bombas!

-Pues bien... ¿pero no te enojarás?

-Acaba usted, o lo echamos del coche -dijo Eduardo con una mirada que aterró a don Cándido.

-¡Qué genios, qué genios! Bien, jóvenes fogosos, mi misión diplomática no ha tenido éxito.

-¿Quiere decir -prosiguió Daniel-, que ni en Santo Domingo ni en San Francisco lo admiten?

-En ninguna parte.

Daniel se inclinó, abrió el vidrio delantero, dijo dos palabras a Fermín, y los caballos tomaron un trote más largo, siempre por la calle de la Reconquista en dirección a la plaza.

-Te diré, pues -prosiguió Don Cándido-; hice parar el carruaje en Santo Domingo, bajé, entré, me persigné y caminé por el lóbrego y solitario claustro; me paré, batí las manos, y un lego que encendía un farol vino a mi encuentro. Le interrogué por la salud de todos, y pregunté por el reverendo padre que me habías indicado. Me introdujo a su celda, y luego de los saludos y cumplimientos de costumbre, no pude menos de felicitarlo por aquella vida tranquila, feliz y santa que disfrutaba en aquella mansión de sosiego y de paz; porque habéis de saber vosotros que desde mis primeros años tuve afición, tendencia, vocación al claustro; y cuando hoy me imagino que podía estar tranquilo bajo las bóvedas sagradas de un convento libre de las agitaciones políticas, y con la puerta cerrada desde la oración, no puedo perdonarme mi descuido, mi negligencia, mi abandono. En fin...

-Sí, el fin; siempre el fin es lo mejor, mi querido maestro.

-Decía, pues, que en el acto establecí mis primeras proposiciones.

-En lo que ya hizo usted mal.

-¿Pues no iba a eso?

-Sí; pero nunca se comienza por lo que se quiere obtener.

-Déjale que hable -repuso Eduardo, arrellanándose en un ángulo del coche, como si se tratase de dormir.

-Prosiga usted -dijo Daniel.

-Prosigo. Le dije clara y terminantemente la posición de un sobrino mío, que siendo un excelente federal era perseguido por emulaciones individuales, por envidia, por celos de algunos malos servidores de la causa, que no respetaban como debían la ínclita fama y honra del patriarcal gobierno de nuestro Ilustre Restaurador de las Leyes, y de su respetabilísima

familia. Hice, con elocuencia y entusiasmo, la biografía de todos los miembros de las ilustres familias del Excelentísimo señor gobernador propietario, y de Su Excelencia el señor gobernador delegado; concluyendo que, por honor de estas ilustres ramas del tronco federal, la religión y la política estaban interesadas en evitar que se cometiese una tropelía contra el sobrino de un tío como yo, que había dado clásicas pruebas de valor y perseverancia federal; y que, por no distraer la atención de los señores gobernadores y demás altos y conspicuos personajes, ocupados actualmente en la independencia de la América, pedía al convento de Santo Domingo asilo, protección y albergue para mi inocente sobrino, ofreciendo donar para limosnas una suma crecida, en oro o en papel moneda, según lo que dispusieran los reverendos padres. Tal fue, en muy ligero extracto, el discurso con que abrí mi conferencia. Pero, y contra todas mis previsiones y perspicacia, el reverendo padre me dijo:

-Señor, yo quisiera poder ser útil a usted, pero no podemos mezclarnos en los asuntos políticos y algo ha de haber cuando persiguen a su sobrino de usted.

-Protesto una, dos y tres veces -le respondí-, contra todo lo que pueda decirse de mi inocente sobrino.

-No importa -replicó-. Nosotros no podemos comprometernos con el señor don Juan Manuel; y lo único que podemos hacer es rogar a Dios porque proteja la inocencia de su sobrino de usted, si en verdad es inocente.

-Amén -dijo Eduardo.

-Así contesté yo también -prosiguió don Cándido-, levantándome y pidiéndole mil perdones por el tiempo que le había robado a su paternidad. Y paso ahora a mi conferencia en San Francisco.

-No, no, no; basta de frailes, por amor de Dios; y basta de todo, y basta de la vida, porque esto no es vida, sino un infierno -exclamó Eduardo, pegándose una recia palmada en la frente.

-Todo esto, mi querido amigo -repuso Daniel-, no es sino un acto, una escena del drama de la vida, de esta vida nuestra y de nuestra época, que es un drama especial en este mundo. Pero sólo los corazones débiles se dejan dominar por la desesperación en los trances difíciles de la suerte. Acuérdate que éstas son las últimas palabras de Amalia. Ella es mujer, y ¡vive Dios, que tiene más serenidad que tú!

-Serenidad para morir es lo de menos. Pero esto es peor que la muerte, porque es la humillación. Desde ayer no se hace otra cosa que echárseme de todas partes. Mis criados me huyen; mis pocos parientes me desconocen; el extranjero, y hasta la casa de Dios, me cierran sus puertas, y esto es cien veces, un millón de veces peor que una puñalada.

-Pero tienes una mujer, como ninguna, un hombre, como nadie. Todavía el amor y la amistad velan por ti, y no todos cuentan con esto en Buenos Aires. Hace tres días que no tienes casa, ni tienes nada. Te han roto, saqueado y confiscado cuanto tienes, según ellos. Y sin embargo he conseguido salvarte más de un millón de pesos. Y con una novia linda como el sol, con un amigo como yo, y con una buena fortuna, no hay todavía motivos para quejarse tanto de la suerte.

-Pero ando como un mendigo.

-Dejemos de hablar tonterías, Eduardo.

-¿A dónde vamos, Daniel -observó don Cándido-, que veo que nos acercamos al Retiro?

-Justamente, mi querido maestro.

-¡Pero estás en tu juicio!

-Sí, señor.

-¿No sabes que en el Retiro está el regimiento del general Rolón y parte de la fuerza de Maza?

-Ya lo sé.

-¿Y entonces? ¿Quieres que nos prendan?

-Como usted quiera.

Librodot

-Daniel, lo que yo quiero es que no nos sacrifiquemos tan pronto. ¡Quién sabe qué días felices nos esperan en el porvenir! Volvámonos, hijo, volvámonos. Mira que ya nos acercamos al cuartel. Volvámonos.

Daniel volvió a sacar la cabeza por el vidrio delantero, dijo unas palabras a Fermín, y el coche dobló a la derecha, y en dos minutos estuvo a la puerta de la hermosa casa del señor Laprida, donde habitaba el cónsul de los Estados Unidos, el señor Slade. El gran portón de hierro estaba cerrado, y en el edificio, como a cien pasos de la verja, apenas se percibía una luz en las habitaciones del primer piso.

Daniel dio dos fuertes golpes con el llamador; espero un rato, pero en vano.

-Vamos, Daniel -decía don Cándido a cada momento, sin bajar del coche, y sin quitar los ojos de los cuarteles, que a esas horas, cerca de las diez de la noche, estaban en el más profundo silencio.

Daniel volvió a llamar más fuerte aún, y al poco rato se vio venir, paso a paso, a un individuo hacia la puerta. Se acercó, miró con mucha flema y luego preguntó en inglés:

-¿Qué hay?

Con el mismo laconismo le contestó Daniel:

-¿Míster Slade?

El criado, entonces, sacó una llave del bolsillo y abrió la gran puerta, sin decir una palabra.

Don Cándido bajó inmediatamente, y colocándose entre Daniel y Eduardo, siguió con ellos los pasos del sirviente.

Este los introdujo a una pequeña antesala donde les hizo señas de esperar, y pasó a otra habitación.

Dos minutos después volvió, y empleando el mismo lenguaje de las señas, los hizo entrar.

El salón no tenía más luz que la que despedían dos velas de sebo.

El señor Slade estaba acostado en un sofá de cerda, en mangas de camisa, sin chaleco, sin corbata, y sin botas; y en una silla, al lado del sofá, había una botella de coñac, otra de agua y un vaso.

Daniel no conocía sino de vista al cónsul de los Estados Unidos. Pero conocía muy bien a su nación.

El señor Slade se sentó con mucha flema, dio las buenas noches, hizo seña al criado de poner sillas y se puso las botas y la levita, como si estuviera solo en su aposento.

-Nuestra visita no será larga, ciudadano Slade -le dijo Daniel, en inglés.

-¿Ustedes son argentinos? -preguntó el cónsul, hombre como de cincuenta años de edad, alto, de una fisonomía abierta y llana y de un tipo más bien ordinario que distinguido.

-Sí, señor, los tres -contestó Daniel.

-Bueno. Yo quiero mucho a los argentinos -e hizo señas a su criado de servirles coñac.

-Lo creo bien, señor, y vengo a dar a usted una ocasión de manifestarnos sus simpatías.

-Ya lo sé.

-¿Sabe usted a lo que venía, señor Slade?

-Sí. Ustedes vienen a refugiarse en la Legación de los Estados Unidos, ¿no es eso?

Daniel se encontró perplejo ante aquella extraña franqueza; pero comprendió que debía marchar en el mismo camino que se le abría, y contestó muy tranquilamente, después de tomarse medio vaso de agua con coñac:

-Sí, a eso venimos.

-Bueno. Ya están ustedes aquí.

-Pero el señor Slade no sabe aún nuestros nombres -repuso Eduardo.

-¿Qué me importan vuestros nombres? Aquí está la bandera de los Estados Unidos y aquí se protege a todos los hombres, como quiera que se llamen -contestó el cónsul, volviéndose a acostar muy familiarmente en el sofá, sin incomodarse, cuando Daniel se levantó y tomando y apretando fuertemente su mano, le dijo:

Librodot

-Es usted el tipo más perfecto de la nación más libre y más democrática del siglo XIX.

-Y más fuerte -dijo Slade.

-Sí, y la más fuerte -agregó Eduardo-, porque no puede dejar de serlo con ciudadanos como los que tiene -y el joven tuvo que irse al balcón que daba al río, para no hacer notable a los demás la expresión de su sensibilidad y su dolor comprimidos, que brotó súbitamente de sus ojos.

-Bien, míster Slade -continuó Daniel-, no somos los tres los que veníamos a pedir asilo, sino únicamente aquel caballero que se ha levantado, y que es uno de los jóvenes más distinguidos de nuestro país, y que se ve actualmente perseguido. No sé si yo también tendré que buscar más tarde esta protección, pero por ahora sólo la buscábamos para el señor Belgrano, sobrino de uno de los primeros hombres de la guerra de nuestra independencia.

-¡Ah, bueno! Aquí están los Estados Unidos.

-¿Y no se atreverían a entrar aquí? -preguntó don Cándido.

-¿Quién? -y al hacer esta interrogación, el señor Slade frunció las cejas, miró a don Cándido, y luego se rió-. Yo soy muy amigo del general Rosas -continuó-. Si él me pregunta quiénes están aquí, yo se lo diré. Pero si manda sacarlos por fuerza, yo tengo aquello -y señaló una mesa donde había un rifle, dos pistolas de tiro y un gran cuchillo-, y allí tengo la bandera de los Estados Unidos -levantó su mano señalando el techo de la casa.

-Y a mí para ayudarle a usted -dijo Eduardo, que volvía de la ventana.

-Bueno, gracias. Con usted son veinte.

-¿Tiene usted veinte hombres en su casa?

-Sí, veinte refugiados.

-¿Aquí?

-Sí, en las otras piezas y en el piso de arriba, y me han hablado por más de cien.

-¡Ah!

-Que vengan todos. Yo no tengo camas ni con qué mantener a tanta gente. Pero aquí está la casa y la bandera de los Estados Unidos.

-Bien, nada, nada nos faltará. Nos basta sólo la protección de usted, noble, franco y leal descendiente de Washington, porque yo también aquí me quedo -dijo don Cándido alzando su cabeza y dando con el bastón en el suelo, y con tal seriedad y decisión, que Daniel y Eduardo se miraron y no pudieron contener una carcajada, lo que obligó a Daniel a dirigirse en inglés al señor Slade para darle una idea de la persona y del carácter de su maestro. Y esta ligera relación llevó de tal modo el buen humor al espíritu del sencillo Slade, que no pudo menos de echar él mismo un poco de coñac y beber con don Cándido, diciéndole:

-Desde hoy está usted bajo la protección de los Estados Unidos, y si lo matan a usted, he de hacer que arda Buenos Aires.

-Yo no acepto esa hipótesis, señor cónsul; y preferiría que Buenos Aires ardiese primero, no que primero me matasen y después ardiese.

-Vamos -dijo Daniel-, todo esto no es sino broma, mi querido señor don Cándido: usted tiene que volverse conmigo.

-No, no iré, ni tienes ya derecho ninguno sobre mí, pues estoy en territorio extraño. Aquí pasaré mi vida, cuidando de la importante salud de este hombre benemérito, y a quien amo ya entrañablemente.

-No, señor don Cándido, vaya usted con Daniel -repuso Eduardo-, recuerde usted que tiene que hacer mañana.

-Es inútil, no me voy. Y desde este momento quedan cortadas todas nuestras relaciones.

Daniel se levantó, y llamando aparte a don Cándido, tuvo con él un diálogo vivísimo, para reducirlo a volver al coche. Pero todo habría sido inútil si el joven no hubiese mezclado a las amenazas la promesa de dejarlo en completa libertad para volver a los Estados Unidos tan pronto como le hiciese conocer algo que necesitaba saber de casa del gobernador delegado.

-Por último -decía don Cándido, al terminar sus condiciones-, será condición expresa que dormiré esta noche en tu casa, y mañana, si mañana mismo no me vengo a esta hospitalaria y garantida mansión.

-Convenido.

-Señor cónsul -prosiguió don Cándido, volviéndose a míster Slade- no puedo tener desde esta noche el honor, el placer, la satisfacción de ver sobre mi cabeza el ínclito pabellón norteamericano. Pero voy a hacer cuanto de mí dependa por estar aquí mañana.

-Bueno -contestó Slade. Yo no lo he de entregar a usted sino muerto.

-¡Qué demonio de franqueza tiene este hombre! -dijo don Cándido, mirando a Eduardo.

-Vamos, amigo mío -dijo Daniel.

Míster Slade se levantó con pereza, se despidió en inglés de Daniel, y dándole un abrazo a don Cándido, le dijo:

-Si no nos vemos más, espero que nos conoceremos en la otra vida.

-¿Sí? Pues no me voy, señor cónsul -y don Cándido hizo un movimiento para volverse a sentar.

-Son bromas, mi querido maestro -repuso Eduardo.

-Vamos, vamos que es tarde.

-Sí, pero son bromas que...

-Vamos. Hasta mañana, Eduardo.

Y los dos jóvenes se dijeron elocuentes discursos en el largo y estrecho abrazo que se dieron.

-Para ella -fue la última palabra de Eduardo al oprimir a su amigo y separarse de él.

El mismo criado que los había introducido, los condujo hasta la puerta de la calle; y al abrirla le preguntó don Cándido:

-¿Y siempre está cerrada esta puerta de calle?

-Sí -le contestó el criado.

-¿Y no sería mejor tenerla abierta?

-No.

-¡Qué demonio de laconismo! Conózcame usted bien, amigo mío, ¿me conocerá usted para otra vez?

-Sí.

-Vamos, señor don Cándido -dijo Daniel subiendo al coche.

-Vamos. Buenas noches, honrado criado del más ilustre de los cónsules.

-Buenas noches -contestó el criado, y cerró el portón.

Librodot

XVI. De cómo don Cándido Rodríguez era pariente de Cuitiño

A las ocho de la mañana de uno de los últimos días de septiembre, el maestro de primeras letras de Daniel sorbía a grandes tragos espumoso e hirviente chocolate en una enorme taza de porcelana, mientras que su discípulo arreglaba, doblaba y sellaba papeles, teniendo ambos en sus rostros las señales de haberse pasado en vela toda la noche.

-Daniel, hijo, ¿no sería bueno que nos recostásemos un rato, un momento, algún tiempo?

-Ahora no, señor: más tarde. Todavía necesito de usted un momento.

-Pero que sea el último, Daniel; porque decididamente hoy me voy a los Estados Unidos. Sabes que hace cinco días que le he dado mi palabra a ese honrado y benemérito cónsul, de pasar a residir en su territorio.

-Es porque no sabe usted lo que hay -dijo Daniel, sellando un paquete.

-¿Lo que hay?

-O lo que puede haber en el territorio.

-No, a mí no me engañas. Todavía anoche, mientras escribía, he leído cinco tratados de derecho de gentes, y dos manuales diplomáticos, en los capítulos que tratan de las inmunidades de los agentes públicos y las casas de su residencia. Y sabes, Daniel, que hasta los coches son inviolables, de lo que he deducido que podré pasear, seguro, en el coche del benemérito cónsul, sin temor, sin zozobra, sin peligro, sin...

-Vamos a ver, mi querido maestro. Oiga usted bien lo que yo leo, y lea usted bien el original que me ha traído -y Daniel dio un papel a don Cándido y tomó otro.

-Este es el mío -dijo don Cándido.

-O más bien, el de don Felipe.

-¡Pues! Pero pertenece a mi secretaría privada.

-Vamos a ver -dijo Daniel, y leyó como sigue:

"Individuos que han entrado a la cárcel desde el día 15 del presente mes de septiembre

"Día 15. Eustaquio Díaz Vélez, remitido por la policía.

"Día 17. Pedro Longinoti, remitido por la policía.

"Día 17. Lucas González, se ignora por quién.

(Se entregó a las doce y media de la noche del día 18 a don Nicolás Mariño, por orden verbal, y fue fusilado en su cuartel.)"

Al acabar estas palabras de la copia del diario que leía, Daniel sacudió su cabeza y llevó su mano derecha a los ojos, permaneciendo así largo rato.

-¡Ah, Daniel, hasta el mismo don Felipe ha llorado al saber esta sensible pérdida!

-Al saber este horrendo asesinato, diga usted.., pero sigamos.

Día 18. Ramón Carmona, por la policía.

Día 19. José María Canaveri, por la policía.

Día 19. Ventura Ocampo, por la policía.

Día 21. Ezequiel Serna, por la policía.

Día 22. Luis Fernando Otero, por la policía.

Día 22. José Rico, por la policía.

Día 22. Bernardo Testas, por la policía.

Día 22. Gregorio Collazo, por la policía.

Día 22. Luciano Lizarreaga, por la policía.

Día 22. Juan Manuel Chaves, por la policía.

Día 22. Santiago Fleisa, por la policía.

Día 22. Bonifacio Aráoz, por la policía.

Día 22. Mateo Vidal, por la policía.

Día 22. Bernabé Márquez, por la policía.

Día 22. Miguel Rodríguez Machado, por la policía.

Día 22. Antonio Saldarriaga, por la policía.

Día 22. Alejo Menchecha, por la policía.

Día 23. Pedro Paulino Gaete, por la policía.

Día 23. Ventura Buteler, por la policía.

Día 23. Juan Lucas Thebes, por la policía.

Día 23. Francisco Rodríguez, remitido por la policía y preso por el presidente de la Sociedad Popular Restauradora a la disposición del superior Gobierno.

Día 23. Demetrio Villarino, policía, etcétera, preso por el presidente de los serenos.

Día 24. Segundo Benavente, por la policía.

Día 26. Ignacio Fuentes, por la policía.

Día 26. Sandalio González, por la policía.

Día 26. Francisco Aráoz, por la policía."

-Veamos los muertos -dijo Daniel, doblando el papel que había leído y tomando otro.

-Detente, espera, mi querido y estimado Daniel; dejemos a los muertos en paz.

-No, es la suma lo que quiero ver.

-La suma está aquí, Daniel, son cincuenta y ocho, en veintidós días.

-Eso es; cincuenta y ocho en veintidós días.

Y Daniel dobló estos papeles como los anteriores, y les puso su sello.

-Mira que se te quedan las marchas del ejército en Santa Fe.

-Hago esto de ellas, mi querido maestro -y Daniel acercó el papel a la vela y lo quemó; y en seguida guardó todos los paquetes en un secreto del escritorio.

Luego tomó la pluma y escribió:

"Mi querido Eduardo: He estado ayer con Amalia desde la oración hasta las once de la noche; y está enferma. La sorpresa de nuestra visita antenoche, y la ansiedad con que quedó al retirarnos le han hecho mal. Y cuando yo mismo he reflexionado sobre mi condescendencia contigo, te confieso que me he criticado a mí mismo.

"La Mazorca continúa ensangrentándose. La cárcel, los cuarteles y el campamento son teatros de muerte que se agrandan por momentos; y tengo motivos para creer que todo esto no son sino preparativos de los crímenes en escala mayor que se preparan para octubre.

"Todos hablan de esa casa, y se susurra que la atacarán. No creo, pero es necesario ponerse en todos los casos. Esta novedad ha llegado hasta oídos de Amalia. Quería, absolutamente, que tuviese lugar el matrimonio el primero de octubre, ya que tienes la resolución de no dejar el país hasta conquistar esa felicidad que tanto anhelas. Pero yo le he hecho ver que míster Douglas no puede estar aquí hasta el día 5, y ha tenido que resignarse a esperar.

"Todo está concluido, mi querido amigo. Yo esperaré sin embargo, y entonces te llevaré a tu Amalia como hemos convenido.

"He hecho ya todos mis arreglos, y espero a mi buen padre por momentos.

"No iré a verte hasta pasado mañana.

"Esta carta te la conduce nuestro querido maestro, que va determinado a no moverse de ahí; déjalo a tu lado.

Te abraza. - Daniel.

-Se ha dormido usted, señor don Cándido -dijo el joven cerrando la carta que se acaba de leer. -No; pensaba, mi querido Daniel.

-¡Ah, pensaba usted!

-Pensaba que si la señora madre de nuestro señor gobernador propietario no se hubiese casado con su digno esposo, es muy probable que no hubiese tenido a su ilustre hijo, y que hoy no estaríamos pagando el amor conyugal de aquella mal embarazada señora.

-Amigo mío, juro a usted que no se me había ocurrido tal razonamiento -repuso Daniel, poniendo su sello en la carta y dándosela a su maestro.

-Esta carta no tiene sobre, Daniel.

-No importa. Esa carta es para Eduardo, guárdela usted bien.

-¿La llevo ahora mismo?

-Cuando usted quiera. Pero va usted a ir en mi coche, y todavía no está pronto.

-¡Ah, bien, bien pensado!

Daniel iba a tocar un timbre, cuando llamaron a la puerta de calle, y al momento se presentó un criado, diciendo con una voz muy poco tranquila:

-El comandante Cuitiño.

Don Cándido se echó para atrás en el sillón y cerró los ojos.

-Que entre -dijo Daniel-. Serenidad, mi querido maestro -prosiguió-, esto no es nada.

-Ya estoy muerto, Daniel -respondió don Cándido sin abrir los ojos.

-Adelante, mi comandante -dijo Daniel,levantándose y recibiendo a Cuitiño, mientras don Cándido, al sentirlo en el escritorio, por una reacción puramente mecánica, se paró, abrió sus labios con una sonrisa convulsiva, y extendió sus dos manos, para tomar las de Cuitiño que se sentó en el ángulo de la mesa en que maestro y discípulo habían pasado largas horas.

-¿A qué hora recibió mi recado, comandante?

-Hará dos horas, señor Don Daniel.

-¿Y qué, está enfermo, que ha tardado tanto?

-No, señor, estaba en comisión.

-¡Ah, ya yo decía! ¡Cuando se trata del servicio de la causa; ojalá todos fuesen como usted! Y eso mismo le decía ayer al presidente; porque, si hemos de andar paso a paso, como el jefe de policía, es mejor que lo digamos claro, y no andemos engañando al Restaurador. Por mi parte, comandante, yo ya ni sé lo que es dormir. Toda la noche me he pasado con este hombre cerrando Gacetas para mandar a todas partes el entusiasmo de los federales. Y hace poco el señor -y Daniel señalaba a don Cándido, quien, poco a poco, iba volviendo en sí al saber que Cuitiño había venido por llamado de Daniel-, me observaba una cosa en que ya ha de haber usted caído, comandante.

-¿Qué cosa, don Daniel?

-Que vea si la Gaceta dice una palabra de usted, ni de los federales que exponen su vida a todas horas, por sostener la causa.

-¡Conque ni ponen los partes siquiera!

-¿A quién los dirige, comandante?

-Ahora los dirijo a la policía, desde que el Restaurador está en el campamento. Demasiado que me fijo, señor don Daniel, y este hombre tiene mucha razón.

-Oh, señor comandante -dijo don Cándido- ¿quién no ha de extrañar el silencio que se guarda con un hombre de los antecedentes de usted?

-Y que no son de ahora.

-¡Por supuesto que no son de ahora! -repuso don Cándido-. Desde antes de nacer ya era usted acreedor al aprecio del público, porque el señor Cuitiño, padre de usted, pertenece a uno de los troncos más antiguos de nuestras respetables familias. Uno de los ilustres tíos de usted, mi benemérito señor comandante, fue casado, según lo he oído a mis mayores, con una de las primas de mi señora madre; por lo cual siempre he tenido por usted simpatías de pariente, a la vez que nos ligan los estrechos y federales lazos de nuestra causa común.

-¿Entonces usted es mi pariente? -le preguntó Cuitiño.

-Pariente y muy cercano -le respondió don Cándido-. Una misma sangre corre por nuestras venas, y nos debemos cariño, estimación y protección recíproca, por la conservación de nuestra sangre.

-Vaya, pues, si en algo puedo servirlo.

-¿Conque, comandante -dijo Daniel, interrumpiéndolo para que don Cándido no acabara por revelarse más-, conque ni los partes les publican?

-No, señor. Ahora mismo acabo de pasar el parte sobre el salvaje unitario Salces, y no lo han de publicar.

-¿Salces?

-Sí, pues; el viejo Salces. Ahora mismo lo acabamos de degollar.

Don Cándido cerró los ojos.

-Estaba en la cama -continuó Cuitiño-, pero de allí no más lo sacamos, y lo degollamos en la calle. El otro día pasé el parte, también, cuando degollamos al tucumano Lamadrid. El jueves pasado, degollamos a Sañudo, y a siete más, y tampoco han publicado esos partes. Por lo que hace a mí, tiene razón mi primo..., ¿cómo se llama?

-Cándido -contestó Daniel, viendo que el dueño de ese nombre no parecía estar dueño de su vida.

-Pues decía que tiene razón mi primo Cándido; y que ahora cuando empiece la cosa en grande, no voy a dar cuenta a nadie.

-¡Y qué! ¿Recién está por empezar? -preguntó don Cándido con una voz que parecía salida, no de un pecho, sino de un sepulcro.

-Sí, pues. Ahora va a empezar lo bueno. Ya tenemos la orden.

-¿Directamente la ha recibido, comandante?

-Sí, señor don Daniel. Yo ya no me entiendo sino con el Restaurador. No quiero saber nada con doña María Josefa.

-¡Mire que lo ha molido!

-Ahora se ha agarrado con Gaetán y Badía y Troncoso; y siempre dale con Barracas; y siempre con aquel salvaje que se escapó, como si ya no estuviera con Lavalle.

-¡Conque hasta a mí me aborrece esa señora!

-No, de usted no me ha hablado nada. Es a su prima a la que no quiere.

-Yo le he de contar algún día por qué, comandante.

-Hoy estaba encerrada con Troncoso y una negrita de por ahí por la quinta.

-¡Mientras usted, comandante, se ocupa de los verdaderos servicios a la Federación, vea de lo que se ocupa doña María Josefa!

-¡Pues haciendo espiar mujeres!

-Por supuesto. La negrita ha de ser espía. ¿Qué quiere tomar, comandante?

-Nada, don Daniel, acabo de almorzar.

-¿Y no ha oído nada?

-¿De qué?

-¿Todavía no ha recibido cierta orden?

-No sé, pues.

-Por el Retiro.

-¿Por el Retiro?

-Sí, pues, la casa grande.

-¿La del cónsul?

-Sí.

-¡Ah, no! Orden, no, pero ya sabemos.

-¡Así!

Y Daniel juntó todos los dedos de su mano derecha y los alzó a la altura de los ojos de Cuitiño; mientras que a don Cándido se le erizaron los cabellos, y los ojos se le saltaban de las órbitas, creyendo ver en Daniel al mismo Judas.

-Ya sé -contestó Cuitiño.

-¿Pero no hay orden?

-No.

-Mejor, comandante.

-¿Cómo, mejor?

-Sí, yo sé lo que le digo, y para eso lo he llamado. Su primo es de confianza y está en todos estos secretos.

-¿Y qué hay, pues?

-Que no conviene todavía.

-¡Ah!

-Todavía hay pocos. Pero luego que empiece la buena, se ha de llenar la casa. Y allá para el 8 o el 9..., ¿me entiende?

-Sí, don Daniel -contestó Cuitiño, radiante de una feroz alegría al comprender a Daniel.

-¡Pues! Juntitos.

Don Cándido pensaba si estaría loco, pues no podía creer lo que estaba oyendo.

-¡Cabal! -contestó Cuitiño-, eso sería lo mejor. Pero falta la orden, don Daniel.

-¡Ah, sí, sin la orden, Dios nos libre! Pero yo ando en eso.

-Y Santa Coloma.

-Ya sé.

-Le tiene muchas ganas al gringo.

-Ya sé, comandante.

-Tuvo no sé qué pelotera con él.

-Sí, pues. De manera que, si yo consigo la orden, ¿ya sabe?

-Con toda mi partida, don Daniel.

-Y si Santa Coloma la consigue, ¿usted me lo avisa?

-¿Cómo no?

-Porque hay esto: es necesario que yo vaya, para evitar que, en medio del entusiasmo federal, vayan a tocar los papeles del consulado.

-¡Ah!

-Porque entonces sí, el Restaurador se enojaría, por los compromisos que eso traería al país, ¿entiende?

-Sí, don Daniel.

-Pero, aunque Santa Coloma reciba la orden, yo soy de opinión que esperemos a que haya más; allá para el 8 o el 9.

-Cabal, que es mejor.

-¡Qué golpe, comandante!

-Todos lo estamos deseando.

-¿De manera que todos lo saben?

-Todos; pero mientras no haya orden, no nos atrevemos a nada.

-Hacen bien, eso es ser federal.

-Pero, ¿sabe lo que hemos pensado?

-Diga, comandante.

-Vamos a poner emboscadas alrededor de la casa desde esta noche.

-Bien pensado; pero tengan cuidado de una cosa.

-¿Qué?

-No vayan a parar ningún coche. Paren no más que a los que vayan a pie.

-¿Y por qué no a los coches?

-Porque pueden ser los del cónsul, y a éstos no se pueden tocar.

-¿Y por qué?

-Porque son de él, y todo lo del cónsul está bajo la protección del Restaurador.

-¡Ah!

-De manera que tocar al coche, es como tocar al cónsul.

-Yo no sabía.

-¿Ve? Si siempre es bueno conversar. ¡Vea el disgusto que tendría el Restaurador, si hiciéramos una barbaridad que lo comprometiese en nuestras guerras!

-Ahora mismo voy a avisárselo a los compañeros.

-Sí, no pierda tiempo; estas cosas son muy delicadas.

-Por supuesto.

-Así es que, nada sin orden.

-Dios nos libre, señor don Daniel.

-Y en cuanto haya la orden, haremos por esperar a que se junten más.

-Eso es.

-Entonces, quedamos entendidos, comandante.

-Bueno, don Daniel. Y yo me voy, no sea que vayan a atajar algún coche.

-Sí, véalos a todos.

-Conque, Cándido, si en algo puedo servirte, ya sabes que soy tu primo.

-Gracias, mi querido y estimado primo -contestó don Cándido, más muerto que vivo, levantándose y tomando la mano que le estiraba Cuitiño.

-¿Dónde vives?

-Hombre, yo vivo... yo vivo aquí.

-Bueno, te he de venir a ver.

-Gracias, gracias.

-Adiós, pues.

Y Cuitiño salió con Daniel, quien, al despedirlo en la sala metió la mano al bolsillo, y le dijo:

-Comandante, esto es para usted, son cinco mil pesos que me ha mandado mi padre, con orden de repartirlos entre los federales pobres, y yo le pido a usted que lo haga por mí.

-Vengan, don Daniel. ¿Y cuándo viene el señor don Antonio?

-Lo espero de un momento a otro.

-Mándeme avisar en cuanto llegue.

-Así lo haré, comandante; vaya con Dios y sirva a la causa.

Y Daniel volvió a su escritorio, tomó papel y se puso a escribir, sin reparar en don Cándido, que lo miraba de hito en hito, con unos ojos en que el enojo hacía cierta mezcolanza con la estupefacción, y trazó estas líneas:

"Eduardo: sé positivamente que todo lo que corre sobre asalto a la casa de Slade, no son sino palabras, pues no hay orden ninguna a este respecto. Pero es necesario que el cónsul haga avisar a los que han solicitado asilo, que por ningún motivo vayan a pie, porque la casa va a estar vigilada; pero que pueden ir en coche, sin inconveniente alguno; siendo mucho mejor que vayan en el mismo coche del señor Slade.

Adiós."

-Ahora, mi querido maestro, en vez de una carta, son dos.

Y Daniel alzó su mano para darte el billete.

Pero aquél le contestó:

-No, ¿o acaso quieres envolverme en tu negra traición?

-¡Adiós mi plata! ¿Ha perdido usted el juicio, mi respetable primo de Cuitiño?

-Primo del gran demonio deberá ser ese facineroso.

-¡Pero usted se lo ha dicho!

-¡Qué sé yo lo que digo; si yo creo que estoy loco, en ese laberinto en que me encuentro, rodeado del crimen, de la traición, de la falsía! ¿Quién eres, di? Define tu posición. ¿Cómo hablas en mi presencia de atacar la casa donde voy a asilarme, donde está ese joven a quien llamas tu amigo, donde...

-¡Por amor de Dios, señor don Cándido, que todo tenga que explicárselo a usted!

-¿Pero qué explicación cabe en lo que yo mismo he oído?

-Esto -dijo Daniel, abriendo el último billete que no había lacrado, y dándoselo a don Cándido, cuya cara y cuyos ojos asustaban, realmente.

-¡Ah! -exclamó después de leerlo dos veces.

-Esto, señor don Cándido, es trabajar sobre el trabajo ajeno, es envolver a los hombres en sus propias redes, es hacerles perder dentro sus propios planes, es hacerse servir de sus propios enemigos, es, en fin, la ciencia toda de Richelieu, aplicada a pequeñísimas cosas, porque no hay Rochelas ni Inglaterra entre nosotros, que si las hubiera, también la aplicaría. Ahora vaya usted y repose tranquilo en el territorio norteamericano.

-Ven a mis brazos, joven admirable, que me has hecho pasar el más cruel momento de mi vida.

-Venga el abrazo, y váyase usted en mi coche, ilustre primo de Cuitiño.

-No me insultes, Daniel.

-Bueno, hasta mañana; no, hasta pasado mañana. El coche está en la puerta.

-Adiós, Daniel.

Y el pobre don Cándido volvió a abrazar a su discípulo, que media hora después trataba de dormir, mientras don Cándido se paseaba, con la cabeza erguida, en el territorio de los Estados Unidos, como él decía, en tanto que Eduardo leía las cartas de su amigo.

XVII. El reloj del alma

El lector tendrá a bien recordar ahora aquel lindísimo día, 5 de octubre, en que dejamos a Amalia arrodillada, conversando con Dios, después de haberla visto entre sus riquísimos trajes, tratando de elegir el que debía ponerse esa noche, en que iba a dar su mano al bien amado de su corazón. Y es en la noche de ese día que volvemos a Barracas, después de tener conocimiento de los sucesos descriptos en los capítulos anteriores.

Pero antes, nos fijaremos en un coche que para a la puerta de una casa de pobre apariencia en la calle de Corrientes, y de donde sale, al momento, un sacerdote anciano que sube al carruaje y saluda a dos individuos que parecían esperarlo en él. Los caballos partieron en el acto, doblaron por la calle de Suipacha, en dirección al sur, y al cortar la calle de la Federación, el cochero tuvo que sofrenarlos para no atropellar a tres jinetes que venían de la parte del campo, sus caballos sin herrar, y con la apariencia de haber galopado buenas leguas. Uno de los caballeros parecía de alguna edad, y ser el jefe o el patrón de los otros, por la distancia respetuosa que guardaban de él, y por el lujo gaucho de su caballo.

Acababan de dar las ocho.

La calle Larga de Barracas era un desierto.

La mirada se sumergía en ella, y no hallaba un ser viviente, ni una luz, ni un indicio de vida, ni se percibía otro ruido que el de la brisa entre las hojas de los árboles. Parecía uno de esos parajes que escogen los espíritus de otro mundo para bajar al nuestro, envueltos en sus chales de sombra; y donde corren, se deslizan, se chocan, ríen, lloran, cantan, tocan en los cristales y se dilatan y se escurren, y sin forma ni color, rozan la frente, revuelven los caballos, y con su soplo volcanizan la imaginación y se escapan; lugares rodeados de soledad y de misterio, en que el alma se sobrecoge y reconcentra, y un no sé qué de vago la oprime, imprimiéndose en el aire y en la sombra las mismas fantasías de la mente; espíritus que se ven; almas que corren, se alejan y se acercan; fantasmas que se levantan como la espiral del humo, y se rarifican en el vacío, como la bruma, como el aire mismo; luces que, súbitas, se inflaman y se apagan; risas, gemidos, que el aire trae y cuyo eco cree conocer el alma, y más se sobrecoge, y más la oprime algo que no es propiamente el miedo vulgar, sino una especie de sueño en la vigilia, con algo que se acerca más a la muerte que a la vida, más a la oscura eternidad con sus arcanos, que al presente con sus peligros reales; ilusión del alma, y no de los sentidos; percepciones de la imaginación, en ciertos parajes, en horas especiales, y en circunstancias dadas...

Pero en medio de aquella soledad, había una animación escondida, y entre esas tinieblas, un torrente de luz, oculto por los muros de la quinta de Amalia.

En el salón, los rayos de cincuenta luces reflejaban en los espejos, en los bruñidos muebles, y en el cristal de los jarrones, que rebosaban flores, y en cuyas labores, a los rayos de la luz y la sombra de las flores, se descubría el brillo azul del diamante, la luz enrojecida del rubí, los desmayos del zafiro, la esplendidez de la esmeralda, y las coqueterías del ópalo.

El gabinete y el tocador estaban iluminados del mismo modo; y sólo el dormitorio de aquella solitaria beldad no tenía más luz que la de una pequeña lámpara de bronce velada por un globo de alabastro; porque el amor huye del ruido y de la luz. Hijo de los misterios de Dios, vaciados en el molde del corazón humano, busca también el secreto y el misterio en la tierra. La tarde en el mar y el rayo de la luna al través de las hojas de los árboles son los modelos de silencio y de luz que la adivinación del sentimiento, más que el arte, sabe imitar para esconder al amor cuando es esperado por los que arden en su celeste llama; y la alcoba de Amalia lo esperaba como el crepúsculo en el mar tranquilo, como la luna entre el bosque, como el corazón en el misterioso seno de la mujer.

Pero como un contraste de la melancólica claridad del aposento, la belleza de Amalia, entre el torrente de luz de su tocador, resplandecía como la Vespertina entre el millón de estrellas de la noche.

Librodot

Radiante de hermosura, de juventud y de salud, tipo perfecto del gusto y de la elegancia, acababa sus últimos adornos, de pie en medio de sus magníficos espejos.

Había algo en aquella mujer que remontaba la imaginación en el ala misteriosa de las edades, y la transportaba a las criaturas de Israel. Y aquí un perfil de María, la hermana de Moisés; allí el ojo y la mirada de la tímida Ruth; allá el talle y las formas de la gentil Rahab; el cuello y la piel trasparente de Abigaíl; las cejas como el arco del amor y los cabellos como el manto de la noche, que daban sombra al rostro y a la espalda de Bethsabé; la gentileza y el lujo de la reina de Saba; y la noble frente de la esposa de Abraham. Y en medio a este conjunto de bellezas, trasparente en el rostro la lágrima del alma, como Sara, la bellísima esposa de Tobías.

Luisa la contemplaba como enajenada.

Vestía un traje de gro color lila claro, con dos anchos y blanquísimos encajes, recogidos por ramos de pequeñas rosas blancas con tal arte trabajadas que rivalizaban con las más frescas y lozanas de la Naturaleza. Su cuello no tenía más adorno que un hilo de perlas que se perdía entre los encajes del seno mal velado y suspendía un medallón con el retrato de su madre. Sus cabellos rodeaban, en una doble trenza, la parte posterior de su cabeza; y de allí, hasta cerca de las sienes, se abrían en rizos que besaban los hombros; y unas bandas de encaje de Inglaterra caían hacia la espalda, sostenidas por la rosa blanca que ella misma había elegido esa mañana. Un chal del mismo encaje, cuyas bandas caían como una tenue neblina sobre sus hombros, rebelde a su objeto, descubriendo el seno y la espalda que quería ocultar. Y la única alhaja que, a ruegos de Luisa, se había decidido a ponerse, era, en su brazo derecho, un brazalete de perlas con un broche de zafiros.

No era tal o cual cosa, era el todo; era ella misma la que absorbía la mirada, la que abstraía el alma y la fascinaba.

Sus ojos, sin rivales en el mundo, estaban más animados que de costumbre; y sus labios, como la flor del granado, tenían el brillo del rubí, mientras que el tenue colorido de las rosas de mayo había desterrado la palidez habitual de su semblante. ¿Era todo esto el efecto natural de esa fiebre insensible que agita la sangre en las situaciones definitivas de la vida humana; o era solamente la animación que obran en la mujer la luz y los espejos de un tocador, el resplandor de su belleza misma, y las imágenes caprichosas de la mente? ¡Quién sabe! ¡La fisiología del corazón de una mujer es toda arcanos, donde la mirada de la razón se pierde!... Un reloj dio las ocho de la noche; y desde el primer martillazo se habrían podido contar los siguientes en los latidos del corazón de Amalia, al través de los encajes que cubrían su seno; y súbitamente, el granado de sus labios, y la rosa de mayo de su rostro tomaron los colores de la perla y el jazmín.

-¡Se vuelve usted a poner pálida, señora, y tan luego ahora que acaban de dar las ocho!

-Es por eso precisamente -contestó Amalia, pasándose la mano por la frente, y sentándose.

-¿Porque son las ocho?

-Sí. No sé qué es esto; desde las seis de la tarde, cada vez que siento dar las horas, sufro horriblemente.

-Sí, tres veces lo he notado. Eso es: desde las seis ¿y sabe usted lo que voy a hacer?

-¿Qué, Luisa?

-Voy a hacer parar el reloj, para que cuando den las nueve no se vuelva usted a enfermar.

-No, Luisa, no. A las nueve ya estarán aquí, y todo estará concluido. Ya se ha pasado, no es nada -repuso Amalia, levantándose y volviendo a sus colores anteriores.

-Es verdad, es verdad, ya vuelve usted a estar tan linda como antes; tan linda como nunca la he visto a usted, señora.

-Calla: anda y llama a Pedro.

Y, entretanto, Amalia desprendió de su seno el medallón con el retrato de su madre, y lo llenó de besos. Y apenas acababa de prenderlo de nuevo sobre el seno de su vestido, cuando volvió Luisa con Pedro, tan bien afeitado y peinado, con una levita abotonada hasta el cuello,

Librodot

y con aire tan marcial, que pareció tener veinte años menos, en aquel día en que iba a casarse la hija de su coronel.

-Pedro, mi buen amigo -le dijo Amalia-, nada va a cambiarse en esta casa. Yo quiero ser siempre para usted lo que he sido hasta hoy; quiero que me cuide usted siempre como a una hija; y la primera prueba de cariño que quiero recibir de usted en mi nuevo estado, es la promesa de que nunca se separará usted de mí.

-Señora, yo... yo no puedo hablar, señora -dijo el viejo, sacudiendo como con rabia su cabeza, o como si con ese movimiento quisiera castigar las lágrimas que le inundaban los ojos, y le entorpecían la palabra.

-Bien, me dirá usted un sí solamente. Quiero que me acompañe usted a Montevideo la semana que viene, porque el que va a ser mi marido debe emigrar esta misma noche, y mi obligación es seguirlo en su destino; ¿vendrá usted, Pedro?

-Sí, pues, sí, señora, sí -contestó, dándose aires de que estaba muy entero y podía decir muchas palabras.

Amalia se acercó a una mesa, abrió una caja de ébano, llena de alhajas, tomó un anillo y se volvió al antiguo camarada de su padre.

-Este anillo -le dijo-, está formado de cabellos míos, de cuando era niña. No tiene más valor que ése, y por eso se lo doy a usted para que lo conserve siempre; mi padre lo usaba en el ejército.

-¡Toma, éste es, lo conozco, vaya si lo conozco! -dijo el soldado inclinando la cabeza y besando el anillo que había estado en las manos de su coronel, como si fuese una reliquia santa.

Los ojos de Amalia y de Luisa se anublaron de lágrimas en ese momento, en presencia de aquella sensibilidad sin arte, sin esfuerzo, hija del corazón y los recuerdos.

-Otra cosa, Pedro -prosiguió Amalia.

-Diga usted, señora.

-Quiero que sea usted testigo de mi casamiento. No habrá nadie más que usted y Daniel.

El soldado, por toda contestación, se acercó a Amalia, le tomó la mano entre las suyas, convulsivas de emoción, e imprimió en ella un respetuoso beso.

-¿Se han ido ya los dos criados de la quinta?

-Desde la oración los despaché, como me lo previno usted.

-¿Entonces está usted solo?

-Solo.

-Bien. Mañana repartirá usted estos billetes entre los criados, sin decirles por qué -y Amalia tomó de sobre la mesa un puñado de papeles de Banco, y se los dio.

-Señora -dijo Luisa-, me parece que siento ruido en el camino.

-¿Está todo cerrado, Pedro?

-Sí, señora. Pero esta puerta de hierro, que da a la quinta, yo no sé cómo es eso... Van dos veces, ya se lo he dicho a usted, que la he encontrado abierta por la mañana, cuando yo mismo la cierro y guardo la llave bajo mi almohada.

-Bien, no hablemos de eso esta noche.

-Señora -repitió Luisa-, siento ruido, y me parece que es un coche.

-Sí, yo también.

-Y ha parado -prosiguió Luisa.

-Es cierto. Ellos serán. Vaya usted, Pedro, pero no abra sin conocer.

-No hay cuidado, señora. Estoy solo, pero... no hay cuidado.

Y el veterano pasó del tocador al cuarto de Luisa, y atravesó el patio para ver quién llegaba a la casa de la hija de su coronel.

XVIII. El velo de la novia

Amalia no se había equivocado, porque eran, en efecto, las personas que ella había esperado por tantas horas y con tanta angustia.

Desde su tocador sintió abrir la puerta de la sala, y al momento conoció los pasos de Daniel, que venía por el gabinete y su dormitorio.

-¡Ah, señora -dijo el joven parándose en la puerta del tocador, y mirando a Amalia-, yo esperaba tener el placer de encontrarme aquí con una linda mujer, y me sorprende la felicidad de hallarme con una diosa!

-¿De veras? -fue la respuesta de Amalia, con una sonrisa encantadora, acabando de calzarse un guante de cabritilla blanco, que parecía dibujado en su preciosa mano.

-Sí, muy cierto -repuso Daniel acercándose poco a poco a su prima y contemplándola con ojos verdaderamente admirados-, y tan cierto, que creo ser ésta la primera vez que he mirado a una mujer, como miro a cierta otra, a quien...

-A quien yo escribiré tal novedad esta misma noche.

-Bien, y yo... yo... yo hago esto -y a medida que hablaba, fuese acercando hasta que, tomando de súbito a su prima, le imprimió un beso en la frente, y saltando como un niño a cuatro pasos de ella, le dijo-: Ahora hablemos con seriedad.

-Sí, ya es tiempo, atrevido -le contestó Amalia con su sonrisa celestial.

-Eduardo está ahí.

-Y yo aquí.

-Y yo también: porque ya no me falta sino casarme por ustedes.

-No sería conmigo.

-Y harías bien. Está el cura y es necesario que no esté ni diez minutos.

-¿Y por qué?

-Porque para estar él es necesario que esté el coche a la puerta.

-¿Y bien?

-¿Y bien? Una partida puede pasar; el coche les llamará la atención; espiarán; y...

-Ah, sí, sí... lo comprendo todo... Vamos, Daniel... pero... -y Amalia apoyó su mano en una mesa.

-¿Pero qué?

-No sé... Quisiera reírme de mí misma, y tampoco puedo... No sé lo que tiene mi corazón... pero...

-Vamos, Amalia.

-Vamos, Daniel.

Y el joven tomó la mano de su prima, la enlazó de su brazo; pasaron por la alcoba y la antesala, y llegaron al salón donde estaban de pie, mirando un cuadro, el sacerdote y Eduardo.

Este último vestía todo de negro y guantes blancos. Sobre su semblante pálido resaltaban más sus cabellos negros como el ébano, y sus hermosos ojos, rodeados de una sombra aterciopelada, que daba a su varonil fisonomía, un tinte de poesía y pesadumbre que establecía un contraste de artista.

Por bien templada que fuese el alma de aquel hombre, era imposible que donde hubiese corazón hubiese indolencia para los grandes juegos a que se arrojaba su vida en esa noche. El matrimonio que corta la vida del hombre, que separa el pasado del porvenir, que fija la suerte o la desgracia del resto de la existencia: la separación del objeto amado al libar la primera gota de la felicidad apetecida; y, por último, la emigración, con la muerte cerniéndose sobre la cabeza, a cada paso que se diera en los bordes de la patria, para decirle adiós, eran circunstancias capaces de dominar y oprimir el alma más acostumbrada a los golpes de hierro del destino, cuando todas ellas debían tener lugar en el pequeño círculo de pocas horas.

El y su Amalia se dirigieron un millar de palabras en su primera mirada.

Y el sacerdote, que estaba instruido por Daniel de la necesidad de terminar brevemente aquella ceremonia, cuyos requisitos habían sido allanados de antemano por el joven, se preparó en el momento para el acto más serio, quizá, de su misión en la tierra: el que liga dos vidas y dos almas; el que santifica en el mundo una inspiración que sólo viene de Dios y mezcla el nombre de Dios, y el respeto de Dios a lo más santo y más sublime del corazón humano, a la hebra imperceptible de luz que liga al ángel caído con la esencia de la divinidad que lo hizo: el amor.

El sacerdote acabó una oración, hizo esa pregunta en cuya respuesta se sella el destino que va más allá, más allá de la tumba, y que no hay labio humano que la pronuncie sin sentir el calor del corazón latiendo apresurado. ¡Y luego, en nombre del Trino indivisible y eterno, Eduardo y Amalia quedaron unidos para la tierra y para el cielo, porque las almas que Dios junta en la tierra, por inspiración purísima de su divino soplo, si aquí se separan un momento, allí se juntan en el seno inefable de la inmortalidad!

Un suspiro desahogó el oprimido pecho, y en la presión de sus manos, en el rayo profundo de sus miradas, y en la sonrisa ingenua de sus labios, Amalia y Eduardo nadaron en espacios de ventura, atravesaron siglos de felicidad, y por primera vez el cristal de sus ojos fue empañado por una lágrima de ventura; y sus rostros, un momento antes tan pálidos, se sonrosaron de improviso con los relámpagos de su propia dicha.

No bien se hubo concluido la ceremonia, y mientras Amalia daba un beso a Luisa, que lloraba, cuando Daniel se acercó a Pedro y le preguntó al oído:

-¿Su caballo de usted está en el pesebre?

-Está.

-Lo necesito por una hora.

-Bien.

Luego, tomando de la mano a Amalia y llevándola a un sofá de la antesala, mientras Eduardo daba las gracias al sacerdote, le dijo:

-El cura se va y yo también.

-¿Tú?

-Sí, madama Belgrano, yo; porque estoy destinado a no estar quieto en un solo lugar, porque llegue a estar quieto, en Montevideo, su marido de usted.

-Pero ¿qué hay? ¡Dios mío! ¿Qué hay? ¿No nos has dicho que estarías con nosotros hasta el momento de embarcarse?

-Sí, pero es por eso mismo que tengo que salir un momento. Oyeme: sabes que el punto de embarque es en la Boca, por lo mismo que nadie puede pensarlo; pero hemos quedado con Douglas en vernos de las nueve a las diez en una de las casillas de madera que hay en el puerto, por si acaso hubiese ocurrido alguna novedad que hiciera necesario cambiar algo el plan; y como el inglés es más puntual que un inglés, estoy seguro que antes de un cuarto de hora está en la casilla, porque ya van a dar las nueve. Dentro de una hora estaré de vuelta; y entretanto, Fermín, que hace de cochero, va a llevar al cura, y volverá a caballo, con el mío del diestro para mi vuelta.

-¿Y para ir a la Boca? -preguntó Amalia, que estaba pendiente de los labios de Daniel.

-No, cuando vayamos con Eduardo iremos a pie.

-¿A pie?

-Sí, porque pasaremos por entre las quintas de Somellera y de Brown, y después iremos por el Bañado, tan seguros como si estuviéramos en Londres.

-Sí, sí, me parece mejor -respondió Amalia-, pero irás con Fermín y con Pedro.

-No, iremos los dos, déjame hacer. Ahora es necesario separarnos, porque no estoy tranquilo hasta que salga el coche de la puerta de tu casa.

-¿Llevas armas?

-Sí; ven a despedirte del cura.

Los dos volvieron al salón, y un momento después Amalia y Eduardo acompañaban hasta la puerta del zaguán al ministro de la Iglesia, que se exponía por su ministerio a todos los inconvenientes que en esos tiempos tenían esas horas y esos lugares solitarios.

Y, a la vez que los caballos del coche partían para la ciudad, y que Eduardo cerraba la puerta de la calle, salía Daniel por el portón tarareando una de nuestras canciones de guitarra, o más bien, uno de esos "tristes", cuyo aire es, poco más o menos, el mismo para todas las letras; cubierto con su poncho, y a galope corto, como el mejor y más indolente gaucho.

Al volver al salón, y cuando las luces iluminaron de nuevo la figura de Amalia, Eduardo no pudo menos de levantarse, con las dos manos de su esposa y amante entre las suyas, contemplándola embriagado de amor y encantamiento. Y luego la atrajo contra su seno, y, sin hablarle, sin poder hablar, la oprimió largo rato y bebió de su boca las sonrisas radiantes de felicidad que la inundaban, y de sus ojos los rayos del amor que se escapaban. Pero, de repente, un estremecimiento súbito, como el que produce el golpe eléctrico, agitó a la joven, que se desprendió de los brazos de Eduardo, y, con la cabeza inclinada al pecho, y lentamente, atravesó la sala y el gabinete, y entró a su dormitorio, deteniéndose delante del crucifijo, interrogándolo, u orando con el alma en los labios.

Eduardo la había seguido sin volver en sí de su sorpresa, o más bien, de su profunda perturbación al notar el estremecimiento y la repentina palidez de su esposa.

-Pero, ¡Dios mío! ¿Qué es esto? ¿Qué tienes, mi Amalia? -le preguntó al fin tomándola de la mano y sentándola en el pequeño sofá del dormitorio.

-Nada, nada, Eduardo; nada; ya pasó... ¡he sufrido tanto!... Supersticiones... los nervios; ¡qué sé yo! pero ya pasó.

-No, no, Amalia; ha habido algo especial; algo que no sé, pero que quiero saber, porque sufro más que tú en este momento.

-No sufras, pues: ha sido la campana del reloj; he ahí todo.

-Pero...

-No me preguntes, no me hagas reflexiones; sé cuanto me dirías; pero no lo he podido remediar; y toda la tarde he sufrido iguales impresiones al oír las horas.

-¿Nada más?

-Te lo juro.

Eduardo respiró como si se aliviase su alma de un enorme peso.

-Mi Amalia -le dijo-, cuando te sentí estremecer y huir de mis brazos, y te vi venir a refugiarte en Dios, una idea horrible cruzó por mi cabeza, y he sufrido en un minuto un siglo de tormento. Pensé ver en todo aquello una sensación de disgusto, una protesta de tu alma contra el lazo que acaba de ligarnos para siempre.

-¡Eduardo! ¿Y lo has creído? ¡También esto, Dios mío!

-¡Perdón, mi Amalia, encanto angelicado de mi alma, perdón... mi vida tan combatida, mi amor tan entrañable, la misma felicidad de este momento, precursora de la vida encantada que me espera a tu lado, todo conspiró e intrigó mi espíritu!... ¡Perdón, perdón!

Y atrayéndola hacia su seno, levantando los rizos que vagaban desordenados sobre su frente, apagaba con sus besos las luces de sus ojos y contaba con sus labios los latidos de sus sienes.

Ella, entre tanto, decía al bien amado de su alma:

-Esta es la primera vez de mi vida que yo he amado. Es esta mi primera pasión, mi primer himeneo, mi primer día, mi primera dicha.

-¡Amalia!

-Desgracias, el silencio y la orfandad de mi vida, todo lo olvido, Eduardo. Hoy comienza mi vida por ti, en ti, para ti. Y si algo temía, si algo me retraía, era el miedo, esa visión terrible que me persigue siempre, haciéndome ver que en mi destino hay el veneno del infortunio, que mata, o hace la desgracia de cuantos me aman; y si he cerrado mis ojos a mi estrella, es porque sólo con mi mano puedo comprar tu alejamiento de aquí. Sin ello, yo habría

sacrificado esta felicidad que ahora me abruma, estos siglos de ventura que vivo en este momento, por no tener el temor siquiera de originarte un minuto de mal... ¡Mira si te amo!

-¡Oh, es mucha, es mucha felicidad para un solo corazón!...

¡Y la luz de la lámpara se amortiguaba: las hojas de la rosa blanca se desprendían y caían entre los rizos de la joven, y el chal de encajes, envuelto al acaso entre los brazos de ella y él, cubrió la frente de los dos... y era el velo de la novia... y era el cendal del amor y del misterio!...

Librodot

XIX. El tálamo nupcial

Cuando el reloj de la quinta daba las diez de la noche, Pedro abría el portón para que entrase Daniel, después de haber oído y conocido su canto en la lóbrega y solitaria calle Larga.

Y en ese momento también, una escena bien diferente tenía lugar a pocos pasos: era Amalia, que desde la primera vibración del reloj se había estremecido con más violencia aún que en las veces anteriores, y refugiado su cabeza en el seno de su esposo, abrazándose a él instintivamente, como si el eco del metal fuese la voz fatídica del dolor, que la viniese a anunciar una desgracia en esa mitad de su vida, en esa su vida entera, que se llamaba Eduardo.

-¿Qué es esto, amado mío, esposo mío? -le preguntó al fin, derramándose de su mirada rayos de luz y de amor, sombras de pesadumbre y de inquietud-, ¿qué es esto? ¡Es la primera vez en mi vida que se obra en mi alma tal misterio, y a medida que pasan las horas, es más violenta y fuerte la impresión que siento! ¿Qué? ¿Ni a tu lado puedo yo ser feliz?

-Angel de mi alma: es tu imaginación y nada más. Oprimido de disgustos, tu espíritu se ha llenado de sombras, que se disiparán pronto al rayo de mi amor, a la adoración a que se consagrará mi vida, velando por tu felicidad y por tu calma. Es el aire, la luz de Buenos Aires, lo que enferma el espíritu y el cuerpo. Pero pronto estarás a mi lado, lejos de aquí.

-Sí, pronto, muy pronto, Eduardo. Yo no puedo vivir aquí, y en ninguna parte podré vivir sin ti.

-Viajaremos juntos.

-¿Y por qué no desde esta noche?

-Es imposible.

-Dejaré todo. Luisa y Pedro me seguirán después.

-Es imposible.

-Llévame, llévame, Eduardo, ¿no soy tu esposa? ¿No debo seguirte a todas partes?

-Sí, pero no debo exponerte, luz de mis ojos.

-¿Exponerme?

-Cualquier incidente...

-¿Luego tú te expones? ¿Por qué me engañan? ¿No me han dicho que hay la mayor seguridad posible?

-Es cierto, no hay peligro; pero quizás tengamos que permanecer en el río, dos, tres o cuatro días.

-¿Y qué me importa si los paso contigo?

-Amalia, no alteremos en nada nuestro plan. Respetemos, de casados, todas nuestras promesas de solteros. Si no vas con Daniel antes de quince días irás sin él; porque a esa fecha, se habrá concluido la paz con la Francia, y no habrá inconveniente ninguno para tu embarco. Acuérdate, bien mío, que voy a dejarte porque tú me lo mandas, y que tú debes quedarte porque yo te lo ruego... Pero... siento alguien en la sala.

-¿Será Luisa?

-No, creo que es Daniel.

Y el joven besó la frente de su esposa y pasó al salón, donde se halló, en efecto, con su amigo.

Amalia, entre tanto, llamó a Luisa y dispuso que Pedro trajese el té al gabinete, donde pasó a reunirse con su esposo y su primo.

-Dios nos protege, hija mía; todo está completamente listo y arreglado. Solamente que, en vez de esperar a la madrugada, Douglas fija la hora del embarco para las doce de la noche; es decir, dentro de dos horas.

-¿Y por qué ese cambio? -preguntó Amalia.

-Es lo que yo mismo no puedo explicarte; porque tengo tal confianza en la previsión y sagacidad de mi famoso contrabandista, que desde que él ha señalado esa hora nada le pregunté, porque estoy cierto que es la que más ha de convenir al embarco.

Eduardo tomó la mano de su Amalia y parecía querer transmitirle su alma en su contacto.

Daniel los miró con ternura y les dijo:

-El destino no ha querido corresponder a mis más vivísimos deseos: yo había deseado ver vuestra felicidad a la luz de la mía al mismo tiempo. Envueltos en unas mismas desgracias, yo había deseado que en una misma hora arrebatásemos a la suerte un momento para nuestra común felicidad: y si Florencia estuviese a mi lado en este instante, yo sería el ser más venturoso de la tierra..., pero, en fin, he conquistado ya la mitad de mis aspiraciones. La otra... Dios dispondrá.

Era tan profunda, tan exquisita, la sensibilidad de aquellos tres jóvenes, y se identificaba tanto en cada uno la suerte de los otros, que sus impresiones de felicidad o de dolor, de ansiedad o de melancolía, se comunicaban con un magnetismo sorprendente; y en ese instante una lágrima fugitiva, pero brotada del fondo del corazón, empañó la pupila de todos. Pero Daniel, ese carácter especial para la dominación de sí mismo, esa alma de abnegación y generosidad, que sacrificaba todo a la felicidad de los que amaba, concibió que era una crueldad echar una gota de pesadumbre en la copa de felicidad, que apenas llegaba a los labios de aquellos dos seres tan combatidos de la suerte, y levantándose, abrazándolos sucesivamente, les dijo:

-¡Vamos, vamos! Estén contentos estos instantes que nos deja el destino, y no pensemos sino en los días que vamos a pasar dentro de poco en Montevideo, ni hablemos de otra cosa que de ellos.

Pocos momentos después entró Pedro con la bandeja del té y fue a colocarla en una mesa del gabinete de lectura que, como se sabe, estaba entre el salón y el aposento, adonde pasó Amalia con su esposo y su primo, habiendo antes díchole a Pedro que se retirase, pues nunca consentía que él la sirviese.

Antes de diez minutos, Daniel había vuelto la alegría a sus amigos.

Fugaz, animador, espirituoso, voluble y gracioso en los giros de la conversación, era imposible resistir al sello que él le imprimiera.

Por último, sólo le faltaba hacerlos enojar, para darles el placer de que se reconciliasen luego. Porque no hay nada más en armonía con las necesidades del corazón enamorado, que esos pasajeros enojos que preparan la reconciliación, y en ella, más impetuosa, la reacción de los afectos. Y así fue que, con una gran seriedad, tomando su segunda taza de té, dijo a su amigo:

-¡Ah, Eduardo! Una cosa se me ha olvidado preguntarte: ¿qué hago de la cajita de cartas?

-¡La cajita de cartas! -contestó Eduardo, mientras Amalia se puso a mirarlo fijamente.

-¡Sí, pues! -repuso Daniel con la misma gravedad-, la cajita de cartas, donde creo que hay también cabellos de Amalia, por el color.

-¿Te has vuelto loco, Daniel?

-No, gracias a Dios.

-¿Y por qué disimula usted, caballero? ¿Qué cosa más natural que tener esos recuerdos y querer conservarlos?

-Te juro, Amalia mía, que en mi vida he tenido semejante caja, ni sé de qué cartas me está hablando Daniel. O está jugando, o, repito que se ha vuelto loco.

-Pero ¿por qué negarlo? -repuso Amalia, rosada y fingiendo una sonrisa que abrumaba a Eduardo.

-¿Ves, Daniel, lo que sacas con tus bromas? -reconvino Eduardo, que empezó a comprender el capricho de su amigo.

-De modo que...

-De modo que haces mal, porque ¿lo ves?

-¿Qué?

Librodot

-Que Amalia ha retirado muy insensiblemente su silla del lado de la mía.

Daniel entonces soltó una carcajada, se levantó, tomó la mano de su prima, y poniéndola entre las de Eduardo, exclamó:

-¡Están impagables! Mi Florencia tendría más circunspección.

-No, no, es cierto, tú no has mentido -repuso Amalia sin retirar su mano, y esperando y deseando que la acabaran de convencer.

Pero una nueva risa de Daniel, y una mirada de Eduardo, concluyeron por hacerla conocer la chanza caprichosa del primero; y la presión de su mano y el rayo enamorado de su tiernísima mirada le dijeron a Eduardo que la nube de celos se había evaporado. En ese instante ella y él se cambiaban el alma en las miradas, y en el calor de sus manos se transmitían la vida.

Pero en ese instante también la voz de Luisa vino a caer como un rayo en medio de los tres.

Era un grito agudo, horrible y estridente, al mismo tiempo que se vio a la niña venir despavorida por las piezas interiores, y al mismo tiempo también que se oyó un tiro en el patio, y una especie de tormenta de gritos y de pasos precipitados.

Y antes que Luisa hubiese podido decir una palabra, y antes que nadie se la preguntase, todos adivinaron lo que había, y junto con la adivinación del instinto, la verdad se presentó ante ellos, a través de los vidrios del gabinete, en el fondo de las habitaciones por donde había venido la niña; pues una porción de figuras siniestras se precipitaban por el cuarto de Luisa al tocador de Amalia. Y todo esto, desde el grito hasta la vista de aquellos hombres, ocurría en un instante tan fugitivo como el de un relámpago.

Pero con la misma rapidez también, Eduardo arrastró a su esposa, hasta la sala, y cogió sus pistolas de sobre el marco de la chimenea.

Inmediatamente, porque todo era simultáneo y rápido como la luz, Daniel arrastró la mesa y la tumbó con lámpara, bandeja y cuanto tenía, junto a la puerta que separaba el gabinete de la alcoba.

-¡Sálvanos, Daniel! -gritó Amalia precipitándose a Eduardo cuando tomaba las pistolas.

-Sí, mi Amalia, pero sólo peleando; ya no es tiempo de hablar.

Y estas últimas palabras perdiéronse a la detonación de las pistolas de Eduardo que hizo fuego a cuatro pasos de distancia sobre ocho o diez forajidos que ya pisaban en la alcoba; mientras Daniel tiraba sillas delante de la puerta, y a tiempo que otro tiro disparaba en el patio, y un rugido semejante al de un león dominaba los gritos y las detonaciones.

-¡Dios mío, han muerto a Pedro! -gritaba Amalia, prendida del brazo izquierdo de Eduardo, que no conseguía desasirse de ella.

-Todavía no -dijo el soldado entrando por la puerta de la sala que daba al zaguán, bañado el rostro y el pecho en la sangre que salía a ríos de un hachazo que había recibido en la cabeza, y tirando, al mismo tiempo que decía esas palabras, la espada de Eduardo, que vino a caer cerca del grupo que formaban todos en el gabinete, delante de la barricada improvisada por Daniel; y mientras que con el brazo izquierdo se limpiaba la sangre que le cubría los ojos, con la derecha, donde tenía su sable, trataba de cerrar la puerta de la sala.

La pluma, el pensamiento mismo, no puede alcanzar todos los accidentes de esta escena, en todo su movimiento súbito y veloz.

La voz de Eduardo que decía a su esposa asida de su brazo y su cintura:

-Nos pierdes, Amalia, déjame, pasa a la sala -no se oía entre el ruido y la grita infernal que venía del patio del tocador, y de aquellos que entraban al aposento, y de los cuales uno había caído a los pistoletazos de Eduardo.

El cristal de los espejos del tocador saltaba hecho pedazos a los sablazos que pegaban sobre ellos, sobre los muebles, sobre los vidrios de las ventanas, sobre las lozas del lavatorio, en cuanto había, siendo estos golpes acompañados de una gritería salvaje, que hacía más espantosa aquella escena de terror y de muerte.

A los tiros de Eduardo los que invadieron la alcoba, habían unos retrocedido algunos pasos, otros parádose súbitamente, sin avanzar hacia las mesas y las sillas caídas delante de la puerta. Pero dos hombres se precipitaron en aquel instante en el aposento.

-¡Ah, Troncoso y Badía! -gritó Daniel arrojando otra silla, parándose contra el perfil de la puerta, y sacando de su pecho aquella arma con que había salvado a su amigo en la noche del 4 de mayo; única que llevaba, y que era impotente en la desigual lucha que iba a trabarse.

Y cuando aquellos dos hombres se precipitaban como dos demonios, el uno con una pistola en la mano, y el otro con un sable, Eduardo alzó a Amalia por la cintura, la llevó, la dejó sobre un sofá de la sala y tomó la espada que le acababa de tirar Pedro. Y a éste, que venía de echar a la puerta de la sala el débil pasador que la cerraba, y quería hacer un esfuerzo para seguir a Eduardo al gabinete, le faltaron las fuerzas a los dos pasos, las piernas se le doblaron, y cayó, temblando de furor, delante del sofá en que quedó la joven. Allí se abrazó de sus pies, bañando con su sangre generosa a aquella criatura, a quien todavía quería salvar, oprimiéndola para que no se moviese.

Entre tanto, el rayo no cae más rápido ni mortífero que el sable de Eduardo sobre la cabeza del bandido más cercano a la mesa y las sillas caídas, entre los diez o doce que, a la voz de sus jefes, asaltaban aquel débil obstáculo.

Y al mismo tiempo, Daniel alcanzaba al hombro de otro y le dislocaba el brazo de un golpe seco de su casse-tête.

-¡Tómale el sable! -le gritó Eduardo; mientras que Pedro, haciendo esfuerzos por levantarse, sin poderlo conseguir, porque estaba mortalmente herido en el pecho y la cabeza, sólo tenía fuerzas para oprimir los pies de Amalia, y voz para estar repitiendo a Luisa, abrazada también de su señora:

-¡Las luces, apaguen las luces, por Dios!

Pero Luisa no lo oía, y si lo oía no quería obedecerlo, porque temblaba de quedarse a oscuras, si posible era sentir más terror que el que la dominaba.

Pero los dos golpes certeros de Eduardo y de Daniel no sirvieron sino para atraer sobre ellos mayor número de asesinos, pues a la voz de uno de sus jefes vinieron los que estaban robando y rompiendo en el tocador; cuando se lanzaron a las sillas y la mesa, el mismo Eduardo; impaciente por aquellos obstáculos que impedían el alcance de su espada, con sus pies trataba de separar las sillas, y ya poco faltaba para que hubiese un camino expedito de la una a la otra habitación, cuando Daniel descargó su terrible maza sobre la espalda de uno de los que se agachaban a separar una silla del lado del aposento, y el bandido vino a ocupar el lugar que despejaba Eduardo.

-¡Salva a Amalia, Daniel, sálvala: déjame solo, sálvala! -gritaba Eduardo, temblando de furor, menos por el combate que por el obstáculo que no podía remover con las manos, porque con su espada hacía frente a los puñales y sables que había del otro lado de ellos, mientras que temía tropezar y caerse si intentaba separarlos con los pies.

Todo esto habría durado como diez minutos cuando seis u ocho de los bandidos dejaron el aposento y se retiraron por el tocador, mientras que los restantes continuaban, a la voz del jefe que quedaba con ellos, tratando de separar los muebles caídos, pero con tal temor, que apenas habían separado dos o tres sillas que no estaban al alcance de la espada de Eduardo.

Ninguno de los dos jóvenes estaba herido, y Eduardo, en el momento en que su brazo descansaba un segundo, dio vuelta a su cabeza para ver a Amalia, a través de los vidrios del gabinete, contenida por un moribundo y una niña, y volviéndose a su amigo, le dijo en francés:

-Sálvala por la puerta de la sala; sal al camino, gana las zanjas de enfrente; y en cinco minutos yo habré roto todas las lámparas, pasaré por el medio de esta canalla, y te alcanzaré.

-Sí -le contestó Daniel-, es el único medio; ya lo sabía, pero no quería dejarte solo; ni lo quiero aún. Voy a ver de salvarla y vuelvo en dos minutos; pero no pases la barricada.

Y Daniel pasó como un relámpago a la sala, y a tiempo que tiraba una de las lámparas y uno de los candelabros de los dos que había encendidos, un tremendo golpe dado en la puerta

Librodot

de la sala hizo saltar el pestillo y abrirse las hojas de par en par, entrándose en tropel una banda de aquellos demonios, de que se rodeó un gobierno nacido del infierno y maldito para siempre jamás en la historia de las generaciones argentinas.

Un grito horrible, como si en él se arrancasen las fibras del corazón, salió del pecho de la pobre Amalia, y desprendiéndose de las manos casi heladas de Pedro, y de los débiles brazos de su tierna Luisa, corrió a escudar con su cuerpo el cuerpo de su Eduardo, mientras Daniel tomó el sable de Pedro, ya expirando, y corrió también al gabinete.

Pero junto con él, los asesinos entraron, y, cuando Eduardo oprimía contra su corazón a su Amalia, para hacerle con su cuerpo una última muralla, todos estaban ya confundidos. Daniel recibía una cuchillada en su brazo derecho; y una puñalada por la espalda atravesaba el pecho de Eduardo, a quien un esfuerzo sobrenatural debía mantener en pie por algunos segundos, porque ya estaba herido mortalmente. Y en ese momento, en que era sostenido apenas en un ángulo del gabinete por los brazos de su Amalia, mientras que su diestra se levantaba todavía por los impulsos de la sangre y amedrentaba a sus asesinos; cuando Daniel, en el otro ángulo, con el sable en su mano izquierda se defendía como un héroe; en ese momento en que dos bandidos cortaban en la sala la cabeza de Pedro, unos golpes terribles se daban en la puerta de calle. Luisa, que había ganado el zaguán despavorida, conoce la voz de Fermín, descorre el cerrojo, y abre la puerta.

Entonces un hombre anciano, cubierto con un pncho oscuro, se precipita gritando con una voz de trueno, pero dolorida, como la voz que es arrancada del corazón por la mano de la Naturaleza.

-¡Alto, alto, en nombre del Restaurador!

Y todos oyeron esta voz menos Eduardo, cuya alma, en ese instante, volaba hacia Dios, y su cabeza caía sobre el seno de su Amalia, que dobló exánime su frente y quedó tendida en un lecho de sangre junto al cadáver de su esposo, de su Eduardo.

En ese instante el reloj daba las once de la noche.

-Aquí, padre mío, aquí, salve usted a Amalia -dijo Daniel al oír la voz y conocer a su padre.

¡Y al mismo tiempo, el joven, que había recibido otra profunda herida en la cabeza, caía sin voz y sin fuerzas en los brazos de su padre, que con una sola palabra, había suspendido el puñal que esa misma palabra levantara para tanta desgracia y tanto crimen!

Epílogo

La crónica, que nos revelará más tarde quizá algo interesante sobre el destino de ciertos personajes que han figurado en esta larga narración, por ahora sólo cuenta que al siguiente día de aquel sangriento drama los vecinos de Barracas, que entraron por curiosidad a la quinta asaltada, no encontraron sino cuatro cadáveres: el de Pedro, cuya cabeza había sido separada del tronco, y los de tres miembros de la Sociedad Popular Restauradora; y que allí estuvieron hasta la oración de ese día, en que fueron sacados en un carro de la policía, a la vez que eran robados los últimos objetos que quedaban en las cómodas, mesas y roperos.

Se cuenta también que don Cándido Rodríguez, después de la muerte del señor Slade, acaecida pocas semanas después de los sucesos que se acaban de conocer, fue obligado por un juez de paz a salir de la casa del consulado, porque, decididamente se resistía a dejar el territorio de la Unión, aún después de la muerte del cónsul y de quedar la casa sin consulado.

Y de doña Marcelina sólo se sabe que un día vino a proponerle su mano a don Cándido, como un vivo recuerdo de los peligros que juntos habían corrido, lo que don Cándido rechazó horrorizado.